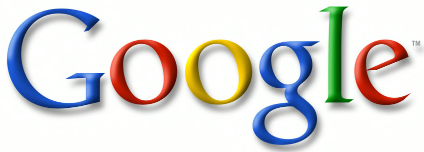


NOVELA



AMIR Y ARASI

POR

Margarita Eyherabide

CIUDAD DE MELO



MONTEVIDEO
TALLERES A. BARREIRO Y RAMOS
CALLE BARTOLOMÉ MITRE 81
1908

AMIR Y ARASI

NOVELA



AMIR Y ARASI

POR

Margarita Eyherabide

CIUDAD DE MELO



MONTEVIDEO

TALLERES A. BARREIRO Y RAMOS

CALLE BARTOLOMÉ MITRE, 61

1908

DOS PALABRAS

En este libro no se va á encontrar el lector con una de esas tremendas parodias de la vida que por sus visajes de realismo, sacuden el sentimiento y llevan al ánimo la no muy halagadora revelación de que en el mundo orgánico, lo que está sujeto á más grandes crisis y antagonismos, es precisamente lo más perfecto: la humanidad.

No se propone la joven autora de esta novela, impresionar por el socorrido medio de traer á colocación en el transcurso de su obra, escenas conmovedoras por su envoltura de fatalismo, y, mucho menos, se propone, trazarnos á fuerza de ingenio uno de esos cuadros donde se mueven á capricho, pocos ó muchos personajes, que, si nos hablan de la realidad, es siempre de una realidad que no convence.

"Amir y Arasi" es todo lo contrario. En sus páginas nos presenta la señorita Eyherabide, tipos perfectamente reales. Hay en la obra, abundantes palpitaciones de vida.

El muchacho que figura en el proemio del libro, está perfilado felizmente y es un retrato fiel del joven vagabundo de los campos con toda su travesura y su ingenuidad características.

Los demás personajes sin descollar como el anterior por su etopeya, están retratados con acierto y no producen la sensación de lo exótico á medida que van desfilando por el campo de sus aventuras. "Amir y Arasi" es el segundo libro que ha escrito la señorita Eyherabide; — en el encontrará el lector situaciones emocionantes; simbolismos agudos; remembranzas de cercanas contiendas, descripciones llenas de colorido, diálogos amenos, y, sobre todo, mucho, pero mucho sentimiento.

En "Amir y Arasi", hay páginas hondas y relatos incisivos que cortan como un escalpelo...

Y, no te digo más, lector, porque, los prológos cortos como dijo el ático Balbuena, por malos que sean son buenos y, pienso que no deben ser descriptivos del libro que presentan porque, si su misión es la de dar aliciente á la curiosidad, ese aliciente se lo quitan con adelantos indiscretos.

MANUEL GALAN.

Melo, (República Oriental) Año 1907.

CINCO CAPÍTULOS Á MANERA DE PRÓLOGO

CAPÍTULO I

A las cuatro en punto de la clara y plácida mañana del día catorce de Septiembre, del año 18... don Alvaro Ramírez, ginete en un caballo alazán y con el cigarro entre los dientes y amablemente risueño el semblante, tomó el camino del saladero, no sin volver con alguna frecuencia la cabeza y exhalar un rebelde suspiro.

De pronto, tiró casi brutalmente de las bridas, al alazán, que se detuvo y sonrió con satisfacción don Alvaro, al oir una voz de timbre joven que exclamaba:

— Señor patrón, ¿me espera usted?

— Sí, muchacho — contestó don Alvaro sin volverse y acariciando con la mano, la crin, al animal que piafaba inquieto.

El que así había hablado á don Alvaro, era un jovenzuelo de doce á catorce años, de rostro tostado por el sol. Su cabellera es negra como el ébano y sus ojos de mirar malicioso, son verdaderamente pequeños; la curva de su nariz es bien severa, pero su graciosa boca grande le presta un aire de bondadosa franqueza que lo hace desde luego interesante, á fuerza de hacerlo simpático.

Monta una jaca vieja y de aspecto pobrísimo, ridícula por todos conceptos, al extremo de que cuantos le ven *en ese flete* gritanle, golpeándose la boca á guisa de burla: ¡Panchito en la guacha!... ¡Panchito en la guacha!

El muchacho puso su maltrecha cabalgadura al paso de la de don Alvaro.

—¿Qué tal Panchito? murmuró el señor. Y añadió: ¿Piensas presenciar la faena, sin novedad...? —¿la que te atañe personalmente?

Panchito contrajo los labios en una mueca guasona y respondió:

—Padre, no me pilla hoy *pu* acá no *señó*. Ayer, porque no quise carpir la quinta con madre y Trinidad y Juanita, *cuasi cuasi* me da una....

¿Y te escapaste?—inquirió don Alvaro ¿cómo?

—¡Ya!—murmuró el muchacho haciendo chasquear el látigo con que castigaba á su sucio rocín. —Disparé pal campo y ¿sabe? padre atrás. ¡Y yo adelante, y padre atrás y atrás y atrás!... El muchacho hizo una mueca que bosquejaba la victoria de una escaramuza, y continuó: Pero yo corría más ¿sabe? y *entonse*, cuando lo *vide* que se *golvió* me metí en una zanja entre las espadañas y me eché á *descansá pa matá* el tiempo...

—Diablo de muchacho—díjole don Alvaro mirándole semi enojado, semi risueño—¿no es mejor carpir la quinta con tu madre y tus hermanas que andar correteando como un gamo y recibir por ende una fenomenal paliza?

—¡La pucha si es ansina como usted dise, patrón! Si aquel día del arroz, *cuasi* me mata ¡me mata!

—¡Ah!—y don Alvaro miró al muchacho con lástima. Luego rogó: Cuéntame eso, lo del arroz.

Panchito alargó los labios á manera de hocico de liebre y comenzó á decir:

— *Pué,* aquel día, hermana Trinidad estaba en la cocina, haciendo arroz con leche. Entoavía me acuerdo que era un domingo.

Pué, y como yo iba diciendo, *eya* estaba haciendo arroz con leche y yo me le planté al *lao.*

Eya no me dijo nada y yo no le dije nada á *eya.*

Cuando el arroz estaba *cuasi* pronto, se agachó *pa* arrimarle mas leña al fuego y yo... ¡de armada!... *caso* la oya *po* el asa y disparo derechito al campo. ¡Y *eya* atrás! ¡Y con un palo machaso!...

— ¡Pucha! yo salté aligerito un cerco y mientras eya se enredó en las uñas de gato, yo, come que te come.

Cuando *eya* saltó *pa* éste lao del cerco yo salté pal otro lao; y yá saltó eya pa acá y yá salté yo pa ayá. Y á cada salto yo me comía dos cucharadas. *¡Probesita* Trinidad! ¡Me comí media *oya!* y cuando ya estaba hasta aquí *¡yeno! ¡yeno!,* tiré la *oya* y salí disparando *pal* campo.

— Don Alvaro se había echado á reir, al escuchar el relato de su interlocutor.

— ¿Y por qué no te llevaste la olla entera? le dijo como saboreando de antemano la gracia de la respuesta.

— ¡Y sí que debía haber hecho eso *¿verdá* patrón? — ¡Lástima la *probesita Trinidá!*

— ¿Y tu padre? ¿qué te hizo tu padre?

— ¿Padre?... — A la nochesita *golví* á casa y me acosté, porqué creí que él ya estaba dormido, pero, patrón, no estaba y me *vido* y ¡qué marimba!... como usted dice, patrón: ¡fenomenal!

— Entoavía, patrón — continuó: entoavía tengo

las señales en el cuerpo y uno que otro chichón que me hace *cosquiyas.*

—¡Caramba!—dijo don Alvaro, ¿tan malo es?

Panchito respondió:

—¿Qué si es malo? ¡la pucha! Y todo porque carpa y plante porotos en la quinta y traiga el agua en el barril y haga fuego pa cebar el amargo, y are la tierra como un guey. No señor; yo quiero ser peón de *osté.*

En ese momento, don Alvaro y el buen Pancho llegaban al patio del saladero. Don Alvaro echó pie á tierra y un mocetón robusto y fuerte, corrió á coger las riendas del alazán para llevarlo al palenque.

Panchito se tiró al suelo de un salto; trabó con una manea, las patas delanteras del animalejo, y corrió á las cuadras, retrepándosé con agilidad de ardilla en un poste que constituía su atalaya.

La faena diaria del saladero, había comenzado ya.

Panchito, acostumbrado al espectáculo que presenciaba todos los días gracias á la argumentación de su astucia, palmoteaba de alegría y daba agudos gritos, atento á las menores peripecias y proclamando á voz en cuello sus opiniones, referente á todo lo que estaba al alcance de su mirada.

De improviso, le cogen con fuerza de la casaca y Panchito se ve poco menos que remontado en el aire.

Vuélvese con sobresalto, pero al mirar el rostro del que le tiene cogido de tan mala manera, prorrumpe en una carcajada.

—¿Te ríes?—le dice el otro.—Andá, andá, que el patrón te llama, añade entre dientes y hace una mueca y un ademán.

—¿A mí?—preguntó Panchito desgarbadamente, pero echó á correr, hasta que se detuvo frente al señor Ramírez.

—Don Alvaro—le dijo—aquí estoy yo.

—Te veo, muchacho—y don Alvaro levantó la cabeza y le miró atentamente.

Luego, musitó:—¿Cuando me encontraste en el camino, te dirijías á algún sitio determinado?

—Pué... respondió Panchito con compunción bastante cómica y no algo miedosa — iba al pueblo... á comprar pan y azúcar.

Don Alvaro le miró con severa expresión:

—El pueblo queda á unas cuantas cuadras de aquí, dijo. Total: pensabas llegar allí... ¿á que hora?

—¡Patrón! ¡si entoavía es muy *trempano!*... sostuvo Panchito con un aire merecedor de una carcajada de aplauso.

Las voces de los muchachos del saladero, llegaron en ese instante á los oídos de Pancho.

—¡Una!—¡dos!—¡tres!...

Panchito levantó la cabeza, alzó los brazos y girando sobre sus talones: *¡que tomen mate!*—gritó con la mejor convicción, y echó á correr como un demonio en dirección *á su atalaya,* en tanto que don Alvaro movía significativamente la cabeza, y murmuraba:

—Es un diablo, pero un diablo bueno.

Apenas don Alvaro había articulado en voz baja estas palabras, cuando sintióse una voz áspera y ruda que preguntaba: ¿está aquí Pancho?

—El buen señor dirigió una rápida mirada hacia el sitio por donde acababa de desaparecer Panchito.

—¡Pobre!—murmuró, y la compasión se retrató en su semblante.

CAPÍTULO II

Un hombre, acababa de detenerse frente al saladero. Uno de esos hombres de corazón honrado, pero de carácter atrevido y fuerte. Alto, de recia musculatura y de rostro coloradote, caminaba á grandes pasos y parecía que no miraba nada de lo que tenía por delante ¡tan atropellado era para andar!

Pasó al lado de don Alvaro sin dar muestras de haberlo reconocido.

De improviso un relámpago de ira brilló en sus ojos pequeños y grises; — acababa de ver á Panchito palmoteando de alegría y muy encaramado en su *atalaya.*

Llegó hasta el pobrecillo y lo cogió por un brazo, y sin darle tiempo á que volviera de su sorpresa, comenzó á descargar sobre su endeble cuerpo, fortísimos golpes. El desgraciado niño, con los ojos agrandados por el miedo, dió en gritar con desgarrador acento: — ¡Padre! ¡padre! ¡perdón! ¡no me pegue más!

Entretanto los peones del saladero, como triste coronamiento de la tragedia, alzaron sus voces al unísono: — ¡El es! — ¡No es! — ¡El es! — ¡No es!

Panchito caía rendido al tiempo que un brazo se aferraba al del cruel hombre sin entrañas.

— ¡Don Carlos! — murmuró don Alvaro con voz acre — ¡cese usted por Dios! ¿No comprende que va á matar á esta criatura? é interponiéndose entre Panchito y su padre, trató de apartar al chico,

que se retorcía como si fuera víctima de un ataque epiléptico.

Don Carlos dejó caer el brazo armado; alzó la cabeza con un resto de rabia contenida, y, paso á paso, se dirigió al palenque y montó en su caballo, sin dirigir ¡ay! una mirada á su hijo, pero... ¡un rayo del sol hermoso que asomaba en aquella mañana de primavera, mostró en sus pupilas negras y profundas el fugaz brillo de una lágrima! Sin embargo la expresión de su rostro era terrible.

Panchito, arrollado contra el suelo, gemía desgarradoramente y, levantando el brazo, se apretaba las sienes con una mano, mientras que con la otra se cubría el rostro amoratado, que se descomponía en contracciones de dolor.

— Panchito — exclamó don Alvaro llegando hasta el muchacho y pasándole suavemente la mano por la cabellera lustrosa y lacia.

— Bueno, no llores más le dijo. ¡No llores más! ¿oyes? ¡pobre Panchito! y don Alvaro le miraba como se mira á un hijo propio.

— Escucha — murmuró después de un rato de congojoso silencio — ¿no comprendes que esto tenía que suceder? — Tú no obedeces á tu padre, Panchito; y como él no sabe otra manera de educarte estas cosas andarán siempre como el diablo si tú no te enmiendas.

Comprende, pues, su carácter y amaestra el tuyo á su semejanza añadió don Alvaro. Sé respetuoso, obedécele ¡sé bueno!

Panchito, escuchando estas palabras dictadas con el acento de la suavidad, lloraba silenciosamente; la tempestad de su alma se calmaba poco á poco.

Don Alvaro sacó unas monedas del bolsillo de su chaleco y se las dió al muchacho.

—He aquí—le dijo—una manera rápida de hacer las paces con tu padre.

—¡Ah!—murmuró el chico, restregándose los ojos—así compraré unos pudines de queso para Trinidad que se relame cuando los enguye, un pan dulce para madre y unos melados para Roquín, el hermanito y terminó su peroración con una nueva mueca de llanto contenido.

Don Alvaro le miró casi amorosamente.

—Y con ésto—le dijo, depositando en su mano algunos centésimos más—compras algo que á tu padre le gusta mucho. Veamos ¿qué le compras á tu padre?...

Panchito se puso de pie cepillándose la ropa con la mano, y, semi rencoroso, murmuró con voz sentida: ¿A padre?... como interrogando.

—Cabal; eso te he preguntado ¿qué le compras dime?...

—¡Ah!—murmuró el muchacho—yo le compro?.. Pero se detuvo, sin poder continuar. Don Alvaro sintió una verdadera lástima.

—Bien, bien, anda ya, le dijo. Ea ¡adiós! Luego iré á tu casa á saber como te portas.

Panchito se encaramó de un salto en su jaca, suspiró profundamente, con ese suspiro hondo que arranca un recuerdo reciente, de lo más profundo del alma, y dirigiendo al sitio de su improvisada atalaya, una mirada llena de tristeza, tomó el camino del pueblo, al paso de su animalejo y con la mirada vaga, nublada por lágrimas tranquilas; tranquilas como no lo estaban su alma atormentada y su conciencia arrepentida.

CAPÍTULO III

Sigamos á Panchito.

No hacía aún un cuarto de hora que había dejado el saladero, cuando llegó á las primeras casas del pueblo llamado " La Cuchilla ".

Sin el más leve movimiento de Pancho, para detenerla, detúvose su jaca á la puerta de una casa de pobrísima apariencia.

A esta casa, hacía honores un almacén malamente surtido.

— Panchito era muy popular; todo el mundo le conocía, llamándole unos, Francisco, otros sencillamente Panchito ó bien, Pancho y no faltaba quien le llamara Francisquito ó Francisquiño.

— ¡ Oh, don Pancho ! díjole el almacenero que se hallaba tumbado esncima del mostrador y pasaba revista con la mirada, á los panecillos de dos centésimos colocados sin simetría alguna en sendos canastos y á los durísimos quesos apiñados en montón, para los que hubiera deseado Panchito tener dientes de roedor.

Una boina azul suspendíase de un clavo, á manera de banderilla.

Este almacenero se llamaba... Lo cierto es que le habían bautizado con el nombre de Pedro. Se llamaba, pues, don Pedro, pero todo el mundo le decía: el almacenero.

Nosotros vamos á llamarle así.

Panchito penetró resueltamente al almacén y exclamó.

— Deme un pudín de queso.

— No hay — contestó lacónicamente el almacenero.

Panchito frunció el ceño.

— Un real de caramelos.

— No hay.

— Un real de caramelos.

— Mire usted — le interrumpió el almacenero. Mira tú, Panchito, no hay, porqué... en cuanto á los pudines... la negra Rosa no ha venido entoavía de Yaguarón, con su quitanda.

Si te digo los caramelos... ¡hombre! *dende antiyer* se me acabaron toditos, pues me compraron los últimos las hijas de doña Nicolasa.

— Panchito no venía dispuesto á sostener una disputa, que sino hubiera contestado á las disculpas del pobre almacenero, con un ex abrupto gauchesco.

— Volvió sobre sus pasos, montó de prisa, y, cuando el almacenero, que le había seguido, decía mirando su cabalgadura:

— Está gorda y linda, tu guacha. Panchito sin hacer caso á la pulla, que le pareció de pésimo tono, hundió los ijares al animal y, mirando despreciativamente al almacenero, gritóle: ¡pelón!, ¡pelón! y, sin volver el rostro, en el trotecito precipitado del animalejo, llegaba á los diez minutos á la villa de Artigas.

Panchito se admiró del inusitado movimiento que allí reinaba. En efecto: media docena de pequeñuelos, ginetes en unos caballitos que á Panchito le parecieron espléndidos en comparación con su pobre jaca, hablaban en voz alta, y exclamaban con no poca condescendencia.

— Sacas tú. — ¡Yo saco! — Tú caballo es mejor...

—Panchito aguzó el oído al escuchar la charla de los niños y murmuró entre dientes: Estos *gurices* están tan bien *arreglaos* que parecen los muñecos que mi madrina le regaló á Trinidad.

El chico pasó, á pesar de sentir cierto recelo, lo más campante al lado de los niños del pueblo, los cuales, al verle, comenzaron á gritar la especie de estribillo que acompañaba á Panchito en todas partes: ¡El Panchito de la guacha! ¡El Panchito de la guacha! Panchito no llevaba casaca; un viento poleo había colocado un poco de aire en su camisolín de lienzo y á cada paso destartalado de la jaca, el camisolín se inflaba y formaba una linda joroba en la espalda del muchacho. A todo esto la jaca iba como el viento galopando como una condenada.

—Lo que son estos—masculló Panchito para su capote—lo que son éstos no me han de cazar de bobo.

—¡Eh, Panchito!—gritóle entonces el más díscolo de los pequeños ginetes. ¿Acaso te quieres hacer el desconocido? ¡Vaya! pues lo que soy yo te conozco muy bien: tú eres Panchito.

—Sí—gritaron los otros—¡Panchito el de la guacha!—¡Panchito el de la guacha!

—Cállense—dijo el que había hablado primero, —y luego mirando al chico:

—Ché, Panchito—le dijo con aire confidencial. No te enojes porque éstos te llamen el Panchito de la guacha, pues lo hacen, no por mofarse de tí, sino porque te quieren...

—*Rirse* de mí es lo que ellos quieren — dijo Panchito pero, ¡por lo que á mí se me importa que se rían de mí! Acortó las riendas y su jaquita se detuvo muy ligero.

— Tonto — le dijo el otro — en último caso se ríen de la guacha y no de tí. Y añadió: — ¡Vamos! ¿con qué que te quedas con nosotros?

— Es qué... y Panchito pareció indeciso. Pero en menos de un minuto el pobrecico se vió rodeado por los muchachos del pueblo. Panchito — le decían — ¿vamos á jugar?... Otro interrumpía: — hay juego de sortijas. Pancho dejó oir su voz: — Pué — dijo, — ¿vamos á jugar una carrera? ¿Qué entendía el diablillo de los campos del juego de sortijas? — En su vida había oído semejante palabra.

El más grande de los chicos que era también mayor que Panchito puso sin ambages término á la cuestión:

— ¡Nada! te quedas conmigo ¿sabes? dijo.

— El pobre Pancho, ya curioso y en extremo interesado, no se hizo repetir el ofrecimiento; olvidó al padre, á la madre, á la hermana Trinidad y hasta á don Alvaro.

* * *

Eran las dos de la tarde cuando Panchito abandonaba la villa, y, á pesar de su ingenuo regocijo, sentía en el corazón cierta congoja. ¡Caramba! se decía en voz baja — ¡estos gurices puebleros son unos guapos *pa* saber jugar! — ¡La pucha!... que si yo fuera tan bien *enducao* como *eyos* ya había de ganar algún arito.

Y Panchito castigó con furia su animalejo, y pasó como un relámpago por la Cuchilla.

Apenas había dejado una cuadra atrás, la pequeña población, cuando sofrenó su jaca, sentóse en la raída montura, como lo hacen las mujeres, y, extrayendo de un maletín unos panecillos blanquísimos comenzó á partir los cuatro cocos de cada uno, y á comérselos sin trámites. Creíase Panchito completamente ageno á las miradas de cualquier importuno, cuando sintió á pocos pasos de distancia una voz extentórea:

—¡¡Ya te estás comiendo los cocos!!!

Panchito no tuvo tiempo de sentarse en su posición normal; ya la jaca, echa un alma que lleva el diablo, volaba por los campos, perseguida de cerca por el demonio que le había salido á la cruzada.

—¡La virgen María me ampare!—gritaba Panchito pugnando por sujetar el maletín y sujetarse él mismo en la silla. De improviso, la jaca comenzó á disminuir la velocidad de su carrera.

—Recién entonces se atrevió Panchito á volver el rostro y fijóse en el que le había jugado tan grosera treta, quien ya volvía riendas y se alejaba... riéndose, probablemente.

En seguida tiró Panchito con fuerza de las bridas, para detener el animalejo, y murmuró con la voz sofocada: ¡El sargento Urraca!

El corazón le latía con fuerza y con una precipitación no excenta de un gran miedo, Panchito se puso á tantear el maletín para cerciorarse de si no había perdido algún panecillo.

CAPÍTUL IV

En la época en que comienza nuestra narración los campos de Artigas eran abiertos; no existían, los corredores de hoy, y el trayecto de Artigas ó la Cuchilla, naturalmente, á los campos de Ramírez, ó mejor aún, á la casa de su propiedad, se hacía costeando el río.

— Es deliciosa la vista que ofrece éste con sus márgenes de espeso follaje.

Primero, el campo verde, con su manto de campanillas y margaritas.

Un monte de ceibos, rebosante de roja flor, desorienta un minuto al viajero. Busca con la mirada la corriente mansa del río y no la encuentra. Necesita un paso... ¡Sí! allí está el gracioso puente de los ceibos. ¡Qué sensación agradable causa el ruido que produce el casco de los caballos sobre las piedras del rústico puente!

Y si se va á pie, ¡cómo agrada saltar de piedrecilla en piedrecilla, y humedecer la planta en la cristalina agua que brota del manantial, entre los troncos!... A la derecha, á la izquierda... los añosos maderos, en ligeras ondulaciones, esconden la vida de un carapacho, y allí abre el capullo verde de esperanza que no muere, y revienta la flor escarlata como llama virtuosa que inciensa el ideal... Nidos de boyeros, entretejidos entre los gajos flexibles de la yerba del pajarito, que estrechan en increíble abrazo; un primor, construído con barbas de palo, suspendido de una ramita: flor de abigarrada cons-

trucción,... un nido primoroso que sella la oficiosidad delicada de una pareja de colibríes. —Y más altos aún, en hondo hueco, " guardan sus feos pichones los caranchos y los negros cuervos ".

El puente es estrecho y corto. Lo hemos pasado ya. Doble extensión de campo se extiende á nuestra vista; recorrámoslo; vayamos hasta la orilla que os describo:

¡Qué horizonte tan lleno de poesía! — Sigamos un camino estrecho, cuidada la falda para que las espinas traidoras no nos descompongan los vestidos. ¡Ah! ¡ya está! ¿lo véis? — ¡Es el río Yaguarón, blanco, manso, con escasos rumores, tan dulcemente poético, tan suavemente encantador!

Ganemos la orilla... ¡Oh! con qué delicia se siente apenas el " chrrr " de la arena bajo nuestra planta; el agua llega á la pantorrilla...

¿Vamos más lejos? ¿qué cuesta? ¿Sentís acaso miedo?... ¡Y no hay un botecillo uruguayo que pudiera recogernos si nos llevara la corriente!!... Iremos un poquito más, pues, sólo un poquito, río adentro. ¡Qué delicia! Llevemos como recuerdo acariciador los verdes camalotes de flores lilas, que al inclinarse al tímido vaivén de la oleada, parecen decirnos:

— También somos muy vuestros; venid, si queréis, á llevarnos al suelo uruguayo.."

¿Qué es aquella abigarrada colección de casas, rodeadas de bonitos árboles?... — Y aquí, mucho más aquí, bien enfrente... ¿no se ve una cruz? ¡Oh! el paisaje es más poético aún. Tenéis á vuestra vista, las hermosas quintas de Yaguarón. Bien enfrente, en línea recta, el cementerio, y allí, á la derecha, muy á la derecha, ¿véis bien? Pues bien: aquella es la ciudad de Yaguarón.

Es un cuadro poéticamente bello el que ofrece la naturaleza visto desde el punto que os describo, en la margen del Yaguarón. — A un ser caprichoso, invita al reconocimiento; á un corazón ardiente, á la más entusiasta alegría; á un espíritu melancólico, á la meditación: he ahí el mágico encanto del paraje que os describo.

Don Alvaro volvía del saladero, costeando el río, hasta llegar á los primeros árboles del monte de ceibos. Desde allí, ya se distinguían perfectamente las altas copas de los álamos que prestaban tranquila sombra al jardín de la casa blanca, su morada.

Sonreía dulcemente, don Alvaro, recordando á la amable compañera de su vida, que saldría á esperarlo.

— Un pañuelo blanco se agitó en el aire, tres veces: Una figura, blanca, vaporosa, no muy alta, delgada y flexible, caminando á pasos menudos y precipitados, recogía flores del césped.

— Alvaro — murmuró la joven con fingido enojo — hoy has tardado más que de costumbre.

Se abrazó á su cuello y añadió: ¿Se olvida ya, pues, á Jovita?

—Sí — respondió cariñosamente don Alvaro — se la olvida para amarla de lejos.

La joven sonrió.

— ¡Ah! — dijo — ¿Es eso un proverbio, un enigma?... Yo nada entiendo de ésto, Alvaro, ¿me olvidas, dime?

— ¡Mi adorada! — contestó el joven esposo enternecido ¡olvidarte yo, tu Alvaro!

— La joven se sonrojó de placer, mientras sonreía.

— ¿De veras? — murmuró — Alvaro, cuan feliz

soy. Parecía una niña; su voz tenía el encanto de lo tierno; su sonrisa era casi divina porque sus labios se plegaban con un dejo triste.

¿Siempre?... ¿siempre me querrás? repitió con voz dulcísima. ¡Oh! si un día me faltaran tus frases de cariño, Alvaro...

—¡Hija! — murmuró éste — ¿es posible que pienses esas nonadas? ¡Loquilla mía! y la miró con ternura infinita.

En los ojos de Jovita brillaban unas lágrimas. Don Alvaro cogióla en sus brazos con dulzura y besóla amorosamente en la sien. Luego la miró inquisitoriamente; — parecióle que la querida mujercita acababa de sufrir un disgusto; estaba pálida y emocionada.

Entonces la joven reclinó la cabeza sobre el hombro de su esposo y sonrió y, señalando con la mano la costa cercana: — Mira, Alvaro, — dijo. Alguien viene. ¡Si nos vieran!... ¡Qué tontos somos! ¿verdad que somos tontos?

— En efecto — murmuró don Alvaro riendo. Y, volviendo el rostro: — Le conozco — dijo — es Panchito. ¡Pobrecillo! Siento por él, honda compasión; le distingo ó, mejor aún, le quiero. ¿No te gusta su charla, Jova? Pero, ¿qué querrá este chico á una hora tan inusitada? — interrogó como hablando consigo mismo.

— Bien mío — murmuró Jova apoyándose en el brazo de su esposo — ¿no sabes que yo quiero todo lo que quieres tú? y añadió mimosamente:

— Me gusta la charla de ese pequeño.

— ¿Vamos á esperarle? preguntó don Alvaro.

— Con mucho gusto. Entonces el señor Ramírez reclamó en voz alta: Acércate, Panchito.

Venía el muchacho con el aire más triste del mundo; con el rostro pálido, la mirada baja y los labios secos.

Don Alvaro le miró paternalmente.

Panchito habíase quitado la gorra y permanecía mudo.

— ¿Qué tienes? preguntó don Alvaro, ¿está enfermo tu padre, tu madre, ó Trinidad?...

— Todos están *güenos* — contestó el muchacho con voz opaca.

— Pnchito habíase quedado rojo como una flor de granado.

— El patrón no se enoje conmigo — murmuró con voz apenas perceptible. — No *juí* á casa porque me quedó tarde y padre me daría otra y...

— ¡Ya caigo! — con que no fuiste á casa ¿eh? ¡Diantre! Si tu conciencia, hijo, es muy indulgente. Esto está mal — continuó diciendo don Alvaro — Tienes ya doce años ¿qué esperas? ¡Esto está mal!

Y don Alvaro ofreció el brazo á su esposa y Panchito les siguió á corta distancia.

Doña Jova, llena de piedad é indulgencia volvióse hacia el chico: — Ven — le dijo — necesito saber qué es lo que has hecho hoy ¿me lo dirás francamente?

— ¿De verdá lo quiere saber la señora? — inquirió Panchito ya medio avispado.

— Niño — contestóle ésta sin mirarlo — quiero saberlo, de verdad.

El rostro de Panchito, que, de pálido intenso había pasado al encarnado más subido, se convirtió como por ensalmo, en pálido, otra vez.

El muchacho quitóse la gorra, que era, por cierto un sombrero de excelente ventilación en virtud de

los agujeros de regular tamaño y de todas edades que coronaban la copa.

Este endiablado *chapeau*, que en manos de su dueño, se había liquidado en un gorro de dos picos, era un inseparable amigo del muchacho, que ya había rehusado apremiantes ofertas, que hubieran dado al traste con el desvencijado adminículo. Pues... empezó á decir Panchito apretando el "chapeau" entre sus morenos dedos, — pues... salí del pueblo y como era ya tarde *pa dir* á casa me *juí* á sacar los pichones de los nidos que hacen los venteveos en... *¡pa ajuera, ayá pa aquel lao* del pueblo!

Cazé tres pichones y *depués*... *Depués ¿pa* qué los quería, si son más sucios y más...?

— ¿Qué les hiciste? — preguntó Jova estremeciéndose, y adivinando una travesura sangrienta.

— *Pué*... dijo Panchito indeciso. — Mejor era que muriesen, así no se caían del nido y yo... los casé del pescuezo haciéndoles abrir el pico y los tiré contra las piedras.

— ¡Oh, Dios mío! — exclamó Jova. ¡Alvaro! aquí no hay regeneración posible: este muchacho no tiene sentimiento..

— Don Alvaro soltó una carcajada.

— Si te digo lo que ayer ví — exclamó en voz más baja — dirás más aún.

— ¿Qué hacía ayer?

— Ayer, había echado á la vela á los mismos polluelos que ultimó hoy.

— ¿Cómo?

— Pues, ayer, cogió unos trozos pequeños de maderos secos, colocó encima á los inocentes pajaritos, y, allá se fué todo al río.

— ¡Qué malignidad! ¿y luego?

— Luego, querida Jova, Dios me llevó allí á tiempo, para salvarlos. Don Alvaro bajó mas la voz y continuó: — ¡Habías de ver á los pobres animalitos, piando ensordecedoramente, estirando la cabecita y tocando ya el agua con el pico!... Una pequeña oscilación de la desastrosa nave y allá se iba todo al río... — Doña Jova se estremeció. ¡Qué chico! murmuró — ¡qué chico incorregible!

CAPÍTULO V

El padre de Panchito, don Carlos Villagrán, vive en San Servando. ¿Por qué llaman San Servando, á esos terrenos y chacras desmanteladas, más allá de Artigas?...

Pero no: me abstendré de referir una anécdota oída de unos labios queridos, pero sin su "nota" de real veracidad.

La familia de don Carlos se compone de seis personas: él, don Carlos, su esposa Josefa, su hija Trinidad, Roquín y la abuelita materna y Panchito.

Es don Carlos, un hombre rudo, hombre de campo. Su esposa y Trinidad que le ayudan en todas las faenas, se reunen á las horas de descanso con la abuelita y Roquín que no tiene todavía un lustro, y, á la sombra de la parra, sentados en rústicos bancos, comentan inocentemente un suceso reciente ¡qué suceso! — que á la cabrita blanca se le ha roto una pezuñita; que el buey negro ya no sirve para el arado, que el banquito de Roquín tiene un clavo saliente que lastima... Pero, entra don Carlos, se advierte la viveza de su mirada, se escucha su voz. Ya cesan las risas, ya no continúa el relato de las inocentes peripecias. Los párpados se inclinan y los labios enmudecen.

Don Carlos es uno de esos hombres de carácter incomprensible, que tienen mucho de bueno y mucho de malo, mucho de bondadoso y mucho de cruel. Uno de esos seres nacidos para prodigar sonrisas por la ternura del corazón, pero condenados

á mostrarse crueles, por el exceso de la ignorancia en que se agitan. ¡Pobres hombres que mezquinan caricias á sus hijos, soberbios, y fuertes en creencias absurdas!

Una falta, de uno de esos angelitos de la tierra: —el perdón... un beso.

El hombre ignorante razona así: —¿Qué cuesta un beso? Acariciémoslos y mañana cometerán idéntica falta. Es menester que teman. No dicen, no: Hijo, ¡qué malo eres! ¡Cuán triste es tener un niño malo! — sino que gritan con voz de trueno: ¿Para qué hiciste esto? — ¡Ah! mereces ésto y aquello otro! — ¡Soy capaz de matarte! — Sólo así se comprende la brutal escena narrada en el primer capítulo de esta obra, entre Panchito y su padre.

— Y mientras el niño se estremece de dolor y el padre descarga recios golpes sobre su cuerpo, la mente piensa: — " Si me quisiera, no me causaría estos dolores; no es mi padre, porque no me quiere. Y el corazón, en tanto crée: " Él, que es mi padre, no me quiere; yo que soy su hijo no le quiero tampoco. Mañana haré cosa peor. — Este niño, no siente germinar en su corazón, el remordimiento; en tanto, el niño bien educado, sólo piensa: mañana no me darán caricias; me comportaré y seré bueno.

Y el ignorante se llena de rencores, acaricia la venganza; el bueno, en cambio, sufre la pena, siente la acusación íntima que le recrimina; se sonroja de sentimiento, cuando el otro se sonroja de rabia.

Panchito fué llevado por don Alvaro, á la casa paterna.

Muy mohino Pancho, con el labio inferior horriblemente caído y, temblando, se acercó á su padre.

— Bendición, tata...

—Don Carlos contestó: ¡Dios te haga un santo!... Pero la presencia de don Alvaro, no pudo contenerlo ya más tiempo. Se desató en un cúmulo de improperios y puso al pobre Pancho como un trapo. El muchacho se acogió implícitamente á don Alvaro, que, culto y leal, planteó razones, compuso adagios y hasta discutió ocurrencias.

Y al fin Pancho se salió con la suya ¡iba á ser peón de saladero! El pobre dirigió á don Alvaro una mirada de agradecimiento y apenas miró de rabillo de ojo á su padre. ¡No se atrevía... tenía miedo!

Y cuando don Alvaro se retiraba, le siguió paso á paso y tembloroso, como un perrillo de aguas...

CAPÍTULO VI

No me guardes rencor, lector indulgente, pero, ¿sabes cuantos años han pasado, después de lo que te he contado á manera de prólogo, en los primeros capítulos de esta obra? — Han pasado doce años. — ¡Ah! — dirás — Panchito no será ya aquel travieso Panchito. En efecto, Panchito...

Pero esperad...

— Estamos en la casa blanca.

Un niño, hermoso como un Apolo, de negrísima cabellera, y cutis de un moreno encantador recorre las alamedas de álamos, que prestan tranquila poesía al jardín de la poética mansión, conocida con el nombre de *la casa blanca*.

Este niño, bonito sin afeminación, altivo sin pedantería, elegante sin afectación; franco, amable, cariñoso, es digno hijo de don Alvaro Ramírez.

Educado convenientemente por su madre, que ha sabido sorprender todos sus actos y con tacto exquisito ha corregido sus desvíos, este joven cursa ya, estudios secundarios.

Ama con pasión la música, con tal pasión, que, sin temor de cargar las tintas, podemos llamarle un melómano.

Este niño cuenta catorce años.

¡Catorce años! — edad de los sueños, no de las ilusiones; edad de la alegría, quizá no, de la dicha. ¡Oh silogismo al parecer tan hiperbólico!

A los catorce años no se hiere la fe del creyente

con fanfarronerías escépticas, porque en nada se piensa seriamente; así, de nada se duda.

No se lastima el amor propio del engreído, con aires mefistofélicos, porque la inocencia no adivina la máscara y el orgullo innato no se pone en guardia.

¿Os complacéis en llevarlo al centro de una sociedad filosófica? — Los catorce años no entienden de sofismas más ó menos reales.

¿Sentís el anhelo de la sociedad ortodoxa?... Llevadle, convencedle. Os seguirá, pero, si pudierais leer psicológicamente en su alma, como en el exergo de una medalla, indescifrable inscripción, cuando os hubieras imaginado un hombre de talento, os creerías atacado de hidrocefalia.

A los catorce años, se bebe el elixir de la vida, en copa de ingenuidades; se cree en todo; no se descifra nada.

El corazón, se baña subrepticiamente en enigmática profilaxis; á los catorce años, sólo goza.

Amir, que así se llama el hermoso doncel hijo de don Alvaro, se sienta con gallardía en la silla y ya haría un regular maestro de equitación.

Cuando al galope de " Ninon " recorre los campos, con el sombrero de anchas alas echado sobre la nuca, los rizos de azabache caídos sobre la amplia frente, las mejillas rojas y brillantes los ojos, los patos silvestres que pueblan la laguna se esconden entre los camalotes para verle pasar, quizás encantados de su hermosura, subyugados quizá por el *mágico encanto* de su sonrisa buena y su mirada suave... Amir se levanta al amanecer, y aspira con fruición el aire puro de la campiña perfumada, y al volver de su excursión matinal, sonríe á la pers-

pectiva de un sueño de hadas en paz con la realidad que aun no le hiere.

— Una mujer, joven y muy interesante y simpática, viene á alcanzarle, remangadas las faldas, las trenzas rodando graciosamente á la espalda, una sonrisa de felicidad en el semblante y mostrando apenas, entre los pliegues del vestido, casi velados por la amplitud del ruedo, los pies de nítida blancura con suaves pinceladas de rosa. La joven señora siente verdadera complacencia al caminar por el rocío y sostiene siempre que con este ejercicio diario su salud se conserva inalterable.

El joven le presenta la frente y ella lo besa.

— ¡Oh, mamá, mamá! — buenos días — murmura.

— ¡Hijo! qué bien te sientan estos paseos, dice ella y añade: — Vienes fresco como un capullo de azucena.

— Lo siento, mamá. Aquí se adivina la vida ¡qué hermoso es vivir!

— ¡Mi hijo! — Sí, es bello vivir, cuando la conciencia no acusa, el remordimiento no desasosiega,... ¿Y no ha de ser hermosa para tí, la vida, Amir, si eres tan bueno, si tu corazón es puro como el de un ángel, si tu alma es blanca como un ensueño?... ¡Oh, sí; serás feliz!

— Seré bueno mamá mía. ¿No eres tú feliz?

El joven rodeó con sus brazos el cuello de su madre. ¿No has de ser tú, feliz, pues, madre mía, la dijo riendo, si eres buena como una santa, si cuidas á mi padre como un hada, si adoras á tu hijo como un Dios?...

— Ustedes lo merecen; tú Amir, eres mi vida.

— ¡Oh! ¿sabes que papá se pondría celoso? y el

joven prorrumpió en una suave carcajada armoniosa.

—Suya es mi alma, respondió doña Jova, riendo también.

—Lo cual es una compensación dijo Amir y añadió:

—¡Mamá! á veces... Escucha, dime. ¿Qué es la felicidad?

—¡Mi Dios! ¿por qué me haces esa pregunta?...

—Porque el cariño, la amistad y la dulzura, me rodean y nada más anhelo.

—¡Feliz de tí!—no anheles nunca, más que lo que puedas poseer y tu felicidad será eterna.

—¡Ay! suspiró el joven, pero sin duda todo lo que poseo hoy, no será eterno mañana y el día que esto acabe se llevará consigo mi felicidad... Pienso en el porvenir.

—Hijo — es ésta la primera vez que te oigo hablar así—¿no sabes que el destino es indescifrable? la buena madre envolvió al joven en una mirada melancólica.

—Es que, mamá, si bien no podemos leer el destino que hemos de sufrir, debemos pensar en él. ¿Qué piensas tú de mi porvenir, mamá?

—Veamos lo que piensas tú, de él, Amir, preguntó doña Jova, con dulzura.

—Pues bien—murmuró el joven con voz firme—yo creo que mi deber es ayudar á mi padre, aplicarme para serle útil; robustecer mi entendimiento en la fuente de ideas serias... No leo más allá en mi porvenir.

Doña Jova apretó la mano de su hijo entre las suyas.

—Yo entreveo otro, tu destino, murmuró dulce-

mente. — A tu edad, se puede abrigar sonriendo una esperanza más lisonjera.

— ¡Ah! ¿será verdad? Si fuera posible, mamá, me gustaría ser ingeniero, murmuró entonces el joven. ¡Mucho — continuó diciendo con entusiasmo; mucho me agradaría seguir un estudio serio! ¿Te gustaría, mamá?

— ¡Oh sí!—pero el rostro de doña Jova se apenó. Amir continuó: — No temas, pero casi en seguida añadió: — ¡Oh, si fuera posible, si papá pudiera costearme los estudios!...

— Doña Jova era muy susceptible, y sintió deseos de llorar. Amir lo notó desde luego.

— No quiero que llores — la dijo cogiéndola las manos y mirándola con dulzura. Llorona, mamá llorona. ¿No sabes que todo eso es broma mía? Una broma, creelo, sólo una broma, mamita mía.

— Sí — confesó doña Jova — ya puedes reirte de mí, pues para llorar soy como mandada hacer. Pero, no seas terco y no niegues que, en efecto querrías ser ingeniero...

— ¡Bah! sueños, sueños y sueños...

— Eso quiere decir que acaricias esa ilusión y que quisieras verla convertida en una realidad.

— No creas, mamá — en mi corazón no caben las quimeras; soy muy positivista. Si las circunstancias lo permitieran, si, quizá diera otros vuelos á mi pensamiento. Pero, ¿no sé acaso que no cuento con recursos suficientes para estudiar?... Claro que no seré nunca ingeniero y Amir añadió: — Madre buena, cuan grande es tu cariño. No sé que tienes de buena, de santa. ¡Te quiero tanto!—Eres la más pura, la más dulce de las madres y yo, en cambio, sólo soy un insensato, que te lastima con sus necias

palabras. ¿Verdad que me perdonas? Te respeto y te amo y no deseo causarte el más mínimo pesar, ¿me quieres mucho?... ¿me perdonas? ¡Es tan hermoso tener una madre como tú, una madre que ame como amas tú!... Lo que sí, añadió el joven picarescamente como guardando la clave de un enigma —lo que si que... mamá ¡cuidado! Aproximó su rostro al de su madre:—Las lagrimillas—murmuró...—enturbian la mirada y afean el rostro

Doña Jova, feliz de verse tan amada por aquel hijo á quien quería más que á su vida, echó á andar del brazo del joven reprimiendo una exclamación que hubiera sido cabal copia de la felicidad de que se hallaba henchido su corazón.

—¿Soy una buena madre, pues?... ¡querido zalamero! murmuró.

El joven sonrió.

—Quieres probarme—dijo. ¡mamá mía, madre querida! ¡mamita amada!...

De improviso una expresión melancólica se dibujó en su semblante.

Doña Jova suspiró lentamente.

—Pienso...—dijo Amir—y se detuvo meditando y como temeroso de turbar la santa paz de su madre.

—¿Piensas?... ¡Ah! tus cariños me han hecho un instante muy dichosa. ¡Cómo todo pasa y muere en este mundo! ¡cómo la felicidad se disipa al primer embate importuno!

¡Alvaro, Alvaro! — murmuró con voz débil; ambos permanecieron un instante silenciosos.

—Papá está muy enfermo, mamá, papá está muy enfermo — dijo el joven con voz grave.

Doña Jova levantó la cabeza.

—¡Lo has notado! ¡también tú!—No son pues ilusiones mías. Yo imaginaba en mi afán que eran caprichos emanados de locos temores. ¡Hay ideas atroces!

—Que tienen que ser pesadas por los corazones leales, corroboró Amir y añadió:—Mamá, vivir es hermoso y horrible á la vez. Esta mañana papá ha dicho: ¿Vale siquiera, la pena de vivir?

—¡Ah! ¡qué desgarrador pesimismo!—y doña Jova añadió con desaliento: No, hijo, yo no te quiero hecho un escéptico. Causa un pesar inmenso ver á esa juventud rebosante de vida y con un alma ya gastada. Aunque dueños de un alma muy grande, adivinan ellos mismos que es la suya un alma que poco quiere. Porqué ya no saben amar, porqué ya casi todo lo miran con desprecio, porqué ya todo les es indiferente. Y dando un vuelo distinto á sus ideas, añadió doña Jova, dolorosamente:

—Alvaro desecha los consejos de la ciencia, pero no se engaña là mirada inquisidora de la esposa. Qué de hacer ¡Dios mío!

—... Si es inadmisible la sensación de dolor que experimento, al verle tan abatido, — murmuró Amir como hablando consigo mismo.

Un pensar más intenso se retrató en el semblante de doña Jova.

—Mamá — dijo suavemente el joven — nada será, quiero creerlo, la enfermedad de papá. ¡Tantas causas pueden motivar una distracción sorprendente! Es preciso que no te inquietes demasiado.

—¡Eso, Amir, eso, hijo, me ha de ser imposible! —contestó doña Jova con lágrimas en los ojos.

Amir la tomó de nuevo las manos. — ¿Lloras otra vez? — la dijo, — es malo llorar siempre, madrecita mía. Y sin embargo, el joven suspiró profundamente.

CAPÍTULO VII

Indolentemente tendido en un sillón de hamaca, con el codo sostenido en un brazo del asiento y la frente apoyada en la palma de la mano, un hombre, joven aún, pero, surcando ya, su frente y sus mejillas, prematuras arrugas, con los párpados enrojecidos y los labios contraídos en una mueca que denuncia grave dolencia, parece entregado á un sueño agitado y doloroso ó sometido, inconscientemente, á una pesadilla de espantables visiones.

— Basta observar el rostro pálido y alargado de este hombre para comprender que no ha bastado el influjo de Morfeo, para dar suave alivio á su desgarradora aflicción.

El abatimiento que se enseñorea de su ánimo, se adivina perfectamente en la mirada marchita de sus ojos rasgados, cuyos párpados parece que no tuvieran fuerzas para alzarse.

Este hombre abre de improviso los ojos, y pásase tristemente la mano, por las mejillas y la barba; ¡no viene! — exclama con cierta sorpresa, pero no bien pronuncia estas palabras, un hombre entra á la estancia en que se halla.

El recién llegado, tiene también el aire abatido y parece profundamente disgustado. Sin embargo, sus facciones acentuadas y su porte no reñido con la estética de la altanería denotan cabalmente la resolución que plantea todos sus movimientos.

— ¡Don Alvaro! — y el recién llegado tendió la

mano al hombre que descansaba en el sillón, y que le miraba con ansiedad.

—¡Ya está!—murmuró como si se hubiera librado de algún peso. Con voz grave y vibrante añadió: — Vengo á despedirme. Me marcho... ¿Lejos? no sé — ¿á prosperar, á hundirme más aún?... —No sé tampoco. Sólo sé que me marcho. — Nada más que esto sé. Y al decir tales palabras, daba grandes pasos por la estancia.

Don Alvaro se incorporó pausadamente en el sillón.

— Ha llegado el momento presentido — continuó diciendo el recién llegado, en quien reconoceremos al principal socio del saladero de don Alvaro, señor B...

Don Alvaro fijó una mirada en el rostro de su interlocutor y exclamó, con la voz alterada: — Lo sé.

Fué tan duro el acento con que pronunció estas palabras, que el señor B..., le miró atentamente, con cierto asombro.

La grieta que hacía casi adusta la frente de don Alvaro, se hizo más profunda.

—¿Y se marcha usted?... preguntó autoritariamente.

—¡Claro! ¿Qué quiere usted que hagamos? — contestó el señor B., cuyo carácter parecía avenirse perfectamente al aire autocrático de don Alvaro.

—¡Bah!—añadió con expresión de pena. —¡Si hay que maldecir la suerte!—Me marcho á donde la fortuna sea más propicia, donde el trabajo sea más duradero.

En esta región apartada, acabándose los saladeros, que eran nuestro campo de lucha, ¿qué hacen

dos hombres como nosotros? ¿qué comen nuestros hijos?

Una lágrima se deslizó furtivamente por la mejilla de don Alvaro.

El señor B..., aprovechó ese instante de postración.

— Juntos siempre — murmuró estrechando la mano de don Alvaro,—juntos trabajemos de nuevo, allí donde la casualidad nos lleve.

— ¡Imposible! — murmuró don Alvaro, reponiéndose de su involuntario abatimiento. — ¡Imposible! repitió de nuevo con mayor firmeza. Su mirada era profunda y gravísima. Permaneció un momento sumergido en un mudo silencio. Luego habló: —

Estoy minado por una enfermedad incurable. Mi trabajo, es el sostenimiento de mi familia. No percibo rentas. Si aun tuviera fuerzas, intentaría un último golpe, ¡sería una temeridad!

Pero añadió ¿cree usted que aun de otro modo, no se vive bien, aquí? — Tengo una buena fracción de campo. Si la fuera á vender ¡bah! no me daría para un diablo, pero, atendiendo yo mismo mi propiedad y dándome perfecta cuenta del estado de mis intereses, esto va largo, créalo usted.

¿No han vivido aquí mis abuelos y mis padres? continuó diciendo don Alvaro y su voz se hacía mas clara. — ¿No han formado aquí, una familia, no la han educado y no he salido yo del montón, hecho algo, mis hermanos... en fin: ¡todos!

Amigo B., — y don Alvaro se levantó de su asiento — váyase adonde su rectitud lo lleve. Mi puesto está aquí.

— Bien, muy bien — exclamó el señor B., que se satisfacía de la llaneza con que don Alvaro abordaba el asunto.

—¡Muy bien!—Mi puesto está allá, y levantando el brazo, señaló sin preámbulos en dirección á una ventana abierta por la que se divisaba risueño horizonte.

En seguida tendió los brazos á don Alvaro y un minuto se abrazaron estrechamente.

—¡Adonde la casualidad me lleve!—exclamó el señor B..., deteniéndose en el umbral de la puerta y dirigiendo un último saludo con la mano, á don Alvaro.

Éste, que habíase dejado caer de nuevo sobre el sillón, levantó la mirada impregnada de melancolía y contestando la frase y el saludo.—Eso se deja para los poetas—dijo—recuerde usted que no lo es.

El señor B., dirigió aún otra mirada al rostro desencajado de su amigo y prorrumpió en una simpática carcajada de dulce acento.

—Apenas había dejado de oirse el eco cariñoso de la risa, cuando el rostro de don Alvaro se descompuso en una mueca de desaliento y de dolor.

—El trabajo—murmuró á media voz, ha sido siempre mi fuerte, mi sostén. Con el he vivido rodeado de la consideración de las gentes. Mientras ha existido, todo seguía bien; mi familia no conoce la estrechez y, yo, con mi modo benevolente de mirarlo todo, creíame reciamente escudado contra la miseria.

Un instante permaneció don Alvaro, inmóvil; luego levantó la cabeza y en su mirada se reflejó la misma expresión de desdén que vimos al tratar con el señor B...

—¡Mi fé—exclamó con arrebato—mi fé ciega en el porvenir, mi necia fé en todo!—Este pedazo

de tierra en que se asienta mi propiedad podía valer algo y cada vez, vale menos; yo podía tener mucho y no tengo nada. ¡Maldición! — y don Alvaro, con la cabeza hecha un hervidero, fué automáticamente á sentarse frente á un balcón coquetamente adornado con los verdes gajos y las perfumadas flores de una madreselva. Allí permaneció con la cabeza apoyada en la balaustrada del balcón y el rostro cubierto entre las manos.

Cuando levantó la cabeza, y fijó la mirada en el horizonte, un hondo suspiro se escapó de su pecho; pero era un suspiro de alivio.

Parecía que en el término de un minuto, habían sostenido una lucha en su cerebro, el desaliento y la esperanza.

Pero venció esta última; la idea de vivir regeneró pensamientos atrofiados repentinamente.

Don Alvaro lanzó un segundo suspiro y volvió lentamente la cabeza, con expresión resignada.

— Amir entraba á la habitación. Papá — dijo el joven — es menester que me inicies en el ejercicio de tus tareas.

— ¡Mis tareas! y don Alvaro soltó una carcajada llena de dolor. ¿Qué tareas?

— Sus tareas de campo. Creo que maltratan su salud los continuos viajes á caballo y luego...

— Hijo — le interrumpió don Alvaro. — Gracias á Dios, todavía puedo moverme á mi antojo; el caballo no me hace daño alguno. Tengo la cabeza tranquila y el cuerpo sano.

— Por lo que doy gracias al cielo — dijo Amir — pero, añadió — comprendo que ya me carga la inactividad en que he vivido hasta hoy. Quiero tra-

bajar. Don Alvaro miró con encanto la arrogancia del joven y contestóle:

— Amir; — me place en extremo oirte hablar de ese modo. ¡Estoy contento de tí! Pero no te sustraeré neciamente del estudio; eres muy joven y tus conocimientos son muy escasos. Quien sabe si no llegan más tarde, mejores días para nosotros y entonces no tendrás por qué arrepentirte de tu nulidad. He conservado la creencia de que la instrucción es la única riqueza positiva y que el millonario ignorante es siempre un topo.

¡Sin embargo — continuó diciendo don Alvaro, un tanto indeciso — yo pudiera tener la elocuencia de un abogado, la sapiencia de un jurisperito ¡qué! revolviendo en la imaginación todo un bagaje de sapiencia, no me resultaría un óbolo que valiera la práctica que sería hoy la seguridad de nuestro porvenir, la seguridad de mi modesto triunfo; un triunfo ignorado pero honroso, triunfo humilde pero triunfo alentador.

Amir abrió grandemente los ojos.

— No entiendo — murmuró.

Don Alvaro no pareció oir las palabras del joven.

Sostuvo la cabeza en la palma de la mano y permaneció largo rato, en muda concentración de ideas.

— Es ésta una zona propiamente rica — dijo despues. Hoy... ¡Ah! ayer... hoy... ¡mañana!... —

Don Alvaro dejó caer la cabeza sobre el pecho y sus párpados se cerraron.

Amir corrió hacia él; Papá — exclamó asustado el joven ¿qué tienes?

CAPÍTULO VIII

Un silencio extraño, inusitado sobre todo, nótase en la casa blanca. — Pasemos la tapia de un jardín; sigamos una amplia vereda, agradablemente adornada á ambos lados, por hileras de bananos y naranjos. Entremos en un corredor; — pasad... por aquí... así.

Ya está; ya hemos llegado.

Escuchemos, sin temor de ser indiscretos; hablan ahí dentro, en la pieza contigua.

Una voz de dulce y armonioso timbre, ligeramente emocionada, pregunta:

— ¿No será nada, pues, señor doctor?

En perfecto portugués y con acento amabilísimo, una voz también suave, responde:

— No tema la señora; es poca cosa, y luego, como dirigiéndose á una persona enferma: ¿Un tanto de pesadez en la cabeza? pregunta. ¡Ah! pero no ha sentido aún, agudas punzadas y esta misma pesadez que experimenta es bien tolerable ¿no es verdad?

¡Ah! — continuó entonces el doctor golpeando amistosamente en la espalda, al paciente y volviéndose de nuevo:
riendo.

— ¡Mimos!... la señora lo mima demasiado y el amigo se hace adorablemente el enfermo — la dijo riendo.

El doctor prorrumpió en una adorable carcajada de satisfacción. La señora se aproximó al lecho.

— Querido amigo — murmuró — ¿ves como podemos ir á sentarnos bajo la glorieta de campanillas, mientras Amir, persigue, por seguir su moda, las amarillas mariposas, qué, según él dice son nuncio de próximas desazones?

Sí, sí, murmuró el médico. ¡Nada de encierros! El aire, la luz, el sol. He ahí la parte primera y principal de mi receta.

— ¡Qué alegría! — y la misma voz armoniosa, dijo, con mayor acento de ternura: ¿Oyes lo que dice el doctor, Alvaro?...

Y, ligeramente, añadió, como si una nube de tristeza hubiera empañado la armonía de su voz: — No sonrías así; no es esa, una sonrisa condescendiente ¿sabes que te reñiré?

— Señora — dijo el doctor, mirando gravemente al enfermo — hágalo usted; — proporciónele distracciones y eviten sobre todo, que experimente emociones que lo hagan sentir demasiado.

— ¡Oh! ¿cómo no hacerlo así? Y ¿cuándo cree usted que estará completamente restablecido? preguntó nuevamente la voz encantadora.

—Muy pronto, muy en breve — repitió el médico, levantándose.

— Doctor... A las diez ¿no es así? lo llevamos al jardín y allí, quieras que no, tomará el sol, porque, se lo confieso á usted doctor, es un empecinado.

— Rió y preguntó, volviéndose gentilmente: — ¿Tendremos el placer de tener á usted hasta la tarde?

— Así lo haría, si cumpliera estrictamente el deseo de mi corazón que está lleno de amistad hacia ustedes. Pero mis enfermos me esperan y es imprescindible necesidad del médico, ir allí donde el deber lo llama.

—Se marcha usted!—como quiera, nos habla usted en nombre del deber y no lo retendremos, ciertamente.

Cogió el médico, su sombrero y su bastón, saludó al paciente primero como médico, recomendándole el uso de sus medicamentos y luego como amigo haciéndole de nuevo una vaga alusión como á un niño mimado. Inclinóse correctamente ante doña Jova y salió de la estancia seguido de Amir, que había permanecido durante la visita médica, con la vista clavada en la faz de su padre y ahogando pertinaces suspiros.

Cuando estuvieron en el corredor que ya conocemos, Amir tomó por un brazo al médico y le preguntó resueltamente: Dígame, doctor, lo que tiene mi padre. Pero, dejando que su voz adquiera un timbre más suave, replicó inmediatamente:—Doctor ¿papá está grave?...—

El médico miró detenidamente al joven y, con delatadora pesadumbre, exclamó, como si hablara consigo mismo: ¡Cuán joven es!

Amir sintió una impaciencia llena de despecho ¡era tan violento algunas veces!

—Soy un muchacho ¡vamos! si lo quiere usted —dijo destempladamente.

El médico sonrió.

—Joven—le dijo—no es el médico el encargado de curar la enfermedad de su señor padre.

Amir desplegó los labios con dolorosa sorpresa: ¡Ah! exclamó con impresionante acento—¿donde reside ¡Dios mío! la enfermedad de papá?...

El médico permaneció silencioso, como reflexionando.—¡Ah!—murmuró otra vez Amir ¡doctor! yo curaré á mi padre. El viejo doctor que era un

correctísimo caballero brasileño miró compasivamente al joven. Le tendió la mano; hasta la vista, mi joven amigo — le dijo — Amir volvió el rostro; una lágrima se deslizaba por su mejilla. ¡Qué me ha dicho usted, doctor! — repitió. Mi padre es aún un hombre joven. El médico le dió un golpecito en la espalda. — No tema usted, — le dijo gravemente — la ciencia lucha siempre. Tengo grandes esperanzas de salvar á don Alvaro. Y repitió también: ¡es un hombre joven!

CAPÍTULO IX

Doña Jova había quedado un instante sola con el enfermo. Díjole, sonriente, algunas palabras, descorrió las cortinas de las ventanas para que el sol penetrara más libremente, tomó luego un libro de encima de una mesa de luz y ofreciósela cariñosamente á don Alvaro.

Con una delicadeza solícita, arrellenó las almohadas, incorporó al enfermo y dióle á beber un ligero calmante y cuando le vió suavemente adormecido, salió de la habitación ligera y sin hacer ruido.

— ¿Eres tú? — murmuró al llegar al umbral, y tomando á Amir por un brazo, condújolo á la habitación contigua. Allí sentáronse ambos en un sofá.

Un instante permanecieron como sumergidos en un mundo de ideas nacidas al calor de una preocupación muy profunda. Luego, Amir habló quedamente:

— Mamá, ¿dormiste algo, anoche?

— Condeno la mentira; no pude conciliar el sueño, — respondió doña Jova.

— Muy mal hecho, mamá; así te enfermarás también.

— ¿Dormiste tú, Amir?

— El joven pareció eludir la respuesta.

— Sí — dijo con la voz del cansancio — te enfermarás y...

Doña Jova terminó la frase:

— Ya no me podrás cuidar tú, á tu vez, Amir, porque tú tampoco duermes ¿no es cierto?

Lentamente, el pregonero de las horas, dió diez campanadas.

Doña Jova se levantó presurosa, Amir la imitó y ambos entraron á la alcoba del enfermo. Don Alvaro tenía los ojos cerrados, pero no dormía; volvió débilmente la cabeza y murmuró sonriendo con tristeza:

— ¡Queridos míos!

Doña Jova sonrió adorablemente. ¡Qué cara de buen enfermo, tienes —murmuró y acercándose al *chaise-longue* en que descansaba don Alvaro. Veamos — dijo. Ven acá, Amir y entre los dos, lo llevaremos muy dulcemente. Prepárate con gusto, Alvaro; — vamos ¿sí? ¡Si vieras! la mañana está espléndida, el sol hermosísimo y el jardin ¡tan agradablemente poético! — Y que bien vas á estar allí, donde te llevaremos, entre las flores olorosas y bajo la glorieta de jazmines. ¿Te gustará? dime que sí. ¿Vamos?...

Don Alvaro se apoyó con fuerza en el hombro de su hijo, sostuvo su otro brazo en el de su esposa y así á pasos lentos y embarazosos, ganaron el corredor, donde flotaba delicioso y embriagante perfume de glisina.

Aspiró don Alvaro, con fruición, el aire perfumado, lanzó hondo suspiro de libertadora ansia y, sonriendo con amargura, dijo con pausado acento:

— ¡Tanto tiempo privado de la luz chispeante del sol y alejado de la verdadera vida, como sumergida mi alma en una onda de brumas! — Opaca la memoria, sofísticas las ideas, angustiosos los pensamientos... ¡Oh luz tan abiertamente acariciadora!

Así habías dejado ¡ay! de acariciar la voz de mi recuerdo...

Doña Jova hizo leve movimiento de impaciencia; temerosa, se adelantó gallardamente á don Alvaro y Amir y haciendo ante ellos la reverencia más diplomática se expresó con mayor diplomacia: — ¿Sabe usted, amigo mío, que no le he traído aquí, para que discurra... como un hombre sabio?

Y, suave como el arrullo de la calandria, brotó su risa.

Don Alvaro sonrió tambien, contemplándola enternecido y un instante pareció que la diosa fugaz y voluble de la juventud posaba en él los vuelos ya lejanos de su irradiación.

— ¡Qué agradable y tibio está el jardin! — ¡Qué lozanas las flores! — En rica exuberancia de hojas, se alza el recio tronco de la enredadera y como corona de ensueños, su cabellera blanca parece titilante florón de atracciones. Se mecen los jazmines en tremante abandono, acojinados en la esmeralda que les brinda, sin celo, el admirable marco en que descuellan. Abajo, protegiendo el concierto del conjunto y sin anular la casta poesía de las guirnaldas que se besan, chocándose en rítmica hamaca, tiéndese el acolchado y cómodo asiento en que se reclina el amable enfermo. A su lado, tranquila y sublime como una madona, recrea doña Jova su mirada en el paisaje que sella con su primorosa uniformidad, la ingenua satisfacción que se pinta en el semblante adelgazado de don Alvaro. — Y, en un taburetito, sentado á los pies de ambos, Amir deja extender por su fisonomía atrayente, dulce y candorosa melancolía.

Doña Jova cogió la mano de su esposo.

— Pronto — le dijo cariñosamente — se renovarán aquellos lindos paseos á la caída de la tarde, cuando tu volvías cansado de tus largas giras campestres y yo salía á esperarte con las manos repletas de flores de la pradera que tanto placer tenía en reunir para luego ofrecértelas ¿recuerdas?

— ¡Ah! — dijo don Alvaro sin que su voz delatara una emoción hondamente sentida — entonces éramos más jóvenes, mucho más jóvenes que ahora, — y, como queriendo hacer llegar á su esposa, el recuerdo de algo ya traidoramente impalpable en su alejamiento, la dijo: — ¿Recuerdas, Jova? ¿Lo recuerdas, dime?...

— Pero, amigo mio — murmuró ésta. Si lo recuerdo como algo que ha de renovarse, como algo que no ha de ser sólo un pasajero goce que no vuelve más... una pasajera dicha. Yo no miro el pasado como una ilusión; veo en él tu imagen y mi imagen unidas. Le miro como se mira una esperanza: él entreteje cantos de amor y suspiros de pena. Es piadoso, porque permanece suavemente cubierto con un tenue manto que mitiga muchas cosas... buenas y malas, afectuosas y despiadadas, oscuras y límpidas como las miradas de unos ojos que miran con solo el alma. Elige un claro, querido Alvaro — continuó — pónle un marco verde, coloca en medio una imagen, haz que esa imagen sonría. Pónle luz en los ojos, y sonrisas en la boca. Esa imagen te guía... te promete venturas que llegarán. — Es una esperanza que te arrulla constantemente. Aquí se echó á reir.

— Mírame bien — añadió, haciendo un gesto de cómica coquetería ¿estoy ya, vieja? ¿mi rostro no daría deliciosa vista á tu cuadro? ¿no soy todavía

joven y... E insinuó: — Prosigue tú... continúa mi pensamiento. ¿A ver?... ¿qué iba yo á decir?... ¡A ver si aciertas! y añadió con un mohín de gracia infinita: — ¡qué poco galante!

— Yo voy á responder por papá ¿quieres? — le dijo Amir. — Pues bien: — papá dice que todavía sí, eres joven y bella y buena siempre y dulce y sufrida y amorosa y condescendiente y santa como nunca.

— Has dicho bien, Amir; esposa amante y madre amantísima, ¡dos veces santa!...

— ¡Basta! está visto que ustedes me quieren hacer ruborizar como una colegiala. ¡Si sois unos picarones! y en efecto, cubrió el carmín las mejillas y la frente de doña Jova. ¡Ah! — añadió — si continúan ensalzándome, se quedarán ustedes sin enfermera y sin madre, pues por desagradecida contradicción, siento algo así como una pena siempre que me dicen que soy buena ó lo que es lo mismo, que mis insignificantes cuidados despiertan la gratitud.

Entonces quisiera ser más bonachona, mucho más hacendosa, para merecer mejor esa benevolencia ó para que me quisieran aun más.

— ¡Ah pícara! — ¿no ves que estás confesando que nosotros no sabemos quererte bien? — preguntó graciosamente aunqué con voz muy débil don Alvaro.

— ¿Cómo? — respondió doña Jova. Pido perdón, si verdaderamente opinan ustedes de ese modo; sin duda me he expresado mal. Me quieren ustedes demasiado bien y yo debería ser más buena ¡eso es todo!

Don Alvaro inclinó un poco la cabeza; doña Jova lo volvió hacia el otro lado con tierna solicitud.

— ¿La charla te molesta? — le preguntó dulcemente.

— No — contestó don Alvaro — tendré los ojos cerrados, pero no duermo. — Conversen ustedes sin alzar mucho la voz, y yo les escucharé. No quiero dormir.

— Mamá — dijo entonces Amir en tono débil — convengo en que eres muy modesta y en que no he sido tu heredero en ese sentido.

— Sin embargo no eres pedante, mi hijo, dijo doña Jova.

— Pedante, precisamente, no, pero soy rebelde; cuando me ofenden, me enojo, cuando no me escuchan, me enfurruño; cuando refutan mis ideas, las combato aunque me percate de que no soy razonable. Es el pedantismo por dentro, aunque exteriormente, tengo facha de un *buen muchacho*.

— ¡Ah! — murmuró doña Jova — aunque poseas todos esos feos vicios, con solo darles pública satisfacción exhibiéndolos por tu misma boca, te absuelves en parte. Si confiesas que sostienes razones irrazonables ya das un paso de vencimiento en las malas pasiones que agitan tu ánimo. Esos son caprichos de la irreflexión; eres fuerte para conocer tus defectos y tendrás voluntad para sobreponerte á ellos.

— Así sea, contestó Amir, pero he creído comprender una cosa, mamá. ¡Ah! esta vez no venceré pese á un millón de buenos propósitos. Y prosiguió:
— Cuando me enojo, hay algo en mi corazón, que se alza, sube, se ensancha y adivino mis ideas impregnadas en un fuego que todo intenta avasallarlo: es orgullo.

— ¡Ah, orgulloso! — También el orgullo tiene sus

límites; sé despreciativo ó ten lástima del que intente sobreponerse ostensiblemente á tí. Ya ves: esta es la más antipática fotografía del orgullo. No pretendas alzarte jamás por encima del más humilde. Muéstrate orgulloso ante una ofensa, sea cualquiera que fuere su grado, pero no busques lisonjas en la adulación, para sobresalir entre la farsa y la intriga. El orgulloso se consume en una preocupación: descollar, descòllar siempre, descollar á pesar de todo.

— Al oirte expresar con tanta convicción, pienso una cosa, mamá: — mi orgullo no es igual al que tú analizas; es un orgullo tranquilo; el tuyo es un complemento de la envidia. — Jamás he deseado la dicha del prójimo, jamás me ha apenado el bienestar de otro. Miro alegremente la ventura ajena sin pensar en enturbiarla. Y sin embargo soy orgulloso.

— Orgulloso de tí mismo; orgulloso de lo que vales; orgulloso de la bondad de tu corazón.

— ¿Es necio ese orgullo?

— Siempre que no sostengas ideas que tu juicio rechace, siempre que no te inquietes por nimiedades y que no sufras porque otro sea más sabio que tú, no, no es necio ese orgullo dijo doña Jova con una sonrisa. — El orgullo que no llega á la vanidad es casi santo; es el amor propio que todos debemos sentir.

Mamá, dijo Amir ¿sabes que estoy comprendiendo que vivir es más difícil de lo que he creído siempre? y continuó: — " Vivir, cualquiera sabe; saber vivir es la llave ". Me muero por el afán de llamarme un hombre, cuando soy todavía un muñeco. El joven abrió los ojos y clavó la mirada en el rostro blanco del enfermo. Doña Jòva suspiró dolorosamente.

CAPÍTULO X

Eran las ocho de la mañana y doña Jova, que había velado toda la noche, tenía los ojos enrojecidos, las mejillas pálidas y la mirada apagada. Amir había entrado muy temprano á saludar á su padre, y desapareció luego. Nadie en la casa sabía dar razón de su paradero.

Doña Jova comenzaba á inquietarse.

En las primeras horas de la noche anterior, había tenido lugar entre ella y su hijo, una escena patética. Con la cabeza apoyada en el respaldo del sillón hablóla el joven con lágrimas en los ojos.

— Hijo — díjole entonces doña Jova, dándole un consuelo que necesitaba ella también; nuestra situación no tan crítica si la enfermedad de tu padre no se agrava... Y con uno de esos gritos del alma, con esa voz de delicado sentimiento, que brota de las fibras más profundas del corazón, murmuró: — ¡No se agravará; Dios no podrá quererlo!...

— Mamá — murmuró el joven en el mismo diapasón — ¡qué mudanza en nuestro destino! ¡con qué rapidez ha huído nuestra felicidad!— ¡Ah! continuó: ¡Ah, mamá querida! no sé lo que fuí ayer, pero creo que hoy soy un hombre... Un hombre porque pienso lo que no pensé jamás, porque analizo lo que no hubiera analizado nunca en nuestra pasada situación...

¡No puedo poseer la clarovidencia que se obtiene con los años, pero tengo ¡y esto es tanto como eso! tengo conciencia de que se necesita del apoyo de

mi brazo, tengo conciencia de la desgracia que nos aplasta, de la enfermedad que hiere uno de los sentimientos más delicados del alma.

—¡Ah! murmuró doña Jova, con abatida voz ¡tan joven, tú, mi hijo!... y levantándose salió de la habitación con paso cansado, dejando á Amir entregado quien sabe á qué reflexiones. Doña Jova sentía hondo arrepentimiento. Amir, dueño de una imaginación muy ardiente, pudo haberse dejado acariciar por irrealizables ideas, que resolviera, incautamente, poner en práctica.

Doña Jova, dominada en grado superlativo por la impaciencia, corrió á una ventana á espaldas de la casa; púsose la mano en la frente para mirar sin que la molestara el sol, y dirigió escrutadora mirada en dirección al camino.

La polvareda envolvía el centro de la agreste carretera. No obstante, un jinete, espoleando con rabia su caballo, que doña Jova reconoció, se acercaba más y más á la casa.

Una sonrisa de triunfo dibujábase en los rojos labios de Amir.

—Mi hijo—murmuró doña Jova—¿qué has hecho? ¿de dónde vienes?—La pobre madre tenía siempre en los labios, santas expresiones de cariño y de perdón para aquel hijo adorado.

—Mira — murmuró el joven enseñándola un sobre cerrado. Y añadió precipitadamente: Vamos á saludar á papá; llévame contigo ¿quieres? ¿si ó no? ¡No he de querer! dijo doña Jova afectuosamente. Tu pobre padre estaba también impaciente por tu desaparición, Sales, hijo y no dices á donde vas. ¡Oh, mamá!—dijo el joven—es que yo iba á volver enseguida. Además ¿á qué sitio malo

podría ir yo? ¡Oh! eso no, sostuvo doña Jova ¡eso no, querido hijo! — Pero yo tuve miedo...

Fuera de las primeras horas de la mañana y las últimas de la tarde en que don Alvaro volvía á sentir incómoda pesadez en la cabeza, acostumbraba sostener con su mujer y su hijo una conversación que se reducía generalmente á monosílabos.

— ¡Amir!... murmuró don Alvaro, que ese día se sentía más abatido. Dejó caer la cabeza sobre la almohada, y su mirada permaneció fija en el joven.

Éste se acercó al lecho y besó la frente de su padre. Luego se retiró un poco, murmurando: — ¡cuánto tarda el médico!

Con voz opaca y aproximándose de nuevo: Papá — dijo — he aquí una carta, que, según creo, es de mi tío Jorge. Viene dirigida á usted.

— ¡Ah! y don Alvaro se incorporó. Sus ojos tenían un brillo apagado y sus mejillas descarnadas y los huecos de sus ojeras, dábanle un aspecto cadavérico.

Sin notar el estremecimiento que había sobrevenido á Amir, al comprender éste que su padre seguía mal, dijo apenas don Alvaro: — Rompe la cubierta y lee.

Amir, con el corazón oprimido por un extraño presentimiento, aproximóse á la ventana y comenzó á leer con voz temblorosa: La carta estaba fechada en Montevideo y decía así:

Mi querido hermano Alvaro: — por tu socio, el señor B., he sabido con toda posibilidad del estado de tus negocios. Atiende mi querido hermano y perdona si empiezo ésta incomodándote con alguna

reconvención. Tu mutismo no ha llegado á herirme profundamente porqué adivino muy bien tu carácter. Así que en este asunto no he trepidado en formar una *i* y en ponerle yo mismo la tilde. Tu sabes que entre hermanos no deben alzarse barreras y que cualquier diferencia está de más.

Y sin embargo, sabiendo que siempre te he querido con el corazón de un padre y con el cariño entrañable de un hermano te olvidas de que aún estoy sobre la tierra y nada me dices y vives completamente ageno á mi parecer ó á mis consejos. ¡Tú, mi único hermano! ¡quien lo creyera!

Pero no paso adelante en estas reconvenciones dictadas únicamente por el gran cariño que te profeso y voy derecho al capítulo que explanan las circunstancias.

Yo soy rico, Alvaro, y, aunque lo fuera menos, ya sabes que todo lo que poseo y hasta mi crédito, tuyo es. Á pesar de tu reserva, me hubiera embarcado inmediatamente para llegar á esa cuando manos lo pensaras, pero el odioso reuma, me tiene aplastado como un sapo y, héteme aquí, imposibilitado de satisfacer mis deseos.

Alvaro: como hermano mayor y como hombre que ha atravesado en no lejanos tiempos y en circunstancias peores, una crisis igual, permite que te señale al menos un consejo formal que te rogaría siguieras y aceptaras...

Vende, hermano, la fracción de campo, que posees en la costa del Yaguarón; liquida tus últimos efectos en ese rincón apartado y vente á Montevideo. No es posible que un hombre recto como tú, un hombre de iniciativas y joven aún, se deje consumir consultando con ojos lacrimosos el presente

y lamentando sin consuelo capaz, la pérdida del pasado. Espero carta tuya, en la que me comunicarás tus planes, ¿no es así? Imagino que no desecharás las recomendaciones que me complazco en hacerte, con la esperanza de que no te parecerán descabelladas.

Ven inmediatamente á la capital, Alvaro. Aquí no faltará en qué ocuparte; es menester que el hombre, en todos los casos y en todas las edades, sepa manejarse por sí mismo y no hacerse esclavo de fatalidades é inesperadas controversias del destino.

Cariños míos á la virtuosa y querida Jova; un fuerte apretón de manos á ese hermoso muchacho que Dios te ha dado el que será Dios mediante, y si se vienen ustedes á Montevideo, un lindísimo estudiante de derecho y un abrazo muy apretado recibe tú de tu hermano,

JORGE RAMIREZ.

El vuelo de un suspiro llevó á Amir las penas que le pesaban en el corazón antes de la lectura de esta carta.

Miró á su padre con radiante expresión... ¡Pero la carta se deslizó de sus manos y cayó á sus pies!

Don Alvaro murmuró estas palabras: — ¿Creen ustedes que yo ya no había pensado en eso? ¿creen que ya no lo había analizado todo?... Y añadió, clavando su mirada en la faz del joven ¿Sabes, Amir, el precio de una cuadra de campo en esta región? ¡Es hasta cosa de risa! y prorrumpió don Alvaro en una carcajada de desprecio.

Amir estaba pálido como la cera. — Ven, acér-

cate — y la voz de don Alvaro se debilitaba; — tengo que hablarte, comprendo que mi fin se acerca ¿qué se va á hacer? Para todo, existe la conformidad. La muerte es una ley ineludible; si no llega hoy, llegará mañana, su plan es infalible. Escucha... presta atención: — Era muy joven aún é irreflexivamente disgustéme con mi hermano Jorge. No pudo convencerme y me dejó marchar; entonces vine aquí, donde trabajé como socio primero y más tarde como dueño principal del saladero. Este es un suceso tan reciente que no es menester que te dé mayores explicaciones á su respecto pues no te son desconocidas. Ese trabajo ha concluído... para siempre!...

Aquí don Alvaro sintió una convulsión; el joven se aproximó con presteza. No hable usted más, papá; todo lo comprendo muy bien — murmuró con la voz entrecortada...

— ¡Sí! — continuó diciendo don Alvaro con acento más ronco: el paso de la vida á la muerte... Nueva convulsión le sobrevino... — ¡No continúe usted! y Amir con el corazón transido de terror, cayó de rodillas, sosteniendo entre sus manos, la pálida cabeza de su padre.

CAPÍTULO XI

El frío de la desesperación no se iguala muchas veces, al frío de la muerte, porque la comparación no cabe. ¡Oh! es que hay dolores que desgarran las entrañas y deshilvanan una á una, las fibras del corazón!

La situación de doña Jova y su hijo, es tristísima; después de pasados los primeros momentos de llanto y dolor; después que han podido esclarecerse á medias las ideas de los desgraciados deudos, y ambos, unidos en un brazo se inclinan al peso de la desgracia sin que una lágrima brille en sus pestañas, no pueden aún meditar con perfecto esclarecimiento sobre lo crítico de su situación. Los pensamientos forman una amalgama desigual entre el convencimiento y la duda pero ¡ay! con cuánta mayor presteza, con qué rápido desenvolvimiento llega á la mente la idea de lo que es la nada, cuando nada tenemos y tódo lo teníamos antes. Acaso la realidad siempre es amarga; acaso sólo la imaginación nos hace felices: soñar, es ganar el cielo; despertar, es descender del paraíso. ¡Ay! ¡vivir, vivir!...

Muchas veces nos hacemos y seguiremos haciéndonos esta pregunta: ¿qué es vivir?...

¡Vivir es crucificar el alma; vivir... quizá, quizá, vivir es morir, en el vocabulario de los ángeles!

Vivir, es: sufrimiento, pesar, inquietud, congoja...

Vivir es conservar la materia ¡es envolver lo purísimo en lo abyecto!

Todo lo que es ideal, es divino; la vida no es un ideal: " es tan sólo un átomo de la esencia divina ".

Pensar que todo es nada, que nuestro ser entero, sólo será polvo mañana, un mísero polvo que, á la merced de la más leve brisa, irá á esparcirse entre las frondosidades de un bosque, ó entre la aridez de una campiña inculta ó bien perdurará años y años en el fondo de una urna olvidada...

Amir — dijo doña Jova á su hijo con voz doliente, — esta mañana te he visto seguir paso á paso el arado, mientras Panchito siempre cuidadoso, iba abriendo los surcos en la tierra... Doña Jova se pasó la mano por la frente y añadió:

Un maestro particular, no me es ya posible sostener; hijo, es preciso que vayas al colegio. Ya sabes que tu pobre padre te recomendó siempre el estudio, así, pues, justo será que no desatiendas el más insistente de sus deseos.

— Está bien, mamá, dijo Amir — iré al colegio. No pronunció una sola palabra más y lanzó hondo suspiro. Doña Jova se levantó y retiróse. El joven se aproximó entonces á la reja de enredaderas, cogió un verde gajo de madreselva y comenzó á deshojar las florecillas. Volvióse de pronto, cogió una silla, acercóla á un armario de pino, trepóse luego, á ella, sin preámbulos y comenzó á extraer del último estante una doble hilera de libros escondidos allí, quien sabe por qué arte ó travesura y quien sabe desde que tiempo.

Cada libro tenía su correspondiente faja que Amir rompió sin miramientos; luego extendió con facilidad una tela rayada sobre la mesa y pasó largo rato embebido en la contemplación de aquello que había de tener gran interés para el pobre

joven. Amir tenía el hábito de hacerlo todo con gran precipitación y, así como se trepó á la silla y extrajo los libros, del mismo modo volvió á guardarlos y, quedándose con la tela rayada en la mano, aproximóse á la ventana, y, abarcando con la vista el horizonte: — El mundo no se encierra entre las cuatro paredes de mi cuarto — dijo. — ¡Oh! ¡yo seré algo!

Se siente, cuando llega el invierno, con sus fríos intensos y su rígida desnudez, algo así como una vaga nostalgia...

El invierno es el enemigo de los menesterosos, el enemigo de los débiles, el enemigo de los ancianos y hasta el enemigo de los jóvenes. Nadie lo desea y pocos lo miran con deferencia, porque lo malo es malo, y se desea siempre lejos. ¿Si es enemigo de los menesterosos no ha de ser enemigo nuestro? Los menesterosos ¡pobres seres que merecen toda nuestra compasión! Amir no se tomó especial empeño en levantarse al alba, porque las clases empezaban á las once de la mañana.

El primer día de clase, el joven experimentó grave sensación de dolor.

Despertóse á las nueve y como acostumbraba cuando tenía maestro particular, arrellenóse comodamente en el lecho, cogió un libro de encima de la mesa de luz y comenzó á leer.

De improviso, libro, almohada, ropas de cama, todo, fué á parar al medio de la estancia y en medio de aquella batahola de lanas y fundas blancas, Amir, tieso, pisoteándolo todo con decisión, buscó entre el revoltijo, su casaca y su pantalón y se vistió con fastidio y despecho.

Plantóse luego frente á un espejo, miróse desde

la cabeza hasta los pies con cierta gentileza, cepilló una pernera de su pantalón qué, con el inusitado atolondramiento de su amo había salido bastante mal librado y sentándose en tan buena posición que podía verse de cuerpo entero, cruzó una pierna por encima de la otra y esto era otra debilidad ó costumbre del joven; recostó la cabeza en la palma de la mano, el codo sostenido en un ángulo de la mesa de luz y se quedó meditando y aquí es menester que ponga de manifiesto que Amir meditaba siempre.

Algo retumbante resultaba siempre, de las meditaciones de Amir y esta vez no había de desvirtuar el joven las ideas que respecto á esta circunstancia, sus amigos y aún su madre, conceptuaban muy conconcretamente. Así, pues, Amir quitóse la mano de la frente, deslizó su pierna derecha de encima de su complaciente hermana la pierna izquierda, pusóse en pie y con indescriptible buena fé, no exenta de un donaire bien entendido, comenzó á coger religiosamente pero en apretado montón, sábanas, edredón, cobertores, ¡la mar de cosas, — se decía *in mente* Amir, — que era todo aquello.

Pero el disgusto de Amir era más hondo de lo que podemos colegir por sus ademanes y sus acciones, era un disgusto que se había diluído en una pena muy honda que le comprimía el corazón.

Amir había pensado lo que ya se le había ocurride otras veces: No tenía padre; el era pues, el jefe de la familia ¡qué jefe! un jovenzuelo que se hallaba bonito y se miraba al espejo con la complacencia de una presumida. Soy un coquetón, un pazguato, se dijo. ¡Lástima debo inspirar con mis sandeces! y, echando todo á un lado, salió de la alcoba con un aire de discreta arrogancia que le

sentaba perfectamente bien. El joven se aproximó á su madre. — ¿Te vas? — pudo apenas decirle ésta. — Sí, mamá, contestó Amir. Doña Jova apoyó sus manos en los hombros del joven y le dió un beso en la frente. — Hijo — pórtate bien — le dijo. — Mamá... sólo dijo Amir y se marchó.

Desde el día de la muerte de don Alvaro, conservaba doña Jova los párpados enrojecidos y sus ojos estaban constantemente llenos de lágrimas. Sus mejillas parecían más hundidas y el traje negro le prestaba un aspecto muy demacrado.

Eran las diez cuando Amir alejóse de la casa paterna, no sin sentir una débil vacilación. En todas las circunstancias, por sencillas que sean, se siente siempre una duda: algo nos preocupa, algo nos inquieta.

Por no desmentir una vez más, su altivez, entró el joven al salón de clase, con la cabeza erguida. Sin embargo, su pedantería le sentaba tan bien que no resultaba antipático lo que rara vez sucede. Los alumnos cuchichearon al verle y Amir se sintió medio abochornado.

Una sonrisa de burla de uno de los más grandes, no pasó desapercibida para el joven. ¡Ah! — mascculló entre dientes. A la hora del recreo arreglaré este asunto. Aquel ganso ¡vaya un zonzo! parece burlarse de mí.

Y cuando los párvulos corrían y saltaban, Amir se ecercó al qué, en concepto suyo le había insultado con una sonrisa de desprecio.

— Amiguito — le dijo, — cogiéndole por la casaca — he observado que usted ha intentado hoy, reirse de mí y es preciso que yo le enseñe á usted que de mí, no se burla nadie.

— El otro que no esperaba tener que habérselas con semejante antagonista, vaciló, dijo algunas palabras de excusa y enrojeció hasta lo blanco de los ojos.

Amir, dándole la espalda, volvió sobre sus pasos, diciendo: Es un cobarde. El otro cobró valor. ¡Un cobarde no! — murmuró — y ya iban á convenir quien sabe que clase de duelo, si no se venían á las manos enseguida, cuando apareció la maestra, azorada y les espectó un soberbio sermón que los dejó como en misa.

CAPÍTULO XII

Es el mes de Agosto; — fecha precisa: día 14. Año... 1888.

El tiempo ha sido verdaderamente destemplado y días antes de la fecha que señalamos con intervalos de lluvia tranquila y reposada han caído verdaderos golpes de agua.

El día ha amanecido lloviendo torrencialmente. El río ha salido de su cauce.

Es un espectáculo imponente y hermoso á la vez, el que ofrece éste, presentándonos una vista del mar.

Crece la corriente como una marea desafiadora; las aguas claras y espumosas, barren las más altas ramas de los árboles. Es un run-run incomprensible, magníficamente doloroso, emocionante espléndido...

Crecen las aguas como si desde el fondo de la oscura cuenca, en arte maquiavélico, reventase, hirviendo en ondas espumosas, el líquido, reverberante entre las revueltas de un torno mágico...

— Op, Op, Op — se siente de improviso, alzarse en gritos plañideros en la orilla opuesta. Los gritos se repiten en satírico desconcierto; — las voces lejanas se sienten como si el genio del descalabro hallara eco para hacer venir hasta los corazones apartados, la fuera de su poder omnipotente... Y, unido al grito que emplea el ganadero, para hacer llegar la res extraviada, una única voz, alta, terrible, desgarradora, exclama: ¡Auxilio!

—¡Auxilio! repite de nuevo la voz angustiada y sube con el mismo ímpetu la marea y la soledad se acrecienta sin despertar al sordo movimiento ni al nuevo grito de la misma voz que repite ¡Auxilio!... otra vez.

Amir recorre la costa, al lado de Panchito. Al sentir esa palabra suprema, que llega á sus oídos como un llamado espantoso, el joven precipita su caballo á la corriente... no se ha dado cuenta de que su temeridad sería inútil. Pero Panchito estaba cerca y llegó á tiempo.

Dolorosamente, resuena una voz á espaldas de ambos jóvenes.

—¡Amir! ¡Amir!—¡Si te lanzas á la corriente, te arrastrará, porque es fortísima!

El joven volvióse sin necesidad de tirar de la brida, que estaba sujeta por las manos de Panchito que parecían de hierro.

—No, madre—murmuró—¡no vengas, no me arrojo!—pero se sintió cogido del cuello por los brazos de su madre que lo estrechaba, llorando. Mamá querida—murmuró entonces el joven—vete á casa, te estás mojando ¡vete! y la voz de la madre y la del hijo se cruzaron con el acento de un amor infinito, al tiempo que la voz desgarradora, repetía de nuevo, con mayor angustia:—¡Auxilio!...

Una palidez cadáverica cubrió el semblante de doña Jova. ¡Es un desgraciado que se ahoga! exclamó con el acento alterado y cruzando las manos sobre el pecho con desesperación. ¡Pidamos auxilio para el infeliz!

Amir, se alzó sobre los estribos, púsose la mano en la boca, á modo de bocina y gritó con todas sus fuerzas:—¡Socorro!

Casi ronca, la voz repitió aún: —¡¡A mí!!

Panchito que había guardado respetuoso silencio, paróse sobre los estribos del mismo modo que Amir, y dirigió escrutadora mirada sobre el anchuroso río, fijándose después despavorido en la copa de un frondoso sauce que aparecía apenas por encima de las aguas.

Panchito lanzó un grito y en sus ojos se reflejó el espanto.

—Allí, en el sauce aquel, cuyas ramas más altas subían y bajaban estrellándose y hundiéndose en la corriente y reapareciendo después, había cuatro hombres que se aferraban á las ramas con ansias de muerte, cuatro hombres cuyas fuerzas se debilitaban y que, si no acudían en su pronto auxilio, perecerían ateridos de frío.

Una lancha, áncora salvadora, apareció escorando á toda vela sobre las embravecidas aguas.

Doña Jova, Amir y Panchito siguieron con ansia mortal los movimientos de la lancha, qué, cuando hubo llegado cerca de los náufragos, echó un bote al agua en el que se embarcaron dos hombres.

Había allí una corriente espantosa y los dos audaces hombres, quizá no muy diestros marineros, se lanzaron á ella, de frente.

Fué un desenlace espontáneo; el bote viró en redondo y volcóse totalmente, y los dos hombres, buenos nadadores, disputando á toda suerte sus vidas, consiguieron llegar al sauce que protegía á los náufragos. Todo esto sucedió con la rapidez del relámpago.

Entonces los de la lancha sin deliberar un instante, se lanzaron á la recia correntada.

Un grito de triunfo se escapó de sus pechos. Ya

no eran cuatro, sino seis hombres, que cogidos del sauce esperaban de ellos la salvación que se efectuó rápida, pero con trabajos sin cuento.

Los cuatro infelices, exhaustos de fuerzas, insensibles casi, compenetrados de que sus brazos se negarían á sostenerlos sujetos al árbol, habíanse amarrado al sauce con sus fajas.

Era un cuadro espantoso, ver las ramas débiles del árbol batiendo con fuerza las aguas furiosas, y los infelices, rígidos, batiendo diente con diente, moviéndose á impulsos del horrible y aterrador vaivén. Pero en esta dificilísima disputa entre la vida y la muerte, la providencia velaba afanosa: no pereció uno solo de los hombres que se vieron en tan arriesgado trance.

A lo lejos, sintióse, en ese instante, la lenta pitada del vapor.

Amir, valeroso y patriótico sintió que su pecho se ensanchaba de agradecimiento y prorrumpió en un ¡hurra! á nuestros vecinos de la frontera.

Panchito, que había cerrado el pico de nuevo, volvió á abrirlo de improviso, haciendo el más endiablado gesto de espanto. Algo, que se hacía informe, por la distancia, pero que se deslizaba con una celeridad vertiginosa por la corriente del río, semejaba un inmenso cuervo amarrado con garfios de marfil á la llanura ondulante y fiera.

—¡Digan —murmuró Amir con tono trágico— digan á ese infeliz que navega en la cumbre de su rancho, que sonría á la esperanza y que confíe ciego en la salvación!...

¡Felices nosotros que pisamos tierra firme y aún nos queda un horizonte inmenso que mirar, no sólo con esperanza ilusoria, sino con fe sincera!...

En efecto: una techumbre de paja era lo que arrastraba la corriente impetuosa y encima, encaramado, vacilante, ebrio de terror, un pobre anciano navegaba...

Un viejecito, enfermo y cansado, se había entregado tranquilamente al sueño, ajeno á la sorpresa que le preparaba su avieso destino. Siente repentinamente, un crujimiento que no cesa. Escucha... Como un relámpago se ilumina su idea; salta del lecho, un pobre lecho y trepa al tirante; con una pequeña arma blanca que guardaba siempre debajo de la almohada, corta los tientos que sujetaban la paja á la madera. El pobre hombre, apenas tuvo tiempo de efectuar esta indispensable operación. Cuando logró conseguir una postura medianamente cómoda, en la andante ruina ya el techo nadaba como si fuera el más apuesto cisne.

Pero esto no pasó de ser una traviesa apuesta de la suerte;—fué un negro susto que le hizo latir el corazón como en los días juveniles; más fuerte aún, si cabe, pues el pobre viejo, cuando, después de semejante empacho de miedo, se vió embarcado en una bonita lancha que lo llevaba á la ciudad de Yaguarón, se encontró sin fuerzas para modular el " Yo, cuasi muero ", con los ojos extremadamente abiertos y el semblante más blanco que la seda ceti.

—¡Ay! — murmuró Amir compadeciéndose de todos — ¡pobres los Artiguenses!... se han visto precisados á dejar sus casas y huir á la Cuchilla ó Yaguarón y volviéndose á doña Jova — Mamá — la dijo — ¿y nosotros á donde vamos si el agua llega hasta nuestras puertas? — ¡Oh! suspiró doña Jova — será la primera vez; pero no llegará hasta allí... Hijo; no podrá ser.

CAPÍTULO XIII

Parecía que un hado fatal persiguiera inclemente á doña Jova y su hijo.

Amir derramó lágrimas de rabia, al ver, rodeada por las aguas avasalladoras á su linda " coleccción ción de ovinos " como solía llamarlos con cierto orgullo. Aún preséntase á la imaginación del joven, todo en tumulto, el mugido lastimero de los corderos, las olas tumultuosas tomando terreno... la impotencia, el dolor, las lágrimas y como coronamiento de esta comedia de grotesco horror, la figura de una pobre mujer, con las faldas apretadas entre las piernas y la cabeza echada hacia atrás y arrojando con presteza y acierto un lazo arrollado que al chocar con el agua, aprisionaba casi siempre un tronco grueso que, siguiendo la dirección de la corriente, había de detenerse allí para ir á convertirse luego en cenizas, en el fogón de la cazadora novel é interesante.

Amir, ante ese cuadro doloroso, sintió un sacudimiento de rebelión contra la suerte que les era tan adversa.

— Dejémonos, mamá — dijo á doña Jova, arrojándose con desaliento en sus brazos — dejémonos de provocar á la fortuna con terquedades necias. ¡Todo nos es adverso aquí! ¡todo! — ¡Vámonos, dejemos estos sitios que sólo tienen para nosotros, recuerdos tristes!...

Tú no naciste, gracias á Dios, en este lugar dejado de la mano del Señor, tú eres hija de Montevideo; allí te llaman y allí debemos estar.

Adiós, llantos, adiós penas, adiós, dolores sin cuento. Mamá, está dicho: ¡nos vamos á Montevideo! —

Pasó suavemente doña Jova su blanca mano por la cabellera de su hijo y con mucha resignación, le habló de este modo: — Aquí no nací yo, pero naciste tú; aquí he pasado los momentos más felices de mi vida, y aquí... ¡tú lo sabes! aquí hay algo que me retendrá toda la vida...

Dos lágrimas mojaron sus mejillas pálidas y aun hermosas.

— Aquí, hijo querido — continuó — estamos en lo que es nuestro, aquí..... ¡aún soy feliz! si me fuera á Montevideo ¡creo que moriría desesperada!

Amir tomó por los hombros á su madre y sacudióla con inquieta dulzura. — ¿por qué, mamá? ¿por qué?... inquirió con afán. ¡No ves que acá nunca dejaremos de ser lo que somos ¡unas míseras criaturas que arrebatará en breve el huracán de la desgracia!.. y el joven continuó: — Yo la veo venir, veo como nos envuelve paulatinamente, veo...

— ¿Qué ves? — murmuró doña Jova, apartándose de su hijo, con los ojos arrasados en lágrimas y palpitante de desesperación.

— ¡Veo que moriré de odio á la naturaleza toda! y Amir se puso de pie apretándose con rabia los labios y haciendo esfuerzos para no prorrumpir, él también en sollozos.

— ¡Amir! — ¡mi hijo! — y doña Jova corrió hacia el joven y apretólo contra su pecho. No, tú no morirás — repetía — ¡tú no morirás, no!...

Más marcada pintóse la angustia en el semblante de Amir.

— ¡Pobre mamá querida! — dijo mirándola con

suprema expresión de lástima — día á día me convenzo de que soy un malo. Te hago sufrir, no tengo conformidad ¡soy un desdichado!

— ¡Pobre hijo!

— ¿Pobre? — no me digas pobre. ¿No ves que esa palabra tiene la propiedad de enternecerme y, basta que me sienta compadecido para que mi corazón se rinda y estalle en lágrimas? Voz tan suave como la tuya no debiera consolarme jamás.

— ¡Ni siquiera quieres que te consuele!

— Quiero que me riñas esta vez.

— Pues te riño... marchándome. Adiós, malo, malo. ¡No! no quiero decirte, tampoco, malo. Eres bueno, bueno y bueno. ¿Comprendes esta manera de reñirte?

— Comprendo que no merezco ser hijo tuyo — y Amir siguió con la vista á su madre que se alejaba...

— En ese momento una voz retozona y suave, gritó con autoridad desde el jardín: — ¡Patrona!

— ¡Ah! — respondió doña Jova abrochándose con presteza un delantal negro y secándose una lágrima que le corría por la mejilla. Ven Panchito. ¿Cómo has vuelto tan pronto? Apuesto á que nada has conseguido — y lanzó un suspiro de gran pesar.

— Yo — comenzó á decir Panchito — deseaba y pedía á Dios ó al diablo que mi viaje reportase algun provecho *pa* la casa. No he podido conseguirlo, patrona. En la Cuchilla la gente dió en contestarme que estaba muy pobre. ¡Pobre! — como si las ratas no fueran más pobres y no desperdiciaran los huesos.

¡Pero no! — ellos no quieren, ni las plumas, ni la carne, ni los huesos, — y esto lo decía Panchito con calma.

Allá por Artigas, conseguí vender el casal de pollos negros — añadió. Y crea la patrona; la venta es esperanza, pues eso de cosas negras, aunque sean pollos ó ticholos ó pasas, siempre son un poquito fuerte ó un poco de mal agüero... ¿cómo diré? — ¡Un poco cuesta arriba ¿no le parece á osté, patroncita? — un poco cuesta arriba como decía mi padre que Dios tenga en su santa gloria. — Y Panchito terminó su peroración, diciendo por lo bajo, por no traer un mal recuerdo á la mente de su señora: — Junto con el bueno del señor don Alvaro, que es para sentirse que se haya muerto tan pronto.

Está demás decir que doña Jova no había escuchado una sola palabra del afable discurso y sólo repasaba en la memoria una idea que era para ella, una preocupación: Sólo el casal de pollos negros ó lo que era lo mis mo, una bagatela, una bobada.

* * *

Amir, demostrando marcadísima afición al estudio, pasaba muchas horas en su dormitorio donde había colocado el armario de pino que le servía de biblioteca. También era el joven apasionado por los viajes; con un gran mapa y una geografía se entretenía grandemente, en franca consulta. Servíase del índice, como regla, para señalar el trayecto que quería recorrer con la imaginación. Por aquí, por aquí... murmuraba, á medida que adelantaba el índice en la línea del papel .

Luego lo dejaba correr paulatinamente y, sin darse clara cuenta, el dedo estaba señalando la

América; — el índice bajó más aún, á la derecha, y el joven leyó: — Uruguay.

¡Por vida mía! — dijo Amir golpeando el suelo con el pie. Aquí me tienen en mi lindo país. Busqué la Europa, busqué el Asia, llego á la América y de improviso caigo en el Uruguay. Esto quiere decir que amo mucho á mi patria y que, si de ella me alejara, me vería atacado de nostomanía, esa enfermeded, que, según dicen proviene de la melancolía que se siente, al alejarse de la patria.

— En fin... — murmuró Amir y ¡helo aquí en el punto de sus meditaciones, haciendo causa común con sus manías!

Amir era soñador como un poeta.

— Yo — dijo el joven, soliloqueando del mejor grado — soy afecto á esa vida bohemia; me agradaría recorrer todos los países, y tratar á gentes de todas las razas; escalar las cumbres de las montañas más altas, atravesar los mares en tempestad deshecha. Ver romperse en astillas, un buque náufrago y sentir los anhelos de vida y muerte que se snfrirán en esos momentos.

Quisiera visitar el Asia y ver de cerca á esos japoneses que á pesar de su raquítica complexión quizá un día vengan á admirar al mundo con sus proezas ¿quién lo duda?...

— Pero ¡bah! — ya estoy en el punto de mis ocurrencias — como dice mamá — murmuró el joven y añadió:

— ¡Quizá tenga razón, sí, esa santa mujer, mi pobre madre! — Hijo, me ha dicho siempre que la inicio en la conjunción de mis crueles pensamientos. — No puedo prohibirte que sueñes, pero te ruego que despiertes siempre. Despierta á tiempo, Amir y

cree aún en la felicidad. Si das un paso en falso, si te extravías... ¡oh Amir, entonces... Dios y yo, solos, sabemos lo que será de tí!

La vida es muy corta, hijo mío, ha añadido mi madre.

Tú deliras por el mundo ¿miras acaso tu felicidad en su seno, en un seno que acoge con esplendores, pero que no prodiga cariños?...

Amir mío: si es cierto que existe la felicidad, sólo la encontrarás en el seno de la familia. Hoy, bajo la mirada cariñosa de tu madre y mañana... en el fiel afecto de una esposa amante, y en el acendrado cariño de unos hijos del alma.

—¡Delirios extraordinarios! —¡Conocerías el Egipto, conocerías el *mundo entero!* ¿Y luego?... luego, cuando estuvieras ya cansado, cuando fueras ya viejo, si quisieras volver los ojos al pasado, cada recuerdo feliz ó desgraciado, te robaría una sonrisa seguida ¡ay! de una lágrima.

Y esas lágrmas, créeme hijo mío, esas lágrimas son la hiel de todos los desengaños; los desengaños del hombre que ha despilfarrado la fuerza de su juventud, que ha endurecido la ternura de su corazón. ¡Cómo miramos color de rosa la existencia, cuando tenemos un ser querido en el corazón!... ¡Qué amarga siente la noche de la vida, aquel que no ha podido saborear los deliquios del amor verdadero! —¡Ah! si quieres que no muera de dolor —me ha dicho al fin, mamá —no abrigues esas tendencias de un bohemio.

Y Amir, después de reflexionar seriamente, cerró el atlas y fué á debruzarse en la ventana de rejas.

—¡Ah!—murmuró de improviso el joven—¿qué secreta atracción me trae todas las tardes á esta

ventana? ¿Qué raro cariño ha despertado en mí corazón esta enredadera? — ¡Ah! dijo entonces moviendo la cabeza. como si un pensamiento repentino iluminase un punto oscuro de su cerebro. Aquí ví á mi padre aquella tarde fatal en que la desesperación se apoderó de su ser entero, aquella tarde en que trató de ocultarme su dolor. Aquí me confesé yo, el instante en que me creí un hombre.

Ser hombre, ser hombre... ¡Qué superior es creerse un hombre, saber que puede uno conocerse á sí mismo, comprender que puede uno darse cuenta de una situación crítica, plantearla, evitarla si es posible. ¡Oh! ¡es mucha cosa ser un hombre! Como deliraba Amir con aquello de poder decir: ¡soy un hombre!

Levantó entonces la hermosa frente y clavó la mirada en el horizonte.

Suspiró hondamente y contempló el cielo blanco; la atmósfera tranquila.

Un carruaje, en tanto, se acercaba á todo correr, á la casa blanca.

Amir miró el campo, se encogió ligeramente de hombros al ver el carruaje y cerró la ventana. Mejor es que yo haya nacido pobre — murmuró — ¡oh! si yo fuera rico, ¡qué cosas haría!...

CAPÍTULO XIV

En el campo, siempre que se ve llegar un carruaje, se piensa políticamente quién ó quienes podrán ser los que vengan y qué vendrán á hacer.

Á pesar de haber visto á Amir, observar la venida del coche y manifestar cierta indiferencia con su encogimiento de hombros, no hizo lo mismo doña Jova, quien, corrió presurosa á su alcoba, compuso sin coquetería, pero prolijamente su tocado, y salió al corredor. Una pareja de perros negros y grandes salió corriendo y dando fuertes alaridos. Panchito se apresuró á ponerlos en vereda, gritándoles varias veces: fuera, fuera. Los dóciles animales volvieron á la casa, paso á paso. Panchito aprovechó un momento para gritar á doña Jova: patrona; vienen unas señoras.—¡Ah! se dijo doña Jova ¿quienes podrán ser? Creo que no tengo ninguna amiga.

Con una gentileza exquisita recibió sin embargo á sus visitantes.

Un caballero, que bajó primero del coche ofreció la mano á una señora morena y bella, de grandes ojos negros; luego ayudó á bajar á una linda criatura de rostro de angel.

—¡Ah!—murmuró doña Jova—señor Gonçalves, al fin tengo la satisfacción de volver á verle y esta vez en compañía de su esposa y su niña ¿es en efecto, la niña de ustedes esta linda criatura?...

El señor Gonçalves hizo una perfecta reverencia de salón y en portugués, exclamó:

— Grande es mi satisfacción al volver de nuevo á esta casa, é inclinándose nuevamente: — Mi esposa... mi hija...

— ¡Oh! mucho gusto... dijo amablemnete doña Jova y añadió: ya amaba á usted, señora, antes de conocerla y deseaba vivamente tratarla, más, cuando pude escuchar alabanzas hechas en honor de sus virtudes.

— Esta vez le tocó inclinarse á la dama brasilera, y en el idioma de Camoens, respondió á la castellana: — Muchas gracias; es usted muy amable, señora.

Doña Jova se adelantó para conducir á sus huéspedes al comedor de la casa blanca.

Amir, qué, escondido en su cuarto había abierto una ventana y curioseaba lo que pasaba en el jardín, no dispuesto á recibir visitas y con ánimo de pertrecharse por dentro y no dar señales de vida, corrió la vista del señor á la dama y de la dama á la niña, que le pareció muy mona... ó monona.

— ¡Ah! murmuró el joven golpeando el suelo con el pie. El señor González, González... ¡Gonçalves! — Sí, Gonçalves ... ¡Caramba! — un amigo de mi padre, un antiguo amigo de papá. Es preciso que el hijo de su *hermano*, le haga con su madre, los honores de la casa. Y Amir hizo una mueca; — el joven era muy exclusivista y bien poco condescendiente cuando no se hallaba verdaderamente satisfecho ó dispuesto.

Cuando doña Jova entraba al comedor con sus acompañantes, Amir abandonaba su alcoba para salir á recibirlos. El señor Gonçalves, hizo un gesto de encantador asombro, como si estuviera en presencia de un hijo suyo á quien no viera desde

muchos años; apretó al joven con fuerza sobre su pecho, dióle dos ó tres palmadas en la espalda, y luego de haberle descompuesto no poco el bien rizado cabello sometido en la frente á un gracioso jopo, presentólo á su esposa con estas palabras: — Mira; aquí tienes al hijo único de mi querido hermano Alvaro. ¡Pobre hermano! su hijo es todo un hermoso y gallardo joven.

La señora tendió la mano al joven, con amable expresión de bondad y Amir saludó á su vez á la niña que apenas le ofreció la punta de los dedos.

Amir era muy sociable pero, cuando se figuraba que cualesquiera se empeñaba en picar su amor propio, con un signo de desvío ó de desprecio, se hacía inflexible. Y ya no le gustó la brasilerita.

Se hallaban todos en el comedor y ¡oh petardo! Amir se vió al poco rato, sentado al lado de la despreciativa chiquilla.

El señor Gonçalves habló largamente de la creciente del río, de sus consecuencias. En fin: de todo lo que se habla en una visita que se hace sin un interés particular á no ser otro que el de ver y pasar un agradable momento en compañía de unos seres amigos.

Del comedor, pasaron todos al jardín y, mientras las señoras hablaban de plantas, y de flores, el señor Gonçalves y Amir se entretenían, en no interrumpida conversación sobre la manera de sacar mayor producto del cultivo de los cereales. La chiquilla, traviesa y revoltosa, permanecía sentada, pero hacía esfuerzos por mantenerse quieta. Sus ojos lo repasaban todo, con infantil curiosidad. Vió la chica que los mayores habíanse olvidado de su personilla. Adivinó, más bien que comprendió, la puer-

tecita que conducía al huerto. Con paso menudo é incierto, se fué hacia ella. La traspasó. Allí ya no la veía nadie. ¡Mi Dios! qué lindas frutas. Los durazneros, los perales, los manzanos, parecían secos; no tenían hojas siquiera, la estación de invierno les roba sus primores.

¡Mi Dios! volvió á repetir la brasilerita tentada y casi dispuesta á arrancar una linda naranja que se mecía, colgando de una rama, al alcance de su mano. Pero recordó á tiempo que las naranjas tenían dueño y qué indudablemente lo sería aquel *castellano* que hablaba como un bachiller con su padre y á ella la trataba como á una chiquilina ó como una niña grande. No sé que sé piensa — añadió — pues no ha de tener muchos más años que yo. — ¡Pícara casualidad! allá aparecieron por un sendero el castellanito y el señor Gonçalves.— ¿Tú, aquí, Siñasiña? — murmuró Gonçalves al verla y añadió volviéndose: — Qué lindas frutas, amigo Amir. En nuestra quinta no las tenemos mejores.

— Sí la señorita y usted, se apresuró á decir Amir, quieren probar unas?...

El joven se abalanzó al árbol y arrancó dos frutas hermosísimas, que no supo, sin embargo, á quien ofrecer.

Sintió Amir que una oleada de sangre le había subido á la cabeza y supuso qué su rostro estaría ridículamente encarnado.

Pero los *diplomáticos* y aún los menos *diplomáticos* que Amir, siempre buscan medios de escaparse por la tangente y no le faltó al joven el modo de serenarse y ofrecer la naranja á la joven brasileña.

No contaba Amir con el próximo desenlace, pues, apenas hubieron sus dedos tocado los de la niña,

volvió á sentir nueva oleada de sangre en las mejillas. Siñasiña enrojeció también. Muchas gracias — murmuró, pero, en seguida volvió el rostro con altivez no disimulada. ¡Ya eran enemigos!

— Sí— decía el señor Gonçalves, dando una palmadita en la espalda, á Amir, y echando á andar por un sendero que hallaba su término en un manantial bordeado de helechos y culantrillos. Esto es encantador. Y bien que Alvaro tenía muy en cuenta todo esto, pues varias veces le adiviné en sus conversaciones propósitos muy deliberados, por lo que puede colegir... En fin ¿qué se va á hacer? continuó. Dios no quiso que se realizaran las bellas suposiciones en que solía iniciarme tan francamente mi pobre hermano.

— Y bien, amiguito — siguió diciendo á Amir el señor Gonçalves. Pero el joven parecía medio alelado, como asimismo la brasilerita que se volvía más hosca y demostraba sostener hasta lo inverosímil un enojo inmotivado del que era ella la principal é inconsciente causa.

Amir, ofendido en su amor propio se sentía furioso contra la chica; ella, en cambio, reconocía que el despecho la mantenía airada y desdeñosa.

Sucede á menudo que no podemos tolerar en otros lo que llamamos una falta de educación ó de urbanidad y generalmente por torpe y no estudiada circunstancia, nosotros mismos, sin anterior mediación oculta del corazón ó la cabeza, nos exponemos inocentemente á un desaire, que es siempre un agravio que hiere dos razones: la razón del amor propio y la razón que no razona con el merecimiento... justo. Total: es la misma razón dividida en dos á raíz de una abundancia de discernimiento.

Cuántas veces no se simpatiza á primera vista con un ser á quien pudiéramos copiar más tarde los actos de su conducta y seguir ciegamente la ruta de su proceder honrado y juicioso.

Eran Amir y Arasi, que éste es el nombre de pila de la altiva brasilerita, dos naturalezas completamente opuestas, porque sus caracteres eran como dos líneas cortantes y secantes, tocándose en diferencia, á causa de su verdadera similitud.

Eran ambos orgullosos hasta la exageración, pero ambos eran buenos y dignos.

Arasi, buena, pero tímida; Amir, elegante pero rencoroso. Si Amir, en vez de sentir un fiero despecho que no se amengua ni aún en presencia de la dulcísima gracia y el encantador rostro de la niña, se fijara más en la dulzura que respiran sus facciones, quizá depusiera la cara de pocos amigos, que había adoptado para marchar en abierto é idéntico concepto de miras y actitud, con la emperifollada niña.

Arasi, no recordaba, no, haber hecho nada que provocara tan tosco enojo. La bella retrechera, pensaba muy para sus adentros que el castellanito era hermoso pero no dejaba de convenir también la picarona en que el *hermoso castellano* era un poco insolente ó no poco desatento ó guarango, al empeñarse en tratarla como á uno que está de más en el círculo.

—¡Ah!—dió en pensar al fin, la díscola—es probable que no haya gustado de mí porque casi no le doy la mano, cuando vino á saludarme... ¡Oh! la culpa fué suya, porque me turbó con su presencia... linda... ¡No hay duda! el castellanito es lindo ¡es muy lindo!

— Pero, continuó diciéndose la niña. — En un libro que quité á hurtadillas de la biblioteca de papá, no hace muchos días aún, ¡una novela!... Y bien; leí que no nos fiáramos de los rostros hermosos y de las brillantes apostaras; que los hombres hermosos, son generalmente muy fatuos y la fatuidad los hace pretensiosos, llenos de absurdas creencias respecto á su tonto poder, y hasta se convierten en inmorales.

Lo que es el castellanito — y Arasi echó á Amir una mirada de soslayo — parece bastante fatuo ¡ya lo creo! que si no lo fuera, no me dirigiría esas miradas de desafío, que parece van á tragarme entera y viva. Yo no quiero ya — y Arasi hizo un gesto de enojo — no quiero ya volverlo á ver.

Me ha hecho un desaire, sentándose casi de espaldas á mí. Eso me ruboriza y mucho más cuando lo pienso como ahora, teniéndole en mi presencia.

Pero Amir y Arasi, eran incapaces de experimentar la cólera ó el odio; eran, por decirlo así, dos naturalezas pasivas.

CAPÍTULO XV

Entretanto, en el comedor, doña Delia y doña Jova sostienen una conversación muy interesante.

— Ah, señora — dice doña Jova — la suerte ha sido muy caprichosa conmigo.

La dama brasileña mira cariñosamente á su amiga y responde con dulzura: — hay pruebas dolorosas por las que todas pasamos casi siempre.

— Y bien ¿me aconseja usted, pues?... pregunta entonces doña Jova.

— ¿Aconsejarla yo?... ¡no me atrevería ciertamente y no lo merece usted, amiga mía por lo mismo que no necesita usted de mis consejos. Piensa usted con una rectitud demasiado clara y basta que se le ocurra un pensamiento que crea realizable, para que los que hayan de ejecutarlo digan: ella lo ha supuesto así y está bien hecho.

— Me confunde usted señora — dijo doña Jova mirando á la brasileña—sólo soy una buena madre; ¡nada más!

— ¡Oh! — la razón es única, incontrovertible. ¡Nada más! dice usted ¿hay acaso algo más elevado que ser una buena madre?...

— Doña Jova llevó hacia el semblante de la dama afectuosa la hermosa mirada de sus ojos tristes.

— ¡Oh! que adorablemente fina, es usted, murmuró — y luego, bajando los los párpados, todo su rostro velóse de enigmática melancolía.

— Quiere tanto, uno, á estos hijos del alma — murmuró trás un rato.

—¡Oh, sí!—y la dama brasileña plegó sus labios en el más lindo mohín que intentara una madre amorosa—mi César y Siñasiña son mi encanto, mi dicha ¡los adoro!—añadió.

Más encantada miró doña Jova á su amiga.

—¡Oh!—le dijo—continúe, se lo ruego... Cuando veo á una mujer expresarse de esa manera, me digo embelesada: Estas son las verdaderas madres.

La dama brasileña se ruborizó ligeramente.

—Yo desearía—continuó diciendo doña Jova, que este niño se educara como conviene á un joven... ¡Ah!—interrumpióse y su rostro se turbó como si el padecimiento fuera demasiado cruel.—¡Dejadme!...—echó la cabeza hacia atrás y brotaron una á una pertinaces lágrimas de sus ojos.

—¡Ah! continuó, impotente para reprimir su dolor, y como si fuera preciso una confesión para confortar su ánimo, tras aquel imprescindible desahogo, ¡es que mistifico mis sentimientos! ¡es que la sonrisa que asoma á mis labios, es la mueca que oculta mi sufrimiento atroz! murmuró.

Las lágrimas, como la risa, son contagiosas y así, comenzaron á deslizarse cautelosas por las mejillas de doña Delia, lágrimas perladas, como un rosario de filigranas que rompen el hilo y en vano hacía doña Delia esfuerzos sobre sí misma, intentando consolar á su amiga.

La desconsolada viuda, temió hacer un papel desairado; incorpórose en el sillón, secó sus lágrimas; y con amable gentileza, no exenta de un dejo tan amargo como la desesperación que aún ocultaba otra vez, dijo:—Perdone usted señora, pero, cuando encuentro una criatura buena, una criatura

capaz de comprender tamaños dolores, siento una necesidad imperiosa de confesarle mis pesares y de decirle lo que padezco.

—¡Pobre amiga mía! y doña Delia tomó una mano de doña Jova. — Sufre usted mucho; — llore siempre y no intente ocultar las lágrimas, que ellas constituyen el mejor lenitivo porqué son el mejor consuelo del triste.

Voces cercanas, escucháronse del lado del jardín.

— Probablemente venimos á interrumpir la conversación de ustedes, señoras, murmuró sonriente el señor Gonçalves deteniéndose en la puerta con urbanidad.

— No tal, señor. ¡Pase!... y doña Jova murmuró ese *pase* con la encantadora amabilidad que hace más lenta la pronunciación de las últimas sílabas y termina aún con la doble pausa del punto suspensivo.

Ha de ser delicioso vivir en una casa de campo tan bien situada—continuó el señor Gonçalves, que era muy expedito en el hablar y rara vez permanecía callado.

— No tanto ¿verdaderamente lo cree usted como lo dice? preguntó doña Jova.

— Si bien, hoy, puede usted decir: No tanto. Pero, descuide usted señora; quizá en épocas no lejanas si mis vaticinios no resultan nulos, el ferrocarril con la fuerza del progreso vendrá á implantar adelantos nuevos. — Entonces, señora, tendré la satisfacción de venir á dar á usted mi enhorabuena. Artigas, el pueblo de Artigas, pequeño y expuesto, será un centro de comercio, créalo usted. Hoy... ¿qué vale hoy?...

— ¡ Bah ! — interrumpió Amir desdeñoso — unas cuantas casas suplantadas en un rincón...

— Si tiene algún mérito hoy — continuó entonces el señor Gonçalves — es por su asiento, á orillas del río Yaguarón y frente á la ciudad del mismo nombre. Esto lo digo, como brasileño, sin pretensión, pero, Yaguarón es una bonita ciudad, adelantada.... ¡ En fin ! y el señor Gonçalves hizo un gestecillo un poco raro.

Doña Jova volvió á sonreir con su sonrisa triste.

— ¡ Ah ! — murmuró — también Alvaro participaba de esa esperanza. Muchísimas veces me dijo: Hija mía — el día que la línea del ferrocarril se extienda hasta Artigas... y no proseguía el pobre, como no osando hacer amplia manifestación de sus pensamientos ó suposiciones. — Y luego añadía: Artigas, hoy... ¡ ah ! *¡hoy esto es una desgracia!*

Muchas veces también — continuó diciendo doña Jova, — Amir me ha pedido que lo vendamos todo á cualquier precio y nos vayamos á Montevideo. Si hiciera tal cosa, creo que sentiría toda mi vida la sombra de un remordimiento. ¿Cometeré yo — habíame dicho Alvaro — la imprudencia de vender esto para que mañana mi hijo me recrimine por mi falta de penetración en el porvenir? ¡ Cuántas veces nos engañamos, sorprendidos del presente y temerosos de lo que vendrá !

— Pasarán muchos años, sí, muchos — dijo el señor Gonçalves con el acento de un vaticinador pero... vendrá. — Sí; tendremos el ferrocarril dentro...

— ¡ Oh ! no vaya usted rezagado, señor, murmuró sonriendo, doña Jova.

— No me aventuro demasiado. Veámos — y el

señor Gonçalves se echó á reir. ¿Qué les parece?..

—No por Dios, no por Dios. Si prosigue usted me sucederá algo malo y doña Jova mostró una hilera de blancos dientes.—Yo seré vieja, entonces, continuó:

—Pero, querida señora; si aún no he regulado siquiera, el tiempo...

—Tanto mejor, tanto mejor sostuvo todavía doña Jova. Si lo hubiera usted formulado, creo que habría sentido bajar de mi pecho algo muy dulce y consolador.

—No; porque quizá acariciara usted después de mi veredicto, mucho más que la idea nueva que quise implantar en su corazón, la caduca que le sirve de consuelo.

—Puede ser—repitió doña Jova dos veces—puede ser. ¡Amamos tanto la esperanza y nos cuesta tanto desprendernos de la suposición que nos sugiere muchas veces sólo quimericamente!...

CAPÍTULO XVI

Estas visitas en el campo, difíciles y poco frecuentes, dejan siempre en el corazón un recuerdo de franca bondad. Las gentes, que rara vez abandonan las tibias comodidades de la graciosa casa que se alza en el centro de la ciudad, para ir á respirar el aire purísimo de los campos vestidos con el embriagante tono multífloro de la primavera, sienten una complacencia deliciosa en montar á caballo y pasear por la orilla de los bosques, ó internarse en sus sombrías picadas.

Bajar una pendiente peligrosa, llegar á la orilla del río, abandonar la cabalgadura, internarse á pie entre el espeso ramaje de los árboles y las enredaderas y robar á los pajarillos sus delicados nidos con sus más caras preseas.

—No hay placer que se iguale al del niño de ciudad, cuando, retrepándose en un tronco, aun á trueque de rasgarse la linda blusa ó el blanco chaleco, con el sombrero caído á la espalda y el ceño fruncido por el esfuerzo penoso de mantenerse en equilibrio, grita desde lo alto de un árbol, metiendo precipitadamente una mano en el fondo de un gracioso hueco acojinado con plumas y lanas: —¡Un nido! ¡Me he hallado un nido de churrinche, con tres huevitos!...

Y apenas perdida la última silaba de sus entusiastas frases, ha sacado uno de los lindos huevitos y lo ha mostrado con orgullo á los compañeros que no han tenido tanta suerte.

—¡Uno!—exclama. ¡Esto es uno! ¡He aquí el otro! y volviendo á colocarlo con devoción en el nido, saca el precedente. ¡Éste es el otro! dice... ¡Cómo si todos no fueran iguales! Y el niño que habita en la ciudad se sumerge en la contemplación de estos delicadísimos tesoros, que son, en sus manos sólo un juguete, y los revisa y los mira, y ¡acaba al fin por traspasarles un alfiler, y arrojar la yema conjuntamente con la clara, mientras ¡muchas veces asoma por el pequeño agujerito la cabeza recién modulada del pobre polluelo!...

No diremos que Arasí, contó de antemano con gozar, en su paseo, de tan poco generoso placer, por qué Arasi es muy caritativa, pero Arasi supuso que pasearía á caballo y que llegaría hasta la orilla del río Yaguarón... ¡Ah! pero también Arasi, pensó mucho más: pensó qué, según le había dicho su papá, encontraría allí á un joven casi de su misma edad y Arasi acarició la posibilidad de hacerse amiga del adolescente.

¡Pícara poca suerte! cuando subió al coche que debía llevarlos de nuevo á la ciudad, la niña estaba muy triste. ¡Cómo que no había paseado á caballo, y no había tampoco encontrado un amigo en el castellanito!

¡Bah! decididamente el paseo había estado feo, muy feo.

Y sin embargo, cuando no habían perdido aún de vista la casa blanca el señor Gonçalves, preguntó á su hija: ¿Te agradó el paseo?

Arasi, sin reflexionar, contestó:—¡Mucho, papá!

No obstante, notó la niña que una tristeza repentina iba adueñándose de su voluntad, que le pasaba una cosa muy rara y que le pesaba la cabeza y no tenía ganas de reir.

Después de una media hora, internóse el coche en las callejuelas de la Cuchilla y Arasi, que había permanecido indiferente al paisaje nuevo que á cada paso tenía ante su vista, lanzó un grito de satisfacción, al entrar á Artigas y al divisar las primeras casas de la vecina ciudad.

El bote esperaba pronto ya á marchar á la margen opuesta.

Detuviéronse los boteros y el señor Gonçalves, su esposa y su hija, se embarcaron precipitadamente.

¡Qué lágrima ardiente sintió Arasi deslizarse por su mejilla y venir á caer encima de su mano que estrujaba nerviosa la pecherita clara de una blusa de cambray!

—Mala, mala—se repetía la niña en voz baja. ¡He sido mala con el castellano, yo qué con papá y mamá soy tan buena. Aquel libro tuvo la culpa. Yo que quería ser tan amiguita de él! A esta hora, estará diciendo que la tal Arasi es una mal educada y una necia. ¿Cuándo le veré otra vez para demostrarle que no lo soy y que se ha equivocado? Cómo jamás había sentido, una tristeza repentina comenzó á adueñarse de su inexperto corazón. Arasi hubiera querido llorar; hizo unos *pucheros* de recién nacido y contuvo las lágrimas porque comprendió que la avergonzarían.

¡Eran lágrimas sin causa! ¡inocentes gotas de rocío desprendidas del pétalo de una flor, que no había visto aún la sombría túnica de la noche!

César y Arasi, á quien llamaban conmúnmente Siñasiña, eran los dos hijos únicos de doña Delia y el señor Gonçalves. — Nació César hecho un hermoso varón, un lindo rapaz que volvía locos á

sus padres. Siñasiña, tan delicada, tan adorable y angelical heredó en sus grandes ojos rasgados, en su boca pequeña y la barbilla redonda y llena los mayores encantos fisonómicos de su joven madre. ¡Qué alegremente batió César sus lindas manitas morenas, cuando le dijeron que tènía una hermanita y vió aquel cuerpecito menudo y bello que se agitaba débilmente!

Pidió el niño para besar con mucho cuidado, muy suavecito, muy suavecito, la linda carita y, abriendo los ojos muy grandes, comenzó á revolver las lanas que envolvían el precioso cuerpecito. De pronto, se echó á gritar con inconcebible espanto:

—¡Mamá! ¡la hermanita no tiene manos!

Fué menester, que se desenvolviera con el cuidado que exigían las circunstancias, á la pequeña que lloriqueaba ¡y César pudo ver dos bracitos que terminaban en cinco deditos gordinflones que semejaban pétalos de menuda azucena!...

También doña Delia, habíase incorporado para mirar embelesada á la niña mientras que una sombra de naciente temor reaparecía en su hermoso semblante.

¡Oh santo amor de las madres! élla, que había visto ya, los torneados bracitos de su hijita, élla, que había besado ya, aquellos deditos tan encantadores, sufrió el temor de que quizá fuera cierto que la niña no tenía manos!

César quiso ser médico. En la época en que le conocemos, le faltan aún cuatro años para recibirse.

Su padre, no es rico, si bien puede decirse que, aun cuando no percibe rentas, no carece absolutamente de nada y está muy agradecido á Dios con lo que posee, pues no es ambicioso y reconoce que la felicidad no es hija de la fortuna.

Es fácil establecer amistades sinceras entre uruguayos y brasileros, pues ambos poseen un carácter franco y abierto, estando además dotados de un espíritu de sociabilidad y de un corazón capaz de abrigar afectos positivos.

La amistad del señor Gonçalves y don Alvaro, era tan antigua que por ese único dato ya puede colegirse su sinceridad.

Amigos desde muchachos, prestáronse en muchas ocasiones, mutuos servicios y generalmente, bastan esos servicios pequeños ó grandes, que se hacen sin sombra de sacrificio entre amigos, para constituir más sólidamente las amistades.

Y era tan grande el afecto que se profesaban el señor Gonçalves y D. Alvaro, que jamás se decían: " amigo " ó " Alvaro " al interpelarse, llamándose sólo con la dulce palabra de " hermano ".

— Hermano — se decían — vamos juntos al puerto, al club...

— Mira, hermano, ayer pensé en tí, cuando me hablaron de tal negocio, referente á aquel que te interesa...

Esta amistad no sufrió jamás una duda, ni el más tenue pesar manchó los sentimientos que constituían el cariño de los amigos.

Júzguese del dolor del señor Gonçalves al saber la muerte de su camarada.

Entonces hallábase con su familia en la ciudad de Río Janeiro donde cursaba sus estudios el joven César.

El señor Gonçalves solia pasar, con su mujer y su hija largas temporadas en esa ciudad. Cuando lo presentamos á nuestros lectores, había llegado

á Yaguarón después de pasar dos años consecutivos en la hermosa ciudad de Río Janeiro.

No habitaba el señor Gonçalves, precisamente, en la ciudad de Yaguarón, sino en una hermosa casa de campo, al Oeste de la población. Esta propiedad queda frente al establecimiento de la viuda de Ramírez, y ambas casas de campo quedan divididas únicamente por el río.

CAPÍTULO XVII

Alzábase el sol en la línea del horizonte. Ni una nube turbaba la diafanidad del cielo y una brisa sutilísima movía apenas las corolas multicolores de las campanillas del prado. Un jinete, se detuvo á la puerta de la estanzuela del señor Gonçalves.

—Ah ¡calla!... exclamó éste al verle. Si es mi amiguito, el hijo de mi querido hermano Alvaro.

—Aquí tiene usted, en efecto, á su amiguito Amir, dijo el joven desmontando. El señor y el joven se estrecharon cariñosamente las manos.

—Pasa, pasa, querido—y el señor Gonçalves se puso á gritar:—Delia, Arasi—vengan á saludar al hijo de mi querido hermano Alvaro.

—¡Ah! se oyó exclamar una voz fresca al otro extremo del jardín.

El señor Gonçalves hizo pasar al joven.

—Vamos en busca de las señoras, murmuró con la sonrisa más afable. Convén conmigo en que te has hecho de rogar. ¡El hijo de mi hermano Alvaro tratándose como á extraños!... No te salvas de mis quejas, y ya había dicho á Delia y á Siñasiña que te amonestaría.—Rió dulcemente Amir; su satisfacción era aparente.

Por un sendero tapizado de musgo y con la falda remangada y la cabeza erguida pero con una sonrisa simpática en los labios y la más cariñosa expresión en los ojos apareció doña Delia, vestida con un vaporoso traje de mañana.

Mira — arguyó el señor Gonçalves, señalando

á su esposa y enseguida comenzó á cureosear en todas direcciones.

Doña Delia saludó con una amabilidad exquisitamente encantadora.

—Eh,—murmuró entonces Gonçalves—cuando miré hacia aquí, desde mi escritorio, os ví á tí y á nuestra hija... —

Doña Delia rió con cierta malicia y respondió: pondió:

— Temo que te hayas equivocado.

—¡Vaya! Pero Gonçalves, prorrumpiendo en una carcajada bonachona exclamó, mirando á Amir, que se había puesto muy rojo:

— La picarilla ha huído, al verte. ¡Sí mi chica es tímida y delicada como una sensitiva! Tiene una propensión á huir de las gentes... ¡es tan tímida!... y el señor Goncalvez se echó á reir de nuevo.

Amir adoptó una postura muy digna, á pesar de de su embarazo.

— Pienso, señora, que mi llegada ha sido inoportuna, exclamó.

— ¡Oh! sentiría que pensara usted eso!... se apresuró á contestar doña Delia.

— ¿Qué dice usted? ¡El hijo de mi hermano Alvaro ser importuno en casa de Gonçalves. ¡Voto á Luzbel! Pues no faltaba más y el señor Gonçalves añadió:

Si esta casa es tuya, hijo ¡es tan tuya como la que habitas con tu señora madre. Y á propósito ¿cómo no has traído contigo á doña Jova?

— Tanto placer me hubiera proporcionado — murmuró amablemente doña Delia.

Amir se inclinó.—Agradezco á ustedes tanta amabilidad — dijo. — Mamá, recomendóme que les

hiciera presente la expresión de sus afectos y les manifestara el pesar que sentía por no poder acompañarme, pero, añadió el joven riendo — mamá ha tomado tanto cariño á su casa que difícilmente se decide á apartarse de aquellas cuatro paredes.

— Esta señora tiene también una viva semejanza con tu mamá — y Gonçalves hacia àlusión á su esposa. Ama á este rincón como si su corazón estuviera unido con garfios de hierro á cada uno de estos cachivaches y señaló al frente, sonriendo.

— Ese es un predominio de virtuoso buen gusto. Posee usted una espléndida propiedad señor Gonçalves murmuró Amir.

— Así lo creo, hijo y Delia me repite con frecuencia que en ninguna parte se halla tan bien como acá.

—Ven, Amir — y el señor Gonçalves arrastró de la mano al joven: ¿Ves? le dijo señalando sin reticencias hacia el río.

— ¡La casa blanca! — murmuró Amir admirado, y con una sonrisa de cariñosa satisfacción.

— En efecto; la casa blanca ¡qué bien se vé ¿verdad?...

— Verdad — dijo Amir maquinalmente y añadió: Lástima que no tengamos la navegación libre.

—¿Para qué? preguntó Gonçalves.

— Señor — murmuró el joven sin desconcertarse — porque sí así fuera, podríamos más fácilmente y efectuando un paseo delicioso, hacer el trayecto de acá á mi casa y de mi casa, acá.

—Cómo, joven — y Gonçalves miró con admiración á Amir, ¿acaso no se puede efectuar hoy mismo ese paseo delicioso?

— Sí; de acá para allá sin duda.

— Y de allá para acá por lo consiguiente y el señor Gonçalves miró á Amir que sonreía.

— ¡ Ah ! — dijo el joven — nosotros necesitamos eso como un exclusivismo nuestro... Y si nó, mire usted, señor Gonçalves. Esas barcas que cruzan el río, son brasileras ¡ no hay una sola que pertenezca á un oriental — ¿ por qué ?

— Porque no es posible.

— ¿ Y por qué no es posible ?

— Porque las aguas son brasileras.

— He ahí la conclusión que ansiaba — ¡ eso es un absurdo ! ¡ eso es una usurpación !

— Pero, — continuó el joven, volviéndose vivamente ¡ perdón ! ¡ pido á usted mil perdones, señor Gonçalves ! Había olvidado que no trataba con un oriental, sino...

— Sino con un... — añadió Gonçalves riendo y estrechando el brazo del joven. — Eres un muchacho patriota y valiente — le dijo después de mirarlo un instante. — Prosigue...

— Es inútil — respondióle Amir con voz grave.

— Nada de lo que puedas decir, será inútil.

— Ni útil... porque no me pertenece la discusión.

— ¡ Cómo ! — dijo el señor Gonçalves mirando fijamente al joven — ¿ no eres un oriental ?

— ¡ Y adoro á mi patria !

— ¡ Con mil diablos ! — Hijo, eres un oriental que hace honor á su patria.

Amir sonrió y dijo :

— Creo en sus palabras y por lo mismo, le ruego señor Gonçalves que no prosigamos una conversación, que he sostenido sin querer y muy á pesar mío.

—Valiente y altivo, exclamó Gonçalves ¡ Hurra, patria de Artigas! ¡Patria de valientes!

— Gracias — murmuró Amir estrechando la mano que le tendía el brasileño y ambos se abrazaron, espontáneamente y sin resentimientos.

— Como si fuera el himno de las reconciliaciones, vibraron claras en el jardín las notas arrancadas á un violín por una mano bastante hábil. Amir se volvió.

— Por tu expresión paréceme que amas la música ¿es así, en efecto? preguntó Gonçalves y él y Amir echaron á andar en dirección al centro de las habitaciones. Este último respondió: — A mí me enternece la música de... — Pero no acabó la frase; la música había terminado.

— Es mi hija — exclamó regocijado el señor Gonçalves, y añadió: ¡ Otra vez nos ha visto la pícara y se ha escapado por escotillón!...

Pero se equivocaba. — Sentada en un canapé y entretenida al parecer, en hojear un álbum de música, estaba Arasi.

— ¡ Con que me equivocaba! — exclamó el señor Gonçalves muy satisfecho y entrando á la estancia en compañía de Amir.

— La joven volvióse como si en realidad recién se hubiera percatado de que su padre no entraba sólo. Tenía el rostro, encantadoramente sonrosado; los ojos adorablemente brillantes. Bellísima, bellísima con su trajecito vaporoso de blanca muselina.

Su hermosa cabellera muy negra, sujeta al medio de la cabeza con una cinta del mismo color del traje, caía en preciosos bucles por sus hombros y su espalda.

Unas cintas prendidas con suprema gracia, casi

en el hombro, completaban la sencilla elegancia de su atavío — Amir, la miraba, dichoso de tener ante sí, la copia perfecta de la castidad y la dulzura. Arasi parecía la personificación de la inocencia y el joven se preguntó: — ¿por qué será tan tímida? Y Amir monologaba de este modo, cuando vino á arrobarle como en un éxtasis la voz de Arasi, que murmuraba: — ¿Su señora madre?...

Pero esto no bastaba; Amir vióse precisado á mirar á la *brasilerita* de alto, abajo.

Era aquella, sí, la misma voz con que le había dicho la tarde en que se conocieron: "Gracias, muchas gracias".

Mas ¿*aquella* era la misma expresión que se pintaba ahora en el rostro de la brasilerita?

No se enseñoreaba, no, la mueca de desdén prestando toques antipáticos á su semblante de niña.

Sus ojos fijábanse en Amir, no con fijeza despreciativa, sino con suavidad casi suplicante.

Amir, poseedor de una ingénita preponderancia á todo lo tierno, todo lo amable, dejó escapar de su corazón el frío del recelo, y en su mirada se reflejó un brillo de reconocimiento y gratitud.

Niño mimado, acariciado con las más dulces frases, por su madre que lo adoraba, Amir, amando también con todo su corazón á la que le diera el ser, amaba, por cualidad esencialísima de su alma, á todo lo que fuera bondad, ternura, suavidad, delicadeza.

— Amir miró atentamente á la joven.

— Señorita — murmuró con voz llena de sentimiento — mi madre hubiera tenido gran placer en venir conmigo.

— ¡Cuánto siento que no la haya traído usted!

—¿Por qué, señorita?—preguntó el joven con mayor dulzura y sorprendido.

—¿Por qué?...—dijo Arasi ingenuamente, y añadió:—por qué es tan buena, que me ha cautivado.

—¡Oh, gracias!—murmuró el joven emocionado. Por mi madre, doy á usted las más sinceras gracias y por mi parte—añadió con mayor dulzura en la voz y en la mirada—agradezco profundamente las expresiones bondadosas con que habla usted... de... mamá.

—Aquí tenemos á Amir—y el señor Gonçalves rió con mucha franqueza, abriendo ampliamente la boca—aquí le tenemos, hecho un enamorado de... su... mamá.

—Ah, señor—contestó Amir mirándolo con simpática expresión: adoro á mi madre.

¡Qué feo es que nos descubran, cuando, como una ola, se nos sube la sangre á las mejillas y no sabemos qué hacer para no pasar por ridículos!... Esto le pasó á Arasi al escuchar las palabras del joven.—¿Por qué?—por nada ¿no eran tan francas y naturales las frases de Amir?...

Pues lo cierto es que Arasi, quedóse roja como una amapola.

Y allá ¡pícara estratagema que siempre encuentra á mano, la mujer! allá deslizóse de sus manos el álbum de música...

Inclinóse para recogerlo y ¡qué suerte! ya había un motivo para quedar encarnada de improviso.

¡Oh! la mujer es el mejor y más bello estratégico! ¡Oh la estrategia inconsciente!...

FIN DEL TOMO PRIMERO

SEGUNDA PARTE

CAPÍTULO I

Amir está sentado en mesa de trabajo y su actitud revela honda meditación. Luego toma la pluma y con resolución comienza á escribir:

Mi querido tío: he tenido el placer de recibir, hoy, su atenta carta, la que me apresuro á contestar.

En nombre de mi madre y en el mío doy á usted las más sinceras gracias por el ofrecimiento que se digna hacerme y que nos demuestra la alta generosidad de su corazón.

Mi madre se resiste á salir de nuestra propiedad y yo apruebo su resolución.

Querido tío Jorge: en medio de nuestra digna pobreza, también encontramos mi madre y yo, la felicidad...

Mamá me repite que mi dicha es la suya y trata de convencerme — se lo confieso á usted — é insiste en asegurar que mi deber es ir á Montevideo ¡pero yo solo!

Como ella no admite razones que la obliguen á dejar la casa blanca, yo no admito leyes ni sacrificios que me obliguen á apartarme de mamá, toda vez que esto sería en mi concepto una arbitrariedad.

Vuelvo, pues, querido tío, á manifestarle mi profundo agradecimiento y el de mamá y paso en seguida á informarle sobre los datos que se sirvió pedirme:

El día 10 de Junio del año 1889, (usted no ignorará que el río se conservaba desbordado desde la creciente anterior, ocurrida el año 1888) hubo un fortísimo temporal de SE. que se sostuvo por espacio de veinticuatro horas, y terminó con una impetuosidad tal que invirtió el curso del río, empujando las aguas de la laguna Merim, que se desbordaron por toda la costa comprendida entre NO. y NE.

El empuje del vendaval fué tal que el nivel de las aguas igualóse al de la creciente del año 1878...

Podrá usted, querido tío, hacerse una idea de la fuerza de las oleadas, si pongo en su conocimiento, que se han ido abajo, todas las dependencias menores del antiguo establecimiento de mi padre.

— Creo que son bastante verídicos, los datos que le suministro y ahora, por vía de paréntesis, añado, por lo que se relaciona con nosotros, personalmente, que nos ha sido casi indiferente lo acaecido respecto á las dependencias de que le hablo, pues, solo rara vez visitamos aquellos sitios que sólo amargan con sus tristísimos recuerdos, la inocente paz que disfrutamos.

Ahora, querido tío, le ruego que quiera disimular *mi rebeldía*.

Con la convicción de que así lo hará quien tan bueno se ha mostrado con nosotros, me complazco en enviarle con los mejores saludos de mamá el más expresivo y fuerte apretón de manos de su sobrino que lo admira.

Amir Ramírez.

Cuando Amir puso la cubierta á esta carta y la dejó con otras que había escrito anteriormente y que debían ser despachadas por el correo del día siguiente, miró el reloj y debió hallar grabada una hora que hacía propicio su buen deseo, porqué una satisfacción simpática, se retrató en su semblante

Amir se puso en pie; una sonrisa plegó sus labios y sus ojos pasearon una mirada distraída por todo el cuarto.

Acaricióse suavemente la barba... después abotonóse el abrigo hasta el cuello y encaminóse á la habitación de doña Jova.

No bien escuchó ésta los pasos de su hijo, dijo con voz dulce:

— Entra hijo, entra...

La voz de Amir sonó armoniosa.

— Vengo á darte las buenas noches y... á reprenderte, y el joven se sentó al lado de su madre.

— Hazlo, hazlo, hijo dijo doña Jova, pero ¿en qué falta he incurrido, dime? — interrogó gentilmente.

— ¿Qué es ésto? — preguntó Amir apoderándose de unas ropas usadas, que su madre tenía encima de una silla y á su lado.

— ¡Ah! — añadió Amir. — Una media, una casaca... ¡qué enredo donoso!

—Eso es sólo asunto de mi incumbencia — y doña Jova semi resentida, trató de despojar al joven de lo que le había quitado inadvertidamente.

— Pues bien, mamá. ¿Conque asunto de su incumbencia, eh? ¿No me ha dicho usted al manifestarle yo que la reprendería: " hazlo, hazlo? "

Pues he aquí un hecho claro, irrefutable, inconcuso — continuó Amir. — Esta media, esta casaca. y toda esta colección de antigüedades, van ahora

mismo, á parar al fuego si... — el joven pasó un brazo alrededor del cuello de su madre y la dió un beso en la frente.

—... Si tú, madre buena la dijo—no depones tu puesto de remendona y te vas á dormir.

— Pero, hijo querido, tú eres antilógico, y doña Jova rió ya más conforme y condescendiente.

— Madre santa; dejemónos de lógicas y de antilogías. Vete á la cama ¿quieres?

— ¡Hijo! ¡si son las nueve!

— En el campo, las nueve son las once.

Doña Jova hizo un mohín reconciliador.

— ¡Oh! es menester obedecerte — dijo — pero eres muy intransigente.

— ¡Qué madre más buena es la mía! ¡Dios te bendiga! exclamó Amir maravillado y feliz. — No soy intransigente, créelo, añadió contentísimo.

— Bésame, pues, remalo; pero lo eres, sábelo sostuvo doña Jova.

— Abrázame, madre, buena, querida...

— El joven dejó la habitación de su madre y cerró con llave la puerta que conducía á su dormitorio particular; metióse luego de prisa en el largo corredor, abrió con cautela una puertecilla estrecha y oscura y se encontró en el jardín. Después siguió por un estrecho sendero, hacia la izquierda, detúvose bajo la sombra que proyectaba una acacia corpulenta y, ahuecando la voz, gritó dos veces: Panchito, Panchito.

— Como si sólo esperara el aviso de esa voz en medio de la densa oscuridad de la noche, un hombre apareció en las tinieblas y marchó sin vacilar deteniéndose ante el tronco del árbol.

Una mano se posó en su hombro.

— ¿Estás dispuesto?...

— ¿Pues no he de estarlo? Si en alma y vida. soy tuyo, jovencito. Lo que sí, ¡hum!

— Hum... ¿qué?

— ¿Qué? Nada y mucho.

— Nada y mucho, es algo — dijo Amir echando á andar al lado de su compañero — y yo quiero saber el significado de ese algo.

Panchito parecía enfurruñado.

— Yo soy más viejo que *vos* — dijo.

— Es indudable — confesó Amir.

— Y sé más bien lo que le está bien y lo que le está mal á cada cual — siguió Panchito, imperturbable.

— Y *vos sos entoavía*... añadió.

— ¿Qué soy todavía?

— Un...

— Un...

— Un muchacho que...

— Un buen muchacho que no deja de ser... ¡un muchacho! dijo Amir exasperado. ¿Es eso lo que quieres decir, tunante?

Panchito se puso á silbar.

— Contesta, entrometido, le dijo Amir. Me estás haciendo un poco caso que me obliga á tratarte mal. No tienes sesos y eres un cabeza de chorlo.

Sin duda te empeñas en ver en mí, al jovenzuelo que tanto te ha entretenido de pequeño. Pues sabe que hace ya mucho tiempo que me afeito la barba y que es menester que no veas en mí al inocente rapazuelo, sino al joven que ya puede pensar con alguna certidumbre en su porvenir propio.

Panchito hiizo una mueca.

— Que se afeita la barba... ¡ya te querés dar corte! ¡no hay duda! dijo en voz baja y burlona.

— Sí — dijo Amir, ahora ya estás enterado. Además, Panchito, he de decirte una cosa: — Tú, acabas de ofenderme, pero yo sé que no lo has hecho por maldad, sino más bien por entretenimiento ó por pasatiempo... Pero te aseguro que me estoy fijando en una cosa: veo que en el mundo hay mucha gente mala y egoísta. — Se resisten á dar al prójimo lo que merece de verdad; les cuesta proclamar francamente las virtudes y los méritos ajenos. Son egoístas ó más bien, son envidiosos. ¡Qué necios! y conste que no lo digo por mí... Pero aquí veo á nuestras cabalgaduras. Montemos... ¡Pobre Ninón! está medio extenuado. Amir y Panchito, montaron, en efecto y partieron al galope. Al llegar á los primeros árboles que denotaban la proximidad del río, Amir puso su caballo al paso. Panchito lo imitó, mascullando entre dientes.

— ¡No se vé un diablo!...

— Pierde cuidado — dijo Amir — ya veremos, ¡Eh! ¡Botero! ¡Botero!

— ¡Aquí! — contestó no sin cierta alegría y no muy lejos del sitio en que se encontraban los dos jóvenes, una voz melosa pero fuerte.

— ¡Ah! buen Camilo — murmuró Amir, atando su cabalgadura al tronco de un sauce. — No has faltado ¡gracias!

— ¿Faltar yo?—contestó Camilo, en chapurreado portugués. Primero me tragaba un remo.

Bien — respondió alegremente Amir. Pancho, hasta de aquí á un momento.

Panchito extendió sobre la arena un grueso poncho y se echó allí con ánimo de dormir unas dos horas.—Hasta la vuelta, contestó socarronamente.

Amir no paró mientes en su tono zumbón.

Saltó con ligereza, á la débil embarcación y Camilo empuñó los remos, rechazó con uno de ellos la tierra, y el bote partió con rapidez.

—¿No perderás el rumbo? murmuró entonces Amir.

—¡Si le conozco mejor que á las líneas de mi mano! dijo Camilo.¡Vaya! añadió ¡pues no faltaba más! ¡el mulato Camilo perdiendo el rumbo! Hace seis años que ando en estas *andanzas* y yo no soy hombre que se conforma con ñao-ñao.

—Confio en que así será. ¿Tardamos aún? Nada veo aquí, lo confieso — dio Amir con impaciencia.

Pronto estaremos allá, contestó Camilo remando con ahinco.

—¡Pronto estaremos allá! y Amir añadió con voz alegre: — Vales un mundo, Camilo. Pero la noche está tan negra que no veo la costa; parece que tendremos lluvia mañana.

—Mañana ó esta noche misma — respondió Camilo.

Aún no se había amarrado el bote á la orilla y ya Amir saltaba á tierra.

—Aquí — gritóle Camilo echándose en el fondo del botecito, — aquí lo esperaré hasta mañana.

—Seré breve — contestó Amir agitando la mano en medio de la oscuridad.

No obstante, Amir caminaba con paso firme.

—¡Por fin! — murmuró el joven pisando una veredita que pagaba con creces, las asperezas del anterior trayecto.

Al llegar al término de esta vereda, el joven se detuvo indeciso.

Pero su indecisión se disipó al punto.

Caminó aún, unos pasos, y halló la tapia de un jardín.

Empújola y la tapia cedió: — estaba abierta, quizá por olvido, quizá de intención...

El joven se internó con rapidez en un sendero bordeado de esbeltos rosales. Al llegar al término de este camino miró con detención el frente de un edificio que se alzaba á pocos pasos.

Escudriñó con sigilo... La fachada permanecía á oscuras. De pronto, una llama osciló, con las titilaciones que imprime la brisa, á poca distancia de donde se hallaba el joven.

Pero sólo duró un instante.

* * *

Entretanto, apoyada languidamente en el respaldo de una otomana, Arasi, temblorosa y palpiitante de amor y de miedo, miraba con asombrados ojos el jardín y juntaba las manos, asustada de la tétrica oscuridad de la noche.

—¡Oh! murmuró al fin la joven ¡no viene! Las sombras son muy densas... ¡no viene!...

Pero un rayo de ventura brilló en sus ojos de pupilas intensísimas y profundas.

—¡Oh! — dijo entonces. — ¡Vendrá! Él que es tan valiente, él que tanto me ama, vendrá... y la joven acercóse al balcón, y apoyó la hermosa cabeza en la balaustrada.

De improviso, un sucudimiento nervioso recorrió

todo su ser; apartóse de la ventana y miró asustada al jardín.

Entonces creyó percibir unos pasos.

Un hombre se aproximaba cauteloso á la reja... Arasi sufrió un estremecimiento. ¡Será él! murmuró apenas y su rostro se tiñó de vivísimo carmín. ¿No será él? — se volvió á preguntar y volvió á estremecerse. — Pero Arasi ya no dudó más: — hizo un esfuerzo... y su figura blanca y flexible y vaporosa como un ensueño, reapareció en el balcón.

— ¡Arasi!

— ¡Amir!

Y estos dos nombres se pronunciaron en voz baja mientras las manos se unían y se estrechaban y los labios sonreían.

Al fin murmuró el joven: ¡Arasi! ¡mi bien! — y besó la mano de su amada.

— ¡He tenido miedo!... — murmuró ella con voz temblorosa y con una dulzura infinita.

— ¡Miedo! — ángel adorado ¿de qué?...

— El viento que entraba por la ventana abierta apagó la luz que alumbraba mi aposento y...

— No te has atrevido á encenderla de nuevo. Ella sería mi faro y desde lejos me diría que me esperabas... ¡Pero no importa!... sin él he venido, sin él he llegado hasta aquí.

— Temí que te extraviaras...

— ¡Arasi! — si el corazón me decía: — allí está ella; allí está, á pesar de la oscuridad de la noche y á pesar de la deliciosa timidez que la hace tan hechicera y á pesar de su corazón...

— ¡A pesar de mi corazón!!... dijo Arasi confundida.

— El joven besó nuevamente la mano de su encantadora.

—Sí, amada mía—dijo. ¿No sé yo, acaso, que á pesar de todo tu sublime cariño que es para mí, la vida, lamentas en el fondo de tu alma, verte precisada á concederme estas entrevistas, á una hora tan inusitada, cuando tus padres están entregados al descanso, y, nosotros los dos solos...?

Arasi cubrióse la cara con las manos.

—¡Amir!—dijo con dulcísima voz ¡es que te amo demasiado!...

—¡Demasiado! murmuró Amir lleno de felicidad. ¡Nunca será demasiado, comparado con el amor inmenso que por tí siento. ¡Arasi mía!—te amo mucho y creo que sin tí, no podría soportar la vida. ¡Soy tan desgraciado!...

—¿Desgraciado tú?... y Arasi miró al joven, casi con dolor. Luego añadió:

—¡No! tú no puedes ser desgraciado, cuando yo soy feliz, tú no puedes sufrir cuando yo sonrío ¿verdad que eso no es cierto?

—Desgraciado y feliz, dichoso y desventurado, agradecido y rencoroso. Una amalgama de desencontrados sentimientos, un hervidero de ideas... ¿cómo llamarlas? ¡horrorosamente recalcitrantes! dijo Amir.

—¡Ah!—susurró Arasi. Sufres; luego, no eres feliz. Amor mío. ¡Ah!... ¿puedes decírmelo, si es posible? ¡Dímelo!... ¿Por qué eres desgraciado?

—¿Desgraciado, mi bien? Porqué la felicidad también tiene su máscara y yo que la veo no sé como quitarla.

—¿Qué quieres decir? ¡no puedo comprenderte!

—Ni yo quiero que me comprendas por ahora contestó entonces Amir.—Pero perdóname; también te hago sufrir.

—¡Qué dulce es el sufrimiento—murmuró la joven suspirando—cuando de tí proviene!...

—¡Mi vida! ¡Sufrir por mí! y Amir se mordió los labios. No sufras, no padezcas, ¡sé feliz! ¿Me perdonas? Si te veo triste, sufriré más aún.

—No—murmuró Arasi.—¿No sabes que siento una dulzura suavísima cuando pienso en tí y que esa dulzura está impregnada de melancolía?—¡Qué suave es, entonces, estar triste y es esa tristeza que siento, no por tí ni por mí, sino por nuestro mutuo cariño. ¡Es mi alma la que está triste, pero triste de felicidad!

—¿Cómo, amada mía, la felicidad que experimentas puede tornarte triste?

—No te extrañe, eso, Amir, porque la verdad es, contestó Arasi. Siento en lo más profundo de mi alma, algo que rechaza la alegría y en todas mis manifestaciones de ternura, se advierte siempre, una sombra profundísima de tristeza, que no es, empero, amarga. Es una tristeza buena, una tristeza piadosa, una tristeza bendita... La música ¿ves? me enternece, me conmueve, pero me sume en una tristeza *más triste* aún. Los cantos alegres no me deleitan, en cambio, los tristes... me hacen derramar lágrimas de consuelo.—¡Es el consuelo de las hermanas!—la tristeza viajera consolando á la tristeza innata... y eterna...

—Continúa, continúa,—murmuró Amir enternecido.

La joven añadió dulcemente: Lejos de tí, amo la soledad, amo el silencio, amo la calma. Desprecio el bullicio, y miro con conmiseración la alegría.

Considero que la alegría no sienta á mi alma que es tan melancólica y no sienta á mis ideas, que son más bien serias...

Paréceme que la alegría es vulgar, es vana, y la tristeza es noble...

La alegría pide corazones mudables, caracteres versátiles; la tristeza, en cambio, sentimientos verdaderos, y almas sublimes... La alegría es positivista más bien, la tristeza es... romántica. Nada hay más dulce que la tristeza, Amir.

Amir miró á la joven, sorprendido.

—¡Y tú amas el idealismo—le dijo—desprecias el positivismo!...

—Amo la tristeza—murmuró la joven pensativa.

—Ah... dijo esta vez, Amir clavando su mirada en el apenado rostro de Arasi. ¡Amas la tristeza!... y Amir suspiró, sin saber por qué.

—¿No eres tú, la tristeza misma?—dijo entonces la joven. ¿No son tus miradas, melancólicas como las sombras que ahora nos envuelven? ¿No adivino siempre en tus palabras, un dejo de oculto pesar?... y Arasi apoyó la cabeza en la palma de la mano.

—¡Dulce amada mía!—murmuró Amir estrechando la mano de la joven palpitante de emoción y de sentimiento.

Cuando tus labios murmuran estas palabras, pienso si es verdaderamente una mujer ó un ángel la que me habla. Es que tú no eres sólo una mujer, eres un ángel... ¡Eres divina!

Besó de nuevo con unción la mano de la hermosa y en silencio contempláronse ambos otra vez...

—Mi vida—preguntó luego el joven de una manera casi extemporánea, si esto no fuera tan común entre enamorados—¿me quieres mucho, lo que se llama mucho?...

—¡Mucho, sí!—repitió la niña con vago acento encantador.

—¡Adorada mía!—¿pero no me olvidarás alguna vez?

—¿Cuándo? — preguntó Arasí — ¿cuando me olvides tú?

—¿Olvidarte yo? ¡Jamás!

— Aunque me olvidaras — dijo entonces la niña, — aunqué me olvidaras, no podría olvidarte, no. Además; ¿es tan desgraciada la condición de las criaturas, que hasta el amor se puede olvidar?

— Creo, amada mía — murmuró el joven — que el verdadero amor es eterno; no muere nunca.

—¡Eterno ha de ser entonces el que por tí siento! Ay, Amir; si un día me olvidaras... pero eso no podrá suceder jamás ¿no es cierto? Los que olvidan han de ser indudablemente seres sin corazón y prueba de ello es que los más graves y profundos razonamientos no alcanzan casi siempre á vencer los impulsos de cada ser. ¡Es una eterna lucha entre el corazón y la cabeza!

—¡Cuántos engaños—murmuró Amir, y cuántas ilusiones locas y cuántas desesperanzas á la par! — Pero no — añadió — entre nosotros no puede existir la inconstancia y ni siquiera la duda. Nuestro amor será tan grande como el que sintieron Dido y Eneas...

— Amir, Amir — le interrumpió Arasi — no compares nuestro cariño con el que enloqueció á Dido y llegó más tarde á sembrar el olvido que preparó la huída del ingrato Eneas.

—¡Ah mi adorada!—dijo Amir sonriendo al notar la inquietud de Arasi. Después de hecha mi comparación me cabe el placer de añadir, para con-

suelo tuyo... ó de los dos: — Los amores de Dido y Eneas, sólo los cuenta la leyenda; en cambio, los amores nuestros, bien puede contarlos la Historia.

— ¿Y qué dice la Historia — preguntó Arasí ingenuamente — de los amores de Dido y Eneas? —

— Dice que la princesa tiria nació tres siglos después que el defensor de Troya.

— ¡Ah,! es una suerte que así haya sucedido. ¡Cómo habría, pues, Dido, de amar á Eneas!... ¡Hubiera sufrido atrozmente la desgraciada reina cartaginesa!...

— En efecto... ¡Y así te compadeces de la bella y deliciosa reina! ¡Es muy dulce el corazón de las mujeres, cuando así se sensibiliza por todos los dolores!

— Mi amada — continuó más confidencialmente ¿á qué hora piensas todos los días en mí?

— A qué hora! Tu recuerdo no se borra un instante de mi mente y hasta dormida pienso en tí, porqué contigo sueño. Mira... añadió la joven ¿sientes?

— Es el reloj de la iglesia de la ciudad. También se oye algunas veces en la casa blanca.—El río es el causante de ese milagro que tanto amo, porque cuando llega á mis oídos, paréceme què escucho tu voz; — es que es algo que me viene de de tí, algo que viene de donde tú moras amada mía.

— ¿Y se oye bien claramente? — preguntó la joven.

— Sí, casi siempre, cuando la dirección de los vientos favorece la claridad de la emisión repercutida.

— ¿Qué hora ha dado? — interrogó la joven con una suavidad deliciosa.

— No sé... — respondió Amir vagamente — á tu lado, las horas se deslizan...

— Pero vete ya — susurró Arasi, con una sonrisa de ángel y le tendió sus dos manos.

El joven apretólas entre las suyas.

— ¡Tan pronto!... murmuró.—Esa vocecita tan preciosa no debiera modular un "vete". Pero también la palabra cruel es dulce al ser pronunciada por tus labios...

— ¡Adiós!... — murmuró la joven. — Cuídate, mucho; el trayecto es difícil y puede ocurrirte algo.

— ¡Adiós!... — respondió Amir — tu intranquilidad es para mí, dulzura divina... — Pero no temas, ¿qué puede sucederme?... Mi bien... adiós...! volvió á repetir dando un paso para alejarse.

—¡Adiós!... — tuvo tiempo apenas de decir Arasí, y Amir volviéndose, murmuró de nuevo: Arasi...

— ¿Qué — preguntó ésta, — aquí estoy aún...

— No me había atrevido á decírtelo... También yo he soñado contigo... Tú eras mía sola, eras mi esposa y... rodeabas con tus brazos mi cuello y yo apretaba tu cabecita sobre mi corazón.

— ¡Amir!... murmuró la joven confundida.

Imprimió éste en la mano de la niña, un beso muy largo.

— Vete — repitió ella, rechazándolo suavemente, palpitante de emoción mientras sus labios se entreabrían para dar paso á un suspiro profundísimo.

Amir creyó beberlo... — Arasí se retiró suavemente del balcón y el joven se alejó con lentitud, por la acera bordeada de rosales.

CAPÍTULO II

Amir, como si estuviera acostumbrado á recorrer el pésimo trayecto que tenía que efectuar hasta la costa, llegó allí sin tropiezo.

Sin embargo, su aliento sofocado denunciaba que había andado con mucha rapidez y que el camino era demasiado largo para recorrerlo á pie. Camilo dormía como un lirón, tendido en el fondo del botecillo, como lo dejara Amir.

Desató el joven la amarra, empuñó los remos y el bote comenzó á deslizarse suavemente.

—¡Señor Amir! — murmuró Camilo, incorporándose de pronto, como si despertara de un sueño agitado y le asustara la presencia del joven.

—No te asustes, Camilo, respondió éste chanceándose. — Ahora me convenzo de que eres dormilón y medio. ¡Ah! lo que es el pobre Panchito no ha de estar á esta hora con ánimo de oir mi cháchara... — Amir rió fuertemente. — Y la verdad es que tiene razón — añadió.

—¿Qué dices, buen Camilo? — preguntó luego.

—Digo... pues... yo digo... Pero me disculpe don Amir.—Camilo se expresaba en el más endiablado portugués, que era, no obstante, perfectamente comprensible para Amir. — Digo... que no ha de ser muy bueno, esto de andar á media noche... ¡Vaya si queda lejos! — porque... mire, don Amir...

—¿Lejos? — Apenas unas cinco cuadras escasas... y luego de aquí, á la casa blanca... respondió Amir.

— Sí, pero eso de andar de noche, por estos campos de Dios,... miren si... A Camilo le había hecho gran bien el sueñecillo, porque estaba tan consejero que Amir se inclinaba á admirarse...

El joven sonreía, haciendo caso omiso de las reconvenciones que entrañaban las frases de Camilo, quien, tenía la poca suerte de hablar siempre extemporáneamente y sin tino alguno. El pobre comprendía muy bien la desgracia que le había caído en suerte — que él sabía llevar bien y sin mayor resentimiento — y habituóse á tener constantemente el pico cerrado y á abrirlo, únicamente en las circunstancias más precisas y por no pasar totalmente por un mudo. ¡De ahí que Amir se extrañase de que Camilo se atreviera á hablarle y á darle consejos!

Por lo demás, Camilo, con todo su aspecto de *mulato* de facciones un tanto toscas que le prestan un aire de desafío, es un excelente servidor, y Amir tiene muy en cuenta sus cualidades.

Mordióse Camilo los labios al convencerse de que había dicho una sandez soberana y que el no tenía nada que ver con los asuntos privados de *don Amir* y tornó á cerrar el pico.

— Pobre Camilo — murmuró Amir, tú eres la discreción misma y no me afano por rogarte encarecidamente, que guardes reserva, respecto á esta clandestina salida mía de la casa blanca.

— El señor puede estar tranquilo — y ya Camilo solo se atrevió á añadir: pierda cuidado el señor.

— Me lo prometes ¿verdad?

— Bueno; gracias, Camilo, — continuó Amir saltando del bote que había tocado ya, la costa Uruguaya.

—Buen Panchito, ¿eres tú?—exclamó aquí, el joven observando una sombra que se aproximaba, entre los árboles.

—A semejante hora ¿quién más que yo?—contestó Pancho, haciéndose un basilisco.

Amir se dió cuenta de que no se escaparían sus oídos, de un chaparrón de palabrería picante.

—Vamos—murmuró sin detenerse.

Y de nuevo, en el silencio de la noche, escuchóse el galope de dos caballos.

Luego cesó de improviso;—los jinetes habíanse apeado y llevaban los caballos de la brida.

Cuando llegaron á la caballeriza de la casa blanca, Amir puso las riendas de Ninón en manos de su compañero. Y pasó de nuevo la tapia del jardín, entró en el corredor, pasó la puertecilla excusada, y se encontró en la pieza contigua á su dormitorio.

El joven puso la llave en la cerradura y la puerta se abrió.

Franqueó el dintel... y lanzó un grito de sorpresa.

Sentada en un sillón, á los pies de la cama, con los brazos cruzados sobre el pecho y el rostro lleno de lágrimas, doña Jova tenía un libro sobre las rodillas y parecía dolorosamente afectada y entregada con gran desconsuelo á la meditación.

—¡¡Mamá!! murmuró el joven admirado y confuso.

—¡Hijo! — y la pobre madre, que esperaba poder espetar á su hijo un oportuno sermón, al verle, dejó que por sus mejillas corrieran más aceleradamente las lágrimas.

—Mamá ¡te pido perdón! murmuró el joven, avergonzado.

Callóse y sólo se escucharon los sollozos convulsivos de la madre, en tanto que el hijo se dejaba saer sobre una silla, conmovido ante tan sincero dolor.

¡Oh! En aquel momento, no era sólo el desvío del hijo, lo que alzaba desacompasadamente el pecho de la madre á impulsos de un incontenible llanto; — era el tumulto de los recuerdos inolvidables, cuajados de hiel eterna, uniéndose á los sucesos presentes... ¡Y la infeliz mujer, perseguida por el acento de la desgracia y adivinándola en su corazón como una profecia, dejóse subyugar por una fuerza misteriosa. Anotó el pasado, meditó en la dolorosa prueba del presente, y presintió el porvenir. Una onda de amargura bañó su corazón y conmovió sus entrañas.

La ventura, había terminado para la esposa desgraciada y para la madre... que ya no podía *creer*...

Comprendió Amir el desgarramiento que conmovía el alma de su madre. ¡Tembló!... no pudo evitarlo.

— Madre — dijo — ¡perdóname! — y sus ojos se nublaron de lágrimas y sus brazos se aferraron al cuello de la infeliz.—¡Perdóname! y á medias palabras, emocionado.

— Díme que me perdonas, díme que ya no quieres llorar más...

— No, no... murmuró apenas la madre.

—Díme que no me guardas rencor, que consideras mi ingratitud como fruto tan sólo de mi inexperiencia, que yo no puedo ser malo con mi madre, con la que me dió el ser, con la mujer más digna de ser venerada...

— ¡Yo... guardarte rencor!... Las madres aman

siempre, á pesar de todo — y en un apasionamiento sublime, apretó contra su seno la juvenil cabeza y prodigóle caricias, como en una despedida suprema...

—¡Á pesar de todo!... ¡Ah! deja, madre querida que comparta contigo mi secreto, deja que te diga lo que mi corazón no puede guardar para tí, para tí que eres mi madre, para tí que eres la dicha de mi vida... Tú y ella, las dos,... madre de mi alma, tú y ella, ¿entiendes? Ella, la amada de mi corazón, la esposa de mi alma. la compañera de mi vida; tú, la madre, la adorada, la viejecita, la idolatrada por los dos.

—¡Oh, lo adivinaba! ¡Mi hijo!...

El joven permaneció un minuto, estupefacto, al comprender el nuevo dolor de su madre. Su acento revelaba una lucha nueva.

—¡Es un ángel! — murmuró.

—¿Un ángel? y doña Jova añadió con acento indefinible: Ama á los ángeles con la cabeza y no guardes imagen ninguna, predilecta, en el fondo del corazón.

—¿Qué dices, madre? Si ya he hecho un santuario, de mi pecho, ¿cómo quieres que lo sacrifique, inmolando la fe, que es la ventura?

—¡Ah! murmuró doña Jova, de nuevo bañado en lágrimas el rostro. ¡¡Eres demasiado joven, hijo mío!! ¡demasiado joven! ¡Y yo esperaba ya, esto!

— Mamá... ¡mamá! ¡vuelve en tí! ¡razona! ¿Qué culpa tengo yo de mi juventud? ¿qué culpa tengo de que mi corazón se haya sentido inclinado al cariño de una mujer?

—¡Oh! murmuró doña Jova ¡cúlpalo á la fatalidad que se agita en el seno de la madre y que se

ha contagiado hasta el corazón del hijo; cúlpalo al destino que te hizo nacer del vientre de una mujer que sólo lleva escrito en la frente el sello perdurable...

—¡No prosigas! Déjame ser hijo de mi madre, déjame ser hijo tuyo como yo quiero serlo, repuso Amir desconsolado. ¡Ah mamá mía! ¡me estremeces!... ¡No quiero verte así! En tu frente sólo veo un un sello sublime de pureza, que nada contagia. En nuestros corazones hay mucha hiel... Permite que incline la copa de la miel bendita, sobre mi seno dolorido y bebe tú también en ella, madre buena, madre querida.

—¡Gracias, hijo mío! Gracias; perdóname. Tengo el corazón destrozado por tanto dolor. Pon tu alma en el afán de una vida nueva. Yo viviré de los recuerdos,... y te consolaré cuando el momento sea.

—¿Quiéres decir que la alborada que surge, se velará una vez?...

—Como una chispa sagrada, la conformidad se prende á mi espíritu... No doy más vuelos al pesimismo que rinde mi voluntad:—Una flor de esperanza brota en mi pecho desolado y me afanaré por cultivarla; sus perfumes serán todos para tí. Tendré paciencia y con ellos entretejeré la red de ensueños que ha de cubrir tus desilusiones, si la profecia llega, si la suerte no se contrarresta, si el destino no se vence.

—De tus palabras se desprende, ¡oh! dijo Amir una suposición tenebrosa que mata en capullo mis esperanzas. ¿Quieres hacerme comprender que el amor de... *ella* será solo *lágrima que se evapora, suspiro que se convierte, brisa que se pierde*........

—No quiero poner en duda su cariño, porque

fuera lo mismo que poner en duda su virtud, respondió doña Jova.

Quiero... Pero deja que me marche á mi habitación, hijo... Dejemos que la sucesión de los días nos lleven á la verdad palpable. Compenetrémonos entonces de la realidad... juzguémosla, califiquémosla y consolémonos mutuamente... siempre, los dos!... No podría soportar más...

Amir se quedó solo.

— ¡Mi Dios! — murmuró — ¡Desgraciado por amarla, desgraciado por amar á Arasi!... Y mil ideas cruzaron inopinadamente por su cerebro, como en una procesión de revelaciones...

Pero con la inconstancia de la juventud, más convencido, aún, añadió: — ¡Suframos!; el sufrimiento es dulce cuando bien se ama: No nos olvidemos y ¡adelante!

Muy temprano se levantó Amir al día siguiente y al abrir de par en par las ventanas de su alcoba, quedóse mirando atentamente los altos picos de los árboles que rodeaban la casa de Arasi. Ahora, pensó *in mente,* ya no estoy solo: — cuantos me vean y me conozcan añadirán otro nombre al mío: — Amir y Arasi; Arasi y Amir.

Y había quedado el joven, distraído, naturalmente, cuando de pronto, sintió gran ruído en la casa y se estremeció sin saber porqué.

— ¿Qué es? — preguntó, volviéndose con sobresalto.

— Panchito se precipitó en la estancia ¡Amir! ¡Amir! — gritó — ¡Guerra! ¡Hay guerra!

— ¡Guerra! — ¿Estás loco, muchacho?

— ¡Guerra; hay guerra!... Mire: — allí viene un grupo de diez hombres... vienen hacia aquí...

—¡Guerra! repitió Amir desconcertado ¿pero es posible?... y el joven corrió con Panchito hacia el corredor y de allí salieron precipitadamente al jardín.

Doña Jova había oído la palabra fatal; — no tuvo valor para lanzar un grito: mantuvóse en pie como una momia y apenas movió los labios que modulaban en secreto una sola palabra: —¡Amir! — Pero al fin, cobró ánimo; corrió hacia su hijo, tomólo por un brazo y rompió á llorar con amargura, sin consuelo, desesperada, histéricamente como si el dolor que se revelaba en su corazón, fuera esta vez demasiado grande, demasiado profundo y como si no hallara fuerzas suficientes para contenerlo. Amir, observó profundamente á su madre y exclamó:

—¡Pobre patria! ¡Ah! ¡Pobre patria!

Doña Jova miró á su hijo de una manera indescriptible. —¡¡Pobre patria!! —¡Nada, nada para las madres! dijo desgarradoramente.

— Amir volvióse; — tornó á mirar á su madre y una expresión de dolor intenso se retrató en su semblante.

—¡Mamá! — la patria es también una madre ¡y esa madre necesita hoy del concurso de todos sus hijos!

—¡Oh, qué tremenda rival! y doña Jova no halló ya fuerzas para sostenerse y cayó en los brazos de su hijo.

Amir cargó en vilo á su madre hasta su habitación y allí depositóla en el lecho; luego contempló largamente, aquel semblante adorado. Le miró con mirada de amor y de piedad y de dolor y llanto á la vez.

—¡Pobres madres!—murmuró—¡pobres seres predestinados al sufrimiento, mientras que nosotros nos condenamos á...

—Pero vamos á las luchas—y el brillo del valor brilló en sus ojos.—No temas, mamá querida, mamá adorada—y Amir besaba el rostro venerado. ¡Vamos á defender la patria! ¡vamos á defender *la madre!*... Vamos á defender, en aquella madre, á esta madre ¡á tí, madre mía!

Corrió el joven á la ventana, abrióla, dejó que el aire templado de aquella hermosa mañana, entrara ampliamente en la habitación, y luego, salió cerrando con cuidado la puerta, del aposento de su madre. De allí fué á reunirse á Panchito, que hablaba con los otros hombres. En tanto se veían grupos de ginetes en todas direcciones.

CAPÍTULO III

Madre de mi vida: — estoy en la ciudad de M*** sano y bueno.

Ya ves, sólo por este dato, que las guerras no son tan malas como las pintan. ¿Piensas todos los instantes en mí, madre de mi alma? — Yo pienso en tí, constantemente y constantemente ruego al cielo que me perdones y que seas feliz. Perdón, sí, te pido, mamá mía. ¿Qué quieres?... No puedo pensar que sólo es noble la defensa, cuando se hace, en contienda furiosa, contra el extranjero que intente usurparnos lo que sólo es nuestro.

También un ideal es solo nuestro, mamá mía, y yo, que amo una causa, he venido á prestarle el apoyo de un brazo más.

Perdóname, pues, mamá querida, si te he dejado, si he huído para no verte llorar en el momento doloroso de la partida.

Antes de marchar... tú estabas entregada al sueño y parecías feliz, porque tu rostro estaba tranquilo. ¡Si me hubieras visto, mamá! — lloraba, lloraba por tí, por tu dolor, cuando al despertar supieras que ya no estaba... Entonces comprendí todo el terror de una separación que bien podía ser eterna. Posé mis labios en tu frente y con más unción que nunca, rogué á Dios que no te hiciera muy desgraciada.

Hubiera querido detenerme un instante más... ¡Pero la patria me llamaba! Te dije adiós, con una mirada larga, muy larga, ¡muy larga! Te miré más

aún, mucho más... y, con el pecho oprimido, me alejé... ¡te abandonaba!!

Madre mía ¿me perdonas ahora? Mucho he sufrido, mucho llorara si no fuera un hombre...

¡Mi patria y mi madre! — estos dos nombres suenan constantemente en mis oídos.

Escríbeme y dime que me perdonas con todo tu corazón. Así como necesito de tu amor, necesito ahora de tu perdón, mamá querida, pues siento en el fondo de mi alma, algo que imperiosamente me grita: ¿No ves que eres un cobarde, porque la has dejado abandonada?

Entonces es cuando mis ojos se nublan de lágrimas, y, para rechazarlas, me digo: ¿No comprendes que has venido á defender á otra madre?

Otra madre ¡dos madres! Dos madres que no deben sentirse rivales.

Tú, madre, eres la vida; esta madre es el honor.

Madre ¡adiós, adiós! — Panchito está aquí, á mi lado; cuando le he dicho que te escribo, ha puesto una cara muy triste y me ha contestado: — " Nunca aprendí á escribir y apenas si sé hablar mal, mal, con señoras. Dígale á la patrona que sigo todos los pasos de su hijo y que, á menos que Dios lo quiera de otro modo no me separaré jamás de su lado.

Te abrazo muchas veces, mamita amada, madre querida; bendíceme. Me cuelgo á tu cuello como cuando era niño y te pido otra vez perdón.

Tu hijo, *Amir.*

Esta carta, después de la firma, decía, más abajo:

Al partir de la casa blanca me he traído algo que me sirve de halagador consuelo: tu retrato. Siempre que veo que nadie me mira, lo extraigo de la cartera que me regalaste cuando cumplí catorce años;—entonces lo miro, miro tus ojos y paréceme que también me miras... He visto que muchos de mis camaradas conservan igualmente este recuerdo precioso. Después, mamá, depositan mis labios, un beso, en los tuyos, y vuelvo á guardar de nuevo el objeto querido. ¿Sabes que es aquel retrato que te sacaste, pocos meses despues de tu matrimonio? — Adiós mamita idolatrada. Y aún más abajo, añadía Amir: — Mamita inolvidable: — te quiero mucho; cuando pienso en tí y en esa casita tan querida, siento ganas de volar... y como no puedo hacerlo, dejo que mil esperanzas alivien mi pena... Es una gran tortura que siento, pero soy un hombre y como un hombre voy á la guerra.

La otra carta de Amir, decía así:

— Angel de mi vida ¡perdóname! Estoy lejos, pero te amo; me alejé sin verte por la última vez, pero no te olvidaba...

¿Puede alejarse un alma de otra alma, dos almas que son una? Juntas están pues, las nuestras. ¡Amada mía! Si la ausencia es muy larga... Pero no: ¡que te hable yo de ausencias y quebrantos! ¡que te hable de pesares! — Perdóname otra vez, Arasi mía.

Un dolor, un sufrimiento... ¡oh! ¡tiemblo, pero es preciso! ¡se rompe mi corazón, pero la suerte lo quiere así!

Voy á concluir... ¡Arasi! — si me has amado

siempre, si me amas aún, olvídame. Olvídame, sé feliz, ama á otro hombre más afortunado que yo.

¡Olvídame! — es un voto que ruego á tu corazón y una plegaria que invoco al cielo. ¡Olvidar!... ¡palabra bastarda, palabra inícua!

Pero ¡olvídame, olvídame, olvídame!

Muy infortunado,

Amir.

¿Por qué escribía Amir esta carta? ¿qué fuerza oculta lo obligaba á romper ese lazo querido que tanto amaba? ¡Destino incauto! ¿Los que más merecen ser felices son los que más sufren? ¿Amir sin Arasi? ¿Arasi sin Amir? Se amaban tanto ya, tanto; ¡pobres criaturas! ¡pobres jóvenes infortunados! Sufrirían atrozmente. Pero Amir rompía el lazo sagrado... ¿por qué? ¿por qué lo hacía?...

Se conocía que el joven había escrito esta carta, mientras en su corazón se libraba una lucha horrible entre el amor y el deber.

¡El deber! ¿á qué llamaba deber el desgraciado Amir?

Doña Jova lloró de alegría y de dolor al recibir la carta de su hijo.

¡Las guerras son una infamia, un crimen ¡el mayor de los crímenes! — decía entonces amargamente. — ¿Para qué se forma una familia, para que se ama con tanto cariño?... ¡Para qué se es, madre hermana, hija, esposa? — ¡Dios mío! y dejóse caer en un sillón, deshecha en lágrimas y comenzó á repasar la carta de su hijo, párrafo á párrafo: —

" ¿No ves que eres un cobarde, porque la has dejado abandonada? "

—¡No, hijo de mi vida!—exclamaba entonces doña Jova. Yo soy la cobarde porque no encuentro conformidad, para pensar en tu situación. Yo soy la cobarde, pero, aún no me atrevo á creer que las guerras fratricidas necesiten de tu brazo como un honor del ciudadano...

Después decía Amir:—" Entonces es, cuando mis ojos se nublan de lágrimas ".

—¡Lloras!—murmuraba con acento indefinible, doña Jova. ¡Lloras!... No, hijo, no llores; por mí, no te inquietes. ¡Yo sí, que debo inquietarme por tu suerte! y la acongojada madre volvía á repetir:— ¿Para qué se es, madre, hija, esposa, hermana?... Y en un profundo grito del corazón, añadía: ¡Hijo mío! ¡hijo de mi alma!

CAPÍTULO IV

Mientras estos acontecimientos se sucedían, Arasi, la hermosa brasileña, la dulce amada del gentil *castellanito* como solía llamar aún á Amir, en tono de ternura, suspiraba impaciente y, apoyada en el antepecho de su balcón, esperaba... ¡Cuán inútilmente esperaba la cuitada!...

Arasi no podía dudar del corazón de su amado, pero dudaba del capricho de las circunstancias... Y se afligía, consultando las sombras de su jardín el que parecíale, de improviso, un sepulcro inmenso, que susurraba, en el desconcierto de las ramas y hojas inclinadas:—Ya no viene, ya no te quiere. Arasi apoyó sus dos manos en la reja del balcón, é inclinó la cabeza sobre un hombro pero sus miradas escudriñaban las sombras. Creyó percibir un bulto movible, miró más ávidamente...

Una sombra más clara se destacó del fondo del jardín y Arasi palpitó de placer...

Avanzó más su lindo busto en el antepecho... ¡pero lanzó un grito ahogado!

— ¡Camilo! — murmuró echándose instintivamente hacia atrás.

Pero Arasi se repuso casi en seguida.

La incertidumbre unida á la sorpresa, le prestó valor.

Acercóse de nuevo al balcón y con el semblante muy rojo, pues comprendió que aquel hombre era un mensajero de Amir y con la voz apagada le preguntó:

— ¿Viene usted?... la joven estaba conturbada y un secreto presentimiento maceraba su corazón. De ahí que no tuviera valor para terminar la frase...

Camilo puso la carta en manos de Arasi, quien tomándola con dolorosa sorpresa, apretóla irreflexivamente sobre su corazón. Sus párpados se inclinaron, ocultando espirituales desgarramientos... Arasi no comprendía nada... ni siquiera su dolor. Pero sufría sin suponer aún, sufría su alma entre mirajes de dudas y de creencias... ¡En el vuelo de un minuto la idea visita tantas tumbas blancas que encierran una lágrima que no se extingue jamás! ¡Oh dolor inmortal! eres hermano de todo lo que existe y palpita.

Camilo desapareció inmediatamente.

La joven se dejó caer sobre un sofá. — Su rostro estaba pálido. No se atrevía á desgarrar la cubierta; un secreto temor la obligaba á conservarla intacta y Arasi, llevaba la carta, á los labios y la retiraba sin besarla y como dudando, ya, de Amir.

— ¡Madre mía! — murmuró al fin dolorosamente: — ¡si encierra algo muy terrible,... consuélame, préstame valor! y rasgó el sobre.

— ¡Ah! — y la joven lanzó doloroso grito. ¡Lejos!... ¡en la guerra!!... ¡Que lo olvide!... En la mirada de Arasi se percibió una sombra muy negra, muy turbia, que nacía de algo muy hondo... Era una mirada desgarradora...

Con los ojos agrandados, púsose en pie y, con el semblante demudado. "¡El pica-pau! ¡el pica-pau!" exclamó, estirando el brazo con inmenso desaliento.

¡El pica-pau! — ¿por qué esa palabra había acu-

dido en tan angustioso momento, á los labios de la joven?

Esa mañana, Arasi, aún feliz y aún encantada de su felicidad, bordaba... cuando vió entrar como una flecha, á un pájaro oscuro de hermosa cabeza roja, que dió contra los vidrios de la ventana y allí, batió las alas con furia, audaz en su impotencia.

Arasi tiró el bordado, corrió hacia las puertas, cerrólas y gritó con voz llena y sin perder de vista al lindo pájaro:

— ¡Vengan!... ¡mamá, todos!... ¡Vengan á ayudarme á cerrar para que no se escape este hermoso intruso!

A los gritos, acudió presurosa doña Delia y tras ella un negrito, criado desde pequeño en la casa.

—¡Ah!— gritó el negro al ver el animalillo — ¿con qué había sido semejante bicho? — la *faca,* la *faca*... voy á cortarle el pescuezo.

— Pero, exclamó Arasi — ¿cómo te atreves á pronunciar en mi presencia una palabra tan grosera? — Te guardarás muy bien de hablarme de ese modo ¿sabes?

El negrito era muy consentido y mirando á Arasi... La señorita no adivina como se llama ese pájaro — dijo — dando un brinco para ver si así lograba apresarlo entre sus manazas.

— Yo lo quiero para mí — exclamó Arasi, con autoridad mirando al animalito que daba con la cabeza aquí, y allá, en el cielo raso y en las paredes, sin detenerse un segundo. ¿Lo oyes bien? — añadió — ¡yo lo quiero para mí!

— ¿Quiere la señorita, cuidar un bicho de mal agüero?—Ah, sinvergüenza, pica-pau — ***¿eh diabu?***

— dijo el negro cazándolo y pasándole *la faca* por el pescuezo con una precipitación inusitada.

Arasi dió un grito. La cabeza del carpintero había caído á sus pies.

Esta visión brotó en la imaginación de la joven, y se estacionó esta vez en ella, como una pesadilla.

La carta de Amir deslizóse de sus manos y Arasi permaneció con los labios contraídos, la mirada fija ¡ la faz entera en una muda expresión de sufrimiento !

Pero como un manto de consuelo una explosión de lágrimas vino á purificar las penas de su alma, amenguando la fría tormenta del corazón y Arasi, cayó de nuevo sobre elu sofá, exhalando ahogados gritos, víctima de un horrible estado de desesperación.

¡ Ah ! — exclamó de improviso — ¡ la desgracia no se habrá consumado ! ¡ el pica-pau ha muerto ! — ¡ Espero ! ¡ Espero !...

CAPÍTULO V

La superstición es compañera de las almas tímidas, y las jóvenes timoratas y desconfiadas, creen ver, á veces, en un ave que pasa, en una flor que se marchita, en un tallo que se troncha, en una mariposa oscura que se posa en el marco de un cuadro predilecto, un signo asaz significativo de próxima desventura.

Arasi, de espíritu poético, de imaginación soñadora, se estremece dolorosamente á la vista de estos insignificantes sucesos que llegan hasta su corazón como un anuncio.

La incertidumbre es siempre más dolorosa que la convicción por desgarradora que esta sea.

¡Esperar!...—Esperar, es desesperante, es martirizador, es tirano!

Y hay almas incapaces de sufrir la incertidumbre, incapaces de suponer con calma, lo que será, lo que podrá ser, lo que llegará á ser...

Arasí, con el rostro velado por un velillo color marrón, bajó al jardín.

Sin vacilaciones, sin pensar en las conveniencias y con la persuasión íntima de que, tras el resbaladizo paso que iba á dar, su débil esperanza se desmoronaría hasta lo hondo, ó criaría cuerpo y se remontaría hasta donde la duda fuera tan solo un navegante náufrago, Arasi, guiada por el incomprensible espíritu de la *suposición fortuita de la superstición,* no pensó en *no creer,* cuando ya hubiera depositado el enigma de su suerte, á la sabiduría de una hechicera.

Quizá el temor de una revelación brusca y terrible, imprimía en su frente un sello de interrogación muda y angustiosa.

Pero sin irresolutas disposiciones, sin negaciones cobardes del pensamiento en creencia no definida, corrió al huerto y pugnando por dar un acento tranquilo á sus palabras, brotadas en un tono de melodía quejumbrosa, detúvose ante el débil tronco de una parra que crecía sin hojas y casi sin savia. ¡Era la debilidad, pidiendo un apoyo á la debilidad misma!

Arasi la rodeó con sus brazos y recostó su seno sobre el tronco oscuro y delgado. Un viejecito de blanca cabellera lacia, abría un surco en la tierra, á pocos metros de la joven, pero separado de ésta por un espeso cerco de esbeltas tunas. Este viejecito por contar largos años de servicio en la casa, era considerado como persona de la familia ó poco menos.

—Don Andrés—murmuró la joven alzando el rostro y cerrando los ojos para ocultar el brillo apagado de su tristísima mirada.

—¡Pero...!—murmuró el viejecito asombrado, y asomando la cabeza por encima del vallado.—Así me gustan, las muchachas; lindas y guapas como como ellas solas — dijo.

—No es eso, don Andés—respondió Arasi, que, impotente para ocultar su sufrimiento llevóse las manos al rostro y rompió á llorar. El viejito dejó la azada, y aproximóse á la joven.

—Ué—murmuró.—¿Y por qué se *yora?*

—Un momento continuó Arasi entre sollozos. Mire, don Andrés — dijo luego. — ¿Usted sabe la casa de una vieja bruja que dicen que saca la suerte?

— Don Andrés hizo una mueca.

— Déjate de eso, Siñasiña—dijo—que esas viejas brujas, para lo que sirven es para robar la plata á medio mundo, con sus mentiras.

— No me importa — dijo Arasi con decisión.— ¿Sabe usted donde vive, pues?

— ¿Y yo qué he de saberlo? ¿Y á mí qué me importan esas brujerías?...

— Bueno — murmuró Arasi — pues si usted no sabe donde vive esa mujer, yo iré sola á saberlo y á hablarla. — Pero, mujer, ¡estás loca! dijo el viejo que se permitía todo género de libertades ¡ahora se te antoja entrar en tratos con una bruja!... ¡Bonita cosa! Pues lo que soy yo, no te llevo!...

— ¡Y que importa que no me lleve usted!— sostuvo Arasi con dignidad — yo iré sola.

— ¿Sabés una cosa? — murmuró don Andrés, plantándose frente á la joven y mirándola de arriba abajo. Las muchachas de otro tiempo no eran tan mal educadas y respetaban más, las canas y las arrugas de los viejos, que las de hoy.

Arasi no le hizo caso y echó á andar.

— Pue... pué... pué... comenzó á tartamudear don Andrés. — Le voy á contar á tu padre y á tu madre, gritó... A tu padre y á tu madre les voy á contar... Pero como viera que Arasi ni siquiera se volvía, tiró la azada, se encasquetó el gorro de lana oscura y, tambaleando y agitando atrozmente los brazos, echó á correr como pudo y como Dios quiso ayudarle. — Arasi, cabeza hueca ¡espérame! — le gritaba.

— Ave María, don Andrés — dijo la joven deteniéndose y secando sus lágrimas. Usted dice que las muchachas de hoy no respetan á los ancianos; será

sin duda por qué los ancianos tampoco respetan á las jóvenes señoritas. Y Arasi hizo un gesto que don Andrés entendió por ésto: — La prueba la da usted...

— Don Andrés hizo una mueca graciosísima y miró á la joven...

— Bueno — repitió Arasi — lléveme á donde vive la señora esa...

— Mande la joven señorita—y don Andrés suprimió un paso y se quedó prudentemente á retaguardia. Arasi no se dió cuenta exacta de la especie de pantomina del confiado viejecillo. Apoyó la cabeza en una mano y así echó á andar, sin mirar el sendero qeu pisaba y con los ojos llenos de lágrimas.

* * *

Una linda casita, blanca, apartada, se alzaba en medio de un sitio solitario, sin árboles, y sin casas vecinas.

Don Andrés que ya se había olvidado de que marchaba de cola se detuvo á la puerta de esta casa y llamó con mano temblorosa.

— Creo — dijo con ligera pausa Arasi — que encontraré aquí la verdad. ¡La verdad! y la joven, sin sentir la más mínima sombra de una duda, continuó: Si la verdad se estrella contra el afán de mi alma, Dios tome cuenta de mí. Sonaron pasos pesados y la puerta de la casa, se abrió...

Arasi penetró resueltamente en la salita.

No había en aquella habitación nada, digno de merecer el honor de una descripción, á no ser una

mesa cuadrangular, no del todo desvencijada, colocada en un rincón de la estancia.

La mesa está vacía, al menos es esta la impresión que se tiene á primera vista.

No obstante, acercándose más al mueble, se verá una colección de cartulinas, cortadas con idéntica simetría y colocadas con aparente orden, de ocho en ocho, en cuatro hileras correspondientes.

Arasi cogió las cartas, y su pulso comenzó á temblar.

Una mujer, de aspecto huraño, alta y huesosa, de cabeza alargada y cabellera lacia y negra como la noche llegóse junto á la joven y la dijo sin ceremonias.

— ¿Barajo yo ó baraja usted?

— Más me place que lo hago yo — murmuró Arasi con la voz temblorosa y tomando las cartas, comenzó á darles vueltas entre sus manos.

Tenía la joven la mirada fija en el suelo y su aspecto no aparentaba unción ni recogimiento.

Pero, los párpados inclinados ocultaban un deseo supremo que se hubiera traslucido en la mirada, y ¡no era con las manos con lo que la joven oprimía las temibles armas de la hechicera; parecía que había puesto su corazón entre ellas y allí exprimía su savia para que le ofrecieran el consuelo en cambio del sacrificio!

Arasi dividió en tres porciones idénticas, las cartas y miró con horror la boca desdentada de la hechicera.

— Detuvo la bruja, la mirada, en la carta última del primer montón y murmuró: el trébol.

Arasi sintió que su pecho se ensanchaba y exhaló

un suspiro, mientras sus labios pronunciaban muy bajito: — " La esperanza ".

— ¿Conoce usted el significado? — preguntó la vieja con voz fría y áspera y como escudriñando en el semblante de Arasí, el efecto que sus palabras la habían causado.

La joven la miró fijamente.

— Sí, conozco — contestó sin inmutarse — pues poseía unas iguales y solía sacarme la suerte yo misma, por entretenimiento.

— La bruja clavó una mirada sarcástica en el angelical semblante de la niña y dejó caer las cartas.

— Es la primera vez que se me ofrece la ocasión de mirar de cerca, el rostro de una descreída—murmuró y clavó su mirada de lince en los ojos de Arasi. — La pobre joven se estremeció visiblemente y alargó el brazo para apartar á la hechicera que se aproximaba con expresión más bien hostil.

Don Andrés se interpuso rapidamente entre Arasí y la bruja, que retrocedió sonriendo y como dando muestras de una broma y volvió á tomar las cartas esparcidas y refunfuñó alzando el segundo montón: Malas aventuras. Alzó al punto el tercero y diciendo: Vamos á sacar la buena ventura á una atéa añadió, mirando la carta: — corazón inocente. Arasí temblaba, arrepentida y llena de miedo. zón inocente. Arasí temblaba, arrepentida y llena, de miedo.

Reunió la hechicera, los tres montones, consecutivamente, y comenzó á alisarlos sobre la mesa, colocando una por una las cartas, del modo que ya conocemos.

— La señorita puede ver — murmuró ásperamente. Un hombre piensa y suspira en secreto por usted — pero está á muchas leguas de acá, á ver... muy lejos... y se aleja más aún... — Este hombre piensa casamiento con usted — estas son las palabras textuales de la hechicera—pero le sobrevendrán grandes desgracias. Está inocente de la muerte de un amigo... ó un hermano, bien puede ser un hermano.

Viaja... no por mar, sino por tierra y sus viajes serán muy expuestos, pero sobre su cabeza, tiene el mensajero de fortuna y á sus pies, una larga vida.

A usted... ¡ah! La alumbran el sol y las estrellas; —el bien amado ausente tiene el mensajero de fortuna pero antes sufrirá grandes desgracias ó grandes decepciones.

Unas nubes, el cajón...

— ¡Dios mío! — murmuró Arasi al ver el dedo índice de la hechicera puesto sobre sobre el ataúd envuelto en un paño negro.

— La hechicera continuó: — Las nubes se alejan, se anulan por la vecindad del corazón atravesado por una flecha, que significa paz y armonía. Muchos disturbios... Se detuvo un minuto y luego continuó:

— Un casamiento feliz, con persona de buena sociedad, que es ese hombre. Los rodean corazones leales y el ángel del amor. Pero muchos disturbios — volvió á repetir la vieja ¡y muchas lágrimas!

— ¿Qué más? — preguntó Arasi suspirando y lloriqueando á un tiempo.

— Si desea usted sacar otra vez, la baraja hablará más, inquirió la vieja.

— No, no, — murmuró Arasi y salió precipitadamente de la casa, seguida de don Andrés, que se hacía cruces y miraba con recelo hacia atrás.

— Y vamos á ver — dijo el bien anciano, á la joven, cuando se encontró á buena distancia de la casa de la adivina. — ¿Qué has conseguido con venir á ver á esa vieja *magra* y mentirosa? ¡Todavía me siento capaz de apedrear á semejantes mujerzuelas! Le arman á uno cada cuento que da fiebre.

Sólo merecen que se las queme vivas... — y — añadió regañando á la joven: — ¡Miren que poner los pies en casa de *una*... una señorita decente y delicada! — Por fortuna no tengo la lengua tan larga como la de esa locaza y no les pasaré la novedad al señor, su padre, ni á su madre, la señora, que pondrían cada ojo si se enteraran... y hasta se resentirían con el pobre viejo Andrés...

— No se hable más — ¿sí, don Andrés? — rogó Arasi. — Es la cosa más natural que una muchacha como yo, vaya á consultar á una adivina. Mamá y papá no sabrán nada y yo en cambio, ¡siento un alivio!... — Y añadió: es que la adivina me ha dicho... que una persona... que quiero... mucho, viaja, precisamente y yo se que eso es verdad: — así, pues, esto me confirma que todo lo que me anuncia sucederá...

— ¡Hola! ¡Que me coma la tierra si conozco á alguna persona querida que pueda hacerte *yorar*... Porque lo que es don César está muy quieto, allá por *las ciudades* y lo que es el patrón, ahí lo tienen siempre... ¡Uf! ¡uf! añadió don Andrés picarescamente y haciendo un gesto. En cuanto á doña Delia ahí la tienen también...

La joven permaneció silenciosa.

— Al fin de vueltas — añadió don Andrés — la tierra me ha de comer un día ¡pero que me coma ahora mismo si yo sé quien es esa persona querida!...

CAPÍTULO VI

En el adorable silencio de su alcoba, Arasi escribe, llorando.

Hay almas que han nacido sólo para llorar. Almas, hijas de la melancolía, hermanas de la melancolía, amigas de la melancolía ¡las almas más dulces y sinceras!

Y Arasi, mientras deja que sus mejillas se llenen de átomos perlados, murmura: — Amir! voy á escribirte ¡como si necesitara repetir estas palabras para convertir el deseo en un hecho!... Y, entre sollozos, añade:

— Tú no has podido olvidarme. Imposible es que hayas dejado de quererme. He sido demasiado buena para que tú puedas ser un ingrato. ¿No es cierto que estás pensando en mí y que estás arrepentido y que me pediráh perdón? Soy demasiado buena, Amir, demasiado buena para que así se me olvide. Yo no merezco tu ingratitud. Pero tú me amas, ¡Sí! yo lo sé, yo no puedo equivocarme, yo no puedo soñar, en plena realidad. No existe otra Arasí en el mundo; tú eres mi sólo Amir ¿por qué me haces sufrir?

Y, cogiendo la pluma escribió Arasi las frases más bellas que había hilvanado su pensamiento: —

" Si el corazón no me dijera con sus fuertes latidos, que te amo; si, en mudo ensueño, tu imagen no encontrara fondo en mi fantasía, yo no te escribiera, Amir. Si posible me fuera arrancar tu recuer-

do de mi pecho, si fuera cierto que podía borrar tu silueta, con otra, no te escribiera yo, no.

Pero, llevadas por la casualidad de la suerte, mi alma con tu alma, mi corazón con tu corazón, no es fuerza que destruya el más bello ideal que ha ilusionado la ingenua alegría de mi existencia, si esto conturba la bienhechora paz de tu felicidad...

¡Amir! — yo no sé por qué de mi te apartas; no sé por qué me pides que te olvide, pero — quizá es delirio de mi esperanza, quizá es consuelo de mi sentimiento, — hay algo que me dice que no es posible que tu corazón haya dejado de quererme; que no es cierto que tu alma haya podido olvidarme.

¿Verdad que es imposible? ¿verdad que no puede ser, que siembre el olvido el fondo de un corazón que amó de veras? Pero, si, desventurada he acariciado apenas la sombra de una ilusión; si mentira es, que me hayas amado un solo día, no manche la ignominia injuriosa, la digna reserva que es exclusivo merecimiento del menos fuerte. Yo, gozando la ilusión del amor, bajo ahora á la realidad de la desgracia. ¡Terrible paso!

Soy, Amir, bastante franca para confesarte que aún te amo, pero demasiado orgullosa para rogarte que sigas amándome.

Si mis frases te lastiman ¡ay! no pienses mal de mí. ¿Por qué quieres que te olvide? — ¿No me amas ya? — Dímelo; yo espero, tu confesión; sólo así me atreveré á abrirte mi corazón y á decirte lo que siento en él.

¿Puedo obligarte á que me ames? ¿puedo recriminarte por que te hayas engañado en mi presencia, confundiendo el amor con otro sentimiento?...

¡No, Amir, no! — yo lo perdono todo, yo lo olvido

todo; díme tan sólo que es cierto lo que aún se ofrece á mi corazón como una duda y todo habrá acabado entre los dos.

Una última palabra tuya y nuestra separación será eterna.

Arasi.

¡Ah! — murmuró la joven al terminar esta carta. — ¡Dios tiene una ley única, irrefutable!... Si ella no *lo anota,* nulo es el porvenir presentido con el corazón!

Arasi añadió: — ¡Dios mío! yo le amo. ¡Qué arrobamiento inefable trae á mi alma el recuerdo de sus amores!... — ¿Qué vá á ser de mí?... Voy á morir; si no me ama, moriré.

¡Ay! y Arasi murmuró: — ¡es muy horrible pensar que todo fué mentira, es muy desgraciado borrar del alma ilusiones sagradas!

Las que conservo aún ¿tendrán que borrarse para siempre? — ¡Ay, Amir! quiero desechar tu imagen pero torna rápida á mi imaginación y acabo por pronunciar mil veces tu nombre!

Sin embargo, si es cierto que no me amas, aunque te ame siempre, no quiero que lo sepas, no quiero que lo adivines siquiera. ¿No soy acaso bella y buena?

¿Qué otra mujer te brindará mi amor? ¡Malo!.. ¡ingrato!... — ¡Pero no! — criatura amada, ser adorado, Amir querido ¿quién será un día, tu esposa? — ¿quién mi esposo? Nosotros no podemos ya ser el uno del otro. ¡Aberración! — nacidos para amarnos no podemos querernos ¿y por qué no pode-

mos querernos, por qué no tenemos el derecho de querernos?

¡Amir ha muerto, Amir ya no existe para mí! Arasi dejó caer la cabeza hacia atrás y sus divinos labios se abrieron para dar paso á un inmenso sollozo.

CAPÍTULO VII

La vida es un continuo desconcierto; vivir es batallar con la felicidad y la desgracia; es llorar y reir.

El corazón humano necesita emociones, que quiten la apatía que se enseñorea de los seres faltos de iniciativas ó exentos de entereza de espíritu.

El choque de la tristeza y la alegría, de la desilusión y el triunfo, de la ira y la satisfacción, son la vida misma.

Clara y poética ha descendido la noche.

El silencio de los campos, es solemne; parece, que cumpliendo una amable promesa de cortesía, Calipso, envuelta en pálida y primorosa gasa que ha besado apenas una brisa, que sólo para ella tiene suspiros sagaces, ha bajado sonriente á soñar entre los claros de las selvas, bajo las grandes copas de los árboles que, también sin rumores, inclinan cortésmente sus grandes ramas, en profusión de flores olorosas. Suspira por doquiera, la poesía, enamorada de sí misma.

La noche toda, es un adorable suspiro de amor.

Herida melancólicamente por la magia nocturna, un alma está muy triste...

Es desdichada noctívaga, cuya tristeza sublime entibia el llanto.

¡Es tan imponente para ella, el tranquilo silencio de las selvas!...

Un run-run lejano, escuchóse en compás incierto.

Cesó...

Volvió á bajar la frente sobre el pecho y el brillo instantáneo de los ojos, apagóse...

De nuevo rumoró la noche, intenso movimiento; era como un regocijado batir de alas de esperanza, burlando el poético recogimiento de la umbría nocturna.

Sobre los campos, en viaje de recreo, seis parejas de curiosos teru-terus entonan un salmo de bienvenida.

La mano fuese al pecho y comprimió latidos que hacían daño.

¿Era temor, espanto? — ¡era esperanza! — Palpitó con la rapidez del vuelo de un colibrí. El labio no sonrió; no se atrevió el presentimiento, á delatarse en una mueca que podía convertir la desilusión. — Oprimida, llorosa, palpitante, escuchó...

Más fuerte se sintió la voz del teru-teru.

¡Las manos se juntaron y alzóse al cielo la mirada!...

Una voz, un grito, una exclamación ¡y dos seres se estrecharon delirantes uno contra otro, dos seres se besaron las frentes con pasión infinita!...

— ¡Madre de mi vida! y la voz apagada sumergida en la emergencia de la emoción, respondió: — ¡Hijo de mi alma! Y, besándole más y más, apretándole otra, y otra vez, sobre su seno, para convencerse de que era verdaderamente el hijo suyo, lloraba, lloraba sin consuelo, con llanto interminable. ¡Oh! la felicidad la ahogaba y se deshacía en lágrimas de ventura!

— ¡Mi hijo, mi hijo querido! — pudo gritar más fuerte — ¡mi hijo adorado, mi Amir!

— Sí; tu hijo querido, tu hijo adorado, tu Amir!

— ¡Bendito sea Dios!

— ¿Me creías muerto, quizá?

— Te creía en todas partes y en ninguna, te creía...

— ¡Dios mío! — sobre mi corazón, así, así, bésame otra vez ¡oh hijo, oh mi hijo! — é, incansable para repetir otras veces su nombre, lo abrazaba...

— Sin saber de tí, mamá mía, sin saber como estabas, sin recibir una palabra tuya! salieron las palabras del joven como en un desahogo ya de tiempo ansiado — y Amir contóle como le había escrito tantas veces, y como nunca había recibido la menor noticia de la casa blanca.

Luego alzó la cabeza y miró á su madre que, en dolorosa incertidumbre, acertó á preguntarle: ¿Y Panchito? con una voz que revelaba cieirta espera, cierto dolor ó cierto presentimiento.

— Una noticia dolorosa, madre mía — le contestó entonces, Amir — Panchito, el pobre Pa nchito, no ha vuelto conmigo...

— ¡No ha vuelto!... y doña Jova, lloró estrechando más fuerte á su hijo, sobre su corazón; lloró por Panchito y por todas las madres que no habían vuelto á ver á sus hijos, que no habíanles visto volver!...

— Pero — añadió Amir — no puedo aseverar que su muerte sea un hecho. Le ví desplomarse... estaría herido... Me salvé... ¡no sé cómo mamá mía! — ¡Estaba escrito que no había yo, de morir! — Busquélo... ¡todos mis esfuerzos fueron vanos!

— ¡Bendito, bendito sea Dios, que te ha traído orta vez á mis brazos! repitió de nuevo doña Jova ¡Bendito sea Dios!

El joven bajó la cabeza.

— ¡Bendita sea — dijo — la madre que me ha obligado al sacrificio!

—¡Al sacreficio!—El dolor, como una maldición, había de tocar todos los instantes, el corazón de aquella madre infeliz.

—Mamá—dijo el joven sin alzar la frente.—Amo una causa y debí luchar por ella, hasta morir. Panchito si ha muerto, murió gloriosamente.—Yo he huído, yo, mamá, me avergonzé de mí mismo; comprendí que había dejado á una pobre mujer, sola, sin recursos ¡quizá abandonada! Llevado por el ardor de la juventud, pensé en los peligros con ansia de mezclarme en ellos. ¡Pensando en el peligro de la patria, había olvidado el peligro de mi madre!

Y hoy he dejado de nuevo las filas para correr en socorro tuyo. ¡Oh madre mía!—si todos los orientales que abrigan mis ideas y que por ellas van á exponer su vida, se hallaran en mi situación, la patria estaba... ¡Dios mío! ¿y qué sería de ella?... y añadió moviendo la cabeza:—La patria estaba... ¡Oh patria mía!

Volvióse el joven para ocultar una lágrima, y abrazóse á su madre, impidiéndola hablar. Y allí al oído, le contó de sus esperanzas y le habló de tristezas pasadas.

Luego permaneció el joven indeciso é inquieto. Su semblante ruborizóse y preguntó:—¿y á *ella*, mamá?... á *ella* ¿la has visto?

Sonrió doña Jova tristísimamente y dijo:—¡Sí! Y añadió como pesarosa... — Aún conservan sus mejillas el espléndido rosado pálido que le hace tan bella; pero su hermosa sonrisa ha desaparecido y su cuerpo ha adelgazado ¡parece el ángel de la tristeza, Amir!... Y en un dejo de dulce bondad y guiada por el afecto de la reconciliación generosa, continuó:

No me contó sus pesares pero yo los adiviné; no pronunció tu nombre en mi presencia, pero comprendí que su semblante se transformaba cuando de tí la hablaba.

¡Pobre ángel de bondad! — Alisándome los cabellos con gentil dulzura, suplicábame cariñosa que me fuese con ella; que tendría yo en su morada un hogar tan tranquilo como en el propio cuando tú en él estabas; que su madre sería para mí una hermana — y yo... yo... añadía con adorable sonrojo — yo seré para usted algo así como una hija.

— Ah — murmuró Amir — ¿entonces no la estrechabas contra tu corazón? ¿entonces no la repetías muy dulcemente que sólo á ella,, después de mí, podrías amar con el mismo cariño?...

— Sí, hijo — se lo repetí muchas veces, porque su rostro sonreía y sus miradas me expresaban un reconocimiento profundo. Entonces se sentaba á mi lado, así, como lo estás tú, ahora y, rodeando con sus torneados brazos, mi cuello, posaba sus labios en mis mejillas y murmuraba: ¿Así la besaba á usted, Amir? La pobrecita, parece que sentía cierta vergüenza al hacerme esta pregunta y, acto seguido, ocultaba su lindo rostro entre los pliegues de su cuello de encaje.

— Al oirla decir *la besaba* parecíame que una saeta emponzoñada me hería el corazón; parecíame que aquel " la besaba " era tan lejano... ¡era un sarcasmo con que la muerte azotaba mi amor de madre. ¡Era un presentimiento espantoso! y, rechazando á la niña, murmuraba enloquecida: — ¡Así me besa! — ¡así! ¡así me besa Amir!

La pobre criatura echábase á llorar, atormentada por mi arrebato y entonces, era yo quien atría su

cabeza sobre mi seno y llorábamos las dos abrazadas. Cuando alzaba el rostro, su mirada posábase en mi semblante con un reconocimiento que me enternecía, y de nuevo volvíamos á confundirnos en un abrazo y al separarnos nos amábamos con un cariño de madre á hija; la amaba como te amo á tí, Amir de mi vida!

El joven se dejó caer, trémulo de ventura, á los pies de su madre Tomó su mano y apoyóla en su frente.

Cuando se incorporó, en su rostro brillaba la felicidad más intensa.

CAPÍTULO VIII

Al oído le había hablado Amir á doña Jova; le había hablado de su intención, de sus esperanzas, de su resolución, más bien dicho.

Doña Jova, no opuso la menor resistencia.

— Todo, hijo — le dijo — todo lo que hagas, estará bien, para mí.

El joven se sintió remunerado de sus anteriores desazones, al oir esta franca respuesta de su madre.

— Acá no se puede trabajar, mamá — murmuró — La vida es una agitación continua. El suelo extranjero está cerca y nos ofrece albergue. Sólo del trabajo, obtendremos lo que necesitamos para nuestro sostenimiento. Hoy, no se halla ocupación ¡ay! en nuestra patria. — Expatriémonos, vayamos á un suelo extranjero, dejando abandonada la casa blanca. — Quizá cuando volvamos á ella la encontraremos en ruinas! También, mamá, sonreí tristemente, la noche que llegué, después de mi entusiasta peregrinación; mirando con amor la casa que ha sido cuna de mi infancia y de mi juventud, exclamé asombrado: — ¡La casa blanca es ahora la casa negra! Quiera Dios que cuando los disturbios estériles acaben, no tengamos que añadir: — la casa negra es ahora la demolición.

— ¡Calla, calla! — no despiertes en mi corazón tanta amargura, Amir, murmuró doña Jova.

— ¡Oh! — perdona, mamá, no pensé que sólo el pensamiento de nuestra marcha, basta para desga-

rrar tu corazón ¡pobre corazoncito de madre santa! añadió acariciándola enternecido.

—¡Sí! pero las amarguras, á medida que se multiplican, revisten un carácter distinto. ¡Dios lo quiere!—¡Adelante! dijo no obstante con gran conformidad.

El joven besó en silencio la mano de su madre.

— Gracias por tu resignación murmuró luego. Doña Jova, añadió:

—Si Dios es misericordioso con sus criaturas, alguna vez se hará para nosotros la felicidad. No desmayemos y el triunfo coronará pronto ó tarde, nuestros esfuerzos. ¿No te parece que eso sucederá, Amir? — interrogó.

— Así lo creo. Sólo reclamo la bendición de Dios. Es preciso vencer en la lucha por la vida. ¡Adelante! tú lo has dicho.

—¿Permites ahora que te deje?—preguntó el joven poniéndose en pie.

—Inmediatamente deben ponerse en ejecución las resoluciones contundentes — respondió doña Jova con gran tristeza.

— Pues hasta pronto, mamá.

—Doña Jova tomó por un brazo á su hijo.

—¿No vas?... —preguntóle.

En el fondo de su mirada leyóse lo que no habían querido pronunciar los labios.

—¡No, mamá, no!—murmuró Amir comprendiéndola. — ¡No! — mientras no pueda llamarla mía, sin sonrojarme de mi pequeñez, no reclamaré de sus labios una sonrisa.

—¡Oh! ¡eres verdaderamente el hijo mío! ¡Pobre Amir! ¡sufrirás! y la mirada de doña Jova descendió lentamente, como cortejando piadosa, un duelo interno...

El joven volvióse y envolvió á su madre en una mirada de amor.

—¡Sabré esperar para poder vencer! murmuró. Tengo una fuerza de voluntad que no se doblega por nada ni ante nada. Quiero ser digno, quiero merecer por mí mismo. Adios, mamá, hasta pronto Inclinóse y depositó en la frente de doña Jova, el más sincero, el más piadoso beso de un hijo.

* * *

Amir, desechando con cierto orgullo, la idea de ver al padre de su amada, para conseguir por su mediación, cualquier empleo decente, recordó á algunos amigos de su familia, también orientales y que á la la sazón, y por las mismas causas, hallábanse radicados en la ciudad brasileña.

—No hay más—pensó el joven.—Me voy á ver al señor Garrido. Es un hombre de corazón y no me despachará así como así.

Acababa de ocurrírsele al joven una idea salvadora; en verdad ya había supuesto Amir que la mala fortuna estaría cansada de jugarle malas pasadas.

Y no se equivocaba el joven.

El señor Garrido hallábase en su despacho; Amir fué inmediatamente introducido hasta él.

—¡Cómo, mi joven amigo!—exclamó el señor Garrido, al verle ¿y la carabina? ¿y el máuser?

—Vaya, querido señor Garrido — contestó el

joven riendo — cierta vez me entregué al reparo de Morfeo con la carabina ceñida á la espalda...

— Y el diablo, ó el *señor Luzbel* muy buen sujeto, ansioso por jugarle una buena treta al dios del sueño, se alisó sus rizos brillantes de aceite, respingóse picarescamente la nariz, te cogió por la punta de una oreja y ¡zas-trás! á los pagos viejos... riendo á dos carrillos de los emperingotados Morfeo y... ¡diantre! ¿cómo demonio se llama el dios de la guerra?

Amir rió cordialmente.

— ¡Ah, tunante! añadió el señor Garrido festejando de algún modo su oportuno chiste. Dios ó Diosa...

—¡Y bien! y Amir aproximóse al señor Garrido.

— Señor Garrido...

— ¿Eh, joven?... ¡Vamos! — ¿Algo tienes que comunicarme? — Ya sabes que estoy á tus órdenes y que en todas las circunstancias soy tu amigo. He reconocido siempre en tí, á un joven de muy buenas condiciones y tengo el gusto...

— ¡Oh, gracias, señor! ¡Gracias! — le interrumpió Amir, conmovido por tan franco y amable recibimiento. Y abordó rápidamente el objeto principal que le había llevado al despacho del rico comerciante.

— Señor; hemos resuelto definitivamente mi madre y yo, alejarnos de nuestra casa de campo, durante este período de disidencias intestinas en nuestro país. En tal caso, como me reconozco con algunos méritos para solicitar un puesto que tengo la convicción de llenar debidamente...

El señor Garrido le tendió la mano sin dejarle concluir:

— Tengo el mayor placer y hasta casi una satisfacción inmensa en recibirle en mi casa con el puesto que solicite — le dijo.

— Amir permaneció un momento, sorprendido.

— Pero, señor — murmuró — es mucha generosidad y no entiendo...

El señor Garrido le interrumpió: — Escuche usted joven. En mi casa será usted, no sólo un dependiente que atiende á su obligación yse marcha luego con la indiferencia del deber que no exige amistad; será usted se lo ruego, si es preciso ¡lo deseo! será usted un amigo, un aliado...

Joven Ramírez, ofrézcame usted su amistad añadió después de una pausa.

— Amir sentía crecer su sorpresa.

— ¡Mi amistad! — exclamó.

— ¿Rehusa usted?

— ¡Acepto con todo mi corazón! — exclamó entonces Amir, espontáneamente y le tendió una mano que el señor Garrido se apresuró á estrechar entre las suyas, con visible contento.

— ¡Bien!; y el señor Garrido con un adorable aire de honradez y sinceridad y frotándose las manos con ostensible satisfacción, encasquetóse los lentes en el caballete de la nariz, y miró al joven con una sonrisa de bondad. — Veámos — ¿qué desea usted? — le dijo.

— Señor — murmuró Amir — ¿he de entregarme incondicionalmente á la elección? No puedo menos que reconocer que su conducta ha sido demasiado caballeresca...

— Incondicionalmente puede usted elegir — le interrumpió sonriendo el señor Garrido.

—Gracias otra vez ¡me habla usted con tanta amabilidad que, ciertamente!...

— Lo hago por conveniencia propia, convénzase usted de ello.

—No podría creerlo; de todos modos es demasiada bondad, que no merezco sin duda contestó el joven.

—Bien, no la merezcas; yo te la otorgo, dijo el buen señor comenzando á tutearle.

—¡Oh, señor Garrido!—y Amir pareció emocionado — trataré de merecerla, créalo usted.

—Lo creo, hijo mío, y el señor Garrido denotó con un ademán, que daba por terminado el capítulo de los cumplidos y que deseaba entrar con tino ó sin él en las negociaciones.

Estas quedaron dilucidadas bien pronto; — Amir solicitaba servirle en clase de tenedor de libros.

—El señor Garrido se frotó las manos con satisfacción mayor.

— Desde ahora mismo, hoy, si lo desea, ya puede usted quedar en mi casa investido del cargo de tenedor de libros, y el señor Garrido tendió la mano al joven, diciéndole: — ¿Le extraña á usted mi proceder? Ojalá vinieran á mí todos los jóvenes honrados que la carencia de fortuna obliga á solicitar un puesto cualquiera! y añadió:

Joven; si yo fuera usted y usted fuera yo ¿qué haría usted en este caso?

—Lo que usted, sin duda alguna—respondió Amir sin vacilar.

—¡Así me gusta! y el señor Garrido batió las manos á la vez que decía estas palabras: —La honradez, la honradez. —Para mí, todo hombre honra-

do es un rey y cuando solicita mi apoyo, le brindo con él toda mi confianza.

Amir miró con admiración á aquel hombre sincero y recto, y, al dejar su despacho, sintió en su corazón el aliento de la buena suerte, revoloteando con esperanzas menos vagas.

CAPÍTULO IX

¿Por qué modismo abstruso ó por qué antipático contraste, se siente ó se adivina, pudiera decirse por intuición, esa ingénita diferencia de modos y costumbres, entre dos pueblos extranjeros, pero vecinos?

Esa diferencia existe y vamos á palparla; esa diferencia se manifiesta en la expresión, en las modulaciones, en el aire, y pudiera decirse: ¡en todo!

Y sin embargo, casi es ficticio ese ambiente que creemos encontrar con rarezas incomprensibles, y casi es absurdo imaginar que pueda en efecto, establecerse esa tirantez en tonalidades de cambiantes.

El acento portugués meloso y nasal, agrada inconscientemente pero no se hermana con el uruguayo. Un cambio de domicilio es siempre doloroso; ¡con tanta facilidad tomamos cariño á las paredes de nuestro cuarto y á las yedras que se entretejen á las tapias de nuestro jardín!...

Doña Jova, que, después de contraer matrimonio no había conocido más casa propia que la *casa blanca*, tenía que alejarse.

Pero no quiso derramar lágrimas de despedida: ellas se absorbieron en el corazón, para convertirse allí, e nsuspiros. Con una gravedad y una decisión de romana, doña Jova aprestóse para marchar al otro hogar y á la otra patria...

Amir había alquilado casi en el centro de la ciudad una casita pequeña pero cómoda y ventilada.

Contó doña Jova con que allí habían de sucederse los días, con la misma tranquila lentitud que allá en el campo, donde todo era paz, suavidad...

Para las almas que el dolor se ha encargado de desgarrar, la templanza, la quietud, son un linitivo encantador, en la misma delicadeza de su suavidad...

La vida cambiaba por completo. Amir tenía que atender á las necesidades más perentorias de su hogar, con el donativo de su trabajo.

El joven, dispuesto y caballeroso no se arredraba ante el problema harto inquietante de tener bajo su égida el sostenimiento de una familia, familia corta, pequeña, es cierto.

El joven pasaba en el despacho de su superior casi todas las horas del día. Volvía á su hogar con la cabeza caída sobre el pecho, la mirada opaca, la voz doliente.

Una metamórfosis se efectuaba rápidamente en el carácter del joven. Casi siempre llevaba á su madre las novedades más culminantes de la guerra, de los últimos sucesos, de las batallas.

—Doña Jova lo escuchaba con interés.

—¡Ah! decía á veces. ¿Crees tú eso?

—El joven se apresuraba á contestar:

—Importunas deben sernos ya, esas charlatanerías que inventa un despechado para colmo de la gente decente. Ya no te traeré de nuevo, copias de chasques y de mensajes ¿sí, mamá? continuaba el joven. Que se batió el coronel tal con el general cual; que de parte de las tropas de tal ó cual ha habido un desastre escandaloso... ¡Vayan al diablo los tales inventores de cuentos!

—Razón tienes, hijo, le respondía entonces doña

Jova. — Los desocupados revolucionan el ánimo de los que viven en continua expectativa con las ideas que les sugieren sus gustos respecto á una de las dos causas.

Las veladas de la madre y el hijo no resultaban nunca insustanciales; Amir leía en alta voz, un libro interesante, y doña Jova le escuchaba, mirándole, á ratos; pasando una aguja en la tela rayada, otros.

Por fin Amir cerraba el libro, besaba la frente de su madre y se retiraba... para descansar.

¿Para descansar, propiamente dicho?— Amir se retiraba para pensar...

CAPÍTULO X

Voluntarioso como un niño mimado es el pensamiento; y cuando lo manda el corazón... ¡entonces su capricho es inexpugnable!

El corazón de Amír está todo lleno de una silueta y el alma del joven... ¡esta toda llena de sombras!

Amar, es vislumbrar un paraíso que se necesita conquistar.

Amir, en la soledad de su cuarto, no puede dejar de sentir mas intensamente la amargura que lo rinde, como una tirana.

Pero el mas tirano de todos los tiranos es el *dios Amor*, sin duda, que lucha traidoramente en su corazón, que se defiende, con lógicas de mártir.

En la revolución que plantean sofísticamente sus afanes y sus decepciones, vence sin inquisitorias, el deber.

— Frases desesperantes brotan de los labios del joven: ¿Me amará aún? ¿me recuerda? ¿sufre? ¡Pero soy un infame, un infame que la ha abandonado, un infaem que sólo piensa en sus conveniencias!

Al emitir su voz estas palabras, siente Amir el furor de la tormenta que es fiebre de todos sus dolores y añade con humor cáustico y rudo:

¡Abandonarla!... la voz del corazón me lleva á ella, pero el acento de la dignidad me retiene en la ausencia!..

No obstante, no verla, es insufrible. Me conformará saber que aún es feliz y que el paso fugaz de la

intervención de mi persona, en su vida, ha sido estela pálida, sin fulgores tenaces, y Amir se consolaba *inconsolándose*.

— Eres un nostálgico de tu patria—díjole un día el señor Garrido á quien no había escapado la melancolía del joven.

— Este se sorprendió. Todos los emigrados sentirán mi pena — respondió — ¡ Ah ! dijo Garrido — pero unos más que otros; — por ejemplo los jóvenes, más que los viejos. Y añadió. Los jóvenes que han dejado por allá, á alguna damita... la novia, por ejemplo.

— Por suerte yo no estoy en ese caso — se apresuró á contestar Amir sin inmutarse. Su contestación fué tan precipitada que el peor observador, hubiera echado de ver alguna rueda movible en el *trámite*...

— Ah, ah, ah — dijo el señor Garrido — esa respuesta la hubiese tenido yo... aunque no dijera la verdad—y se echó á reir. Y vamos á ver, dijo luego — ¿qué habría de extraordinario en que tú dejaras una novia en tu patria? Y ahora hagamos una suposición: — Tú eres un joven pobre y no se te habrá ocurrido enamorarte de otra pobre; dos pobretones ¿que se atreverían á hacer? Espero que habrás buscado á una ricacha. No rica, sólo; ricacha, lo que se llama ricacha.

Amir se puso muy serio. Soy un joven pobre, dijo, pero de una pobreza que no se rebaja ni sobrecoje ante nadie. Yo no vendo mi persona y mi corazón, señor director.

— Oh, que lindo muchacho — exclamó Garrido abrazándole entusiasmado. Estos son los verdaderos hombres honrados. Y añadió como demandando con

gran pesar un imposible, un algo que ya casi no podría poseer: Joven, joven Ramírez ¿por qué no tendré yo, un hijo parecido á usted?

Aquí me tienen, hecho un vejete de buen humor, pero ¡sin mujer é hijos! Sobre la base de esta verdad, que hoy me lastima voy á dar á usted un consejo:—Se aproximó al joven y le miró atentamente el rostro. Amigo Amir: — en cuanto cumpla veinticinco años, cásese usted sin reticencias. — Amir sonrió. — Pero, añadió el señor Garrido — ¿no le parece que mi consejo merece una recompensa?...

— Tase usted — se concretó á decir Amir.

— Pues, chico, al primer hijo que te dé tu mujer, lo llevaré yo á la pila ¿estamos?

Amir soltó una carcajada.

— Con toda anticipación, mi futura esposa y yo damos á usted las gracias por el honor de apadrinar á nuestro primogénito — dijo.

— ¡ Eso sí me gusta! — exclamó gozoso el buen señor Garrido. ¿Querrás creer, mi hijo, que no tengo ningún ahijado?... ¡Uf! — nunca me llamaron la atención esos muñecos llorones... Y hasta estoy por creer que si nunca me quiso mujer alguna, fué porque cometía yo la sandez de proclamar desgarbadamente, mi antipatía, hacia los monigotes. Las mujeres no gustan de los hombres que no saben sentirse tiernos en presencia de uno de esos seres que tan bien saben ellas amar y acariciar. ¡Las mujeres y los niños!...

Nunca tampoco, fuí muy afecto á las primeras, pero ¡qué diantre! si entre ellas no hubo una sola, capaz de comprenderme.

Muchas veces se dejan, las pobres, engañar por las apariencias y nosotros los hombres, más ciegos aún

que las pobrecillas, las dejamos que se engañen. ¿Quién sabe si no se escondía en mi corazón, más ternura hacia esos tiernos rapazuelos, que en el de mu chos que se pintan extremosos por zalamería y... ¡pero aquí me tienen, convertido en un pebete de sesenta añitos muy cumplidos!... — y, como arrepentido, volvióse, cogió un diario y comenzó á leer á grandes gritos.

— ¡Que diario embustero!—exclamó á medida que se enteraba de una interesantísima noticia que él calificaba de falsa. ¡Parece que todos estos papelotes se combinan para mentir! — Que me ahorquen si creo que el general B*** — se entiende que es un sostenedor de sus convicciones — se ha dejado derrotar por ese general X.

Si vamos á enumerar todo lo que, por vía de desahogo, murmuraba este buen señor, acabaremos por olvidarnos de Amir que le escucha gravemente.

Amir, por supuesto, se entera con atención de los sucesos acaecidos en su patria; siente como es natural la idea patriótica que sostiene su esperanza... Baja la cabeza, meditando... La levanta de nuevo, altivamente y mumura, en voz baja, como en una plegaria:
— ¡Quiera el cielo que venzan los míos!

CAPÍTULO XI

Doña Jova, sola con su tristeza y sus pensamientos, no había experimentado la menor curiosidad por trabar conocimiento con las vecinas de al lado. No obstante, la casualidad, como si esta vez hubiera sido sobornada por el ángel de la guarda de Amir, presentóse disturbiadora, derrocando, con la fuerza de un vendabal, el muro que separaba los patios de las dos casas adyacentes. Doña Jova no prestó mayor importancia á este suceso, pero ¡siempre la casualidad! había de presentarse metida en el cuerpo de un chico travieso, que, encontrando á la madre de Amir en el patio, acababa de saltar por encima de los ladrillos apiñados en desorden y la preguntaba con naciente embarazo: — ¿La señora me permitirá que busque de ese lado entre la cal y los ladrillos. una brocha que, según me ha dicho este señor, acaba de perdérsele?...

Al mismo tiempo asomaba por detrás de un trozo del muro que aun permanecía en pie, una boina color azul marino y pegada á la boina una cabeza que provocaba sin reparos, la risa.

Se alzó más...—unos ojos pequeñitos, una nariz pequeñita, una boca de labios finos, una barba cortita... Más aún se alzó... — una talla de muchachito y... unas piernas ¡Dios mío! ¡que piernas! Aquella especie de macaco hombre ó de hombre macaco, miró al niño y exclamó con aire dictatorial: ¡Se me ha perdido la brocha pequeña y tú... ¡aquél! tú tienes que buscarla, porque la brocha pequeña tiene dueño y hay que devolverla.

Yo no sé—y aquel *yo* era dicho con la verdadera pronunciación de la *y* francesa. — Yo no sé... la brocha pequeña ha desaparecido y, la brocha pequeña tiene que aparecer.

El hombre macaco dió dos ó tres vueltas, inclinóse sobre un apiñado de cal y volviéndose con aire furibundo:—¡Se me ha perdido la *cochara*—exclamó — y el peón dice que está encima del tejado, pero encima del tejado no está. No fué el ratón chico no, el que me ha perdido la *cochara*, porqué el ratón chico está enfermo. ¡Fueron los ratones grandes!

El niño travieso soltó una grandísima carcajada y echó á correr apretándose la cabeza; — El hombre macaco permaneció como si no le hubiera oído y con infatigable afán comenzó á revolver y á mirar en todas direcciones.

De improviso, se da un golpe en la frente; — para esto, casi media docena de pequeñuelos venían corriendo como unos demonios, capitaneados por el que ya conocemos y se apostaron frente al *pobre hombre.*

— Maese — excalmó el díscolo — ¿por qué se ha dado usted ese golpecito en la frente?

— El hombre macaco, á quien seguiremos llamando *La brocha* porque á los chicos les había hecho gracia el asunto de *la brocha pequeña* y por otra parte, no conocían su nombre de pila, contestó sin mirar á su interlocutor: Aquí, entre paréntesis, añado que yo tampoco se el verdadero nombre de este buen señor. Así, perdónenme ustedes que los chicos y yo le sigamos llamando *la brocha.* Y conste que no siento admiración por los apodos.

Pues *la brocha* contestó como hablando mas bien consigo mismo:

— ¡Ahora que me *recuerdo!*... ¡La brocha pequeña se me ha quedado en la casa!

— ¡Ja! ¡ja! ¡ja¡ ¡ja! — repitieron en coro los infantes.

"La brocha" volvióse.

— ¿Qué tanta risa? ¿tanta risa? ¡tanta risa! — preguntó pero ya los diablillos se habían puesto á buen recaudo de los arrebatos del pobre hombre.

Este comprendió que de todos modos, nada tenía que hacer con aquellos demonios y clavó la mirada en un pebete sentado en un banco de madera pintada en el fondo del jardín. El pebete, no dejaba en paz sus lindas piernitas y, mirando con envidia á sus compañeritos, lloraba y gritaba: ¡Yo quiero levantarme! ¡yo quiero levantarme!... ¡Yo quiero levantarme!...

— ¡Hola! — dijo "La brocha" — ¿Y porqué llora aquél?... los chicos habían vuelto á las suyas y escurriéndose por detrás de una glorieta se habían colocado otra vez cerca de *la brocha*. Uno de ellos respondió á la pregunta:

— Porqué está de penitencia.

— ¡Ustedes son los que debían estar allí! — exclamó "La brocha". Tú, grandote, que si yo soy tu madre ó tu padre, por Dios que te meto de cabeza en el balde de la cal.

— El *grandote* se retiró semi amoscado.

— ¡Ahora me va á pagar! — comenzó á decir despacito á sus compañeros y cogió la cuchara que el pobre "La brocha" creía perdida y que el rapaz había ocultado debajo de un ladrillo y comenzó á pasar rayas y rayas sobre la cal ya preparada... A poco apareció dibujado, un cuerpecillo y unas piernazas.. y unos piezotes!... ¡Arriba! ¡uf! ¡ahora al frente! La cabeza, la boina... ¡aquello era un retrato auténtico! ¿Aquel chico era un artista... de pacotilla?

Allá venía el pobre "La brocha" pronto para usar la cal... ¡A volar! aquellos traviesos muchachos se dispersaron como una bandada de gaviotas y la última de sus risas argentinas se ahogó de pronto tras una puerta que se cerraba con estrépito.

* * *

Amir había vuelto más triste que de costumbre. Doña Jova lo abrazó y parecía que su rostro sonreía sin *meditaciones*.

—¡Ah, si vieras!—dijo á su hijo—estoy fatigada de tanto reir pues no he podido contener la hilaridad.

— ¡De veras, mamá! — cuéntame eso...

Doña Jova llevó á su hijo al patio.

—¡Oh!—exclamó Amir al ver á "La brocha".

— ¿Qué clase de bicho tengo á la vista? interrogó ingénuamente y sin pensar más, acercóse al albañil, quien por su parte, miró al joven y volvió la vista, como si acabara de tropezar con alguna de sus familiaridades.

Amir le observó detenidamente.

— Señor — le dijo ¿es usted francés, italiano?...

"La brocha" permaneció mudo, como si no le hubiera oido.

— ¿Es usted francés? — repitió Amir con dulzura.

— ¿Francés yo? — No, señor, yo no soy francés pero he trabajado en Francia.

— ¿Posée usted, el idioma francés, pues? ¿lo entiende, al menos?... añadió Amir.

— ¡Ca! — no señor, si yo soy un bruto, soy tan bruto que apenas si aprendí á saludar.

— ¡Vamos! — murmuró Amir por lo bajo — ¡al menos es razonable! — Un coro de risas le interrumpió. "La brocha" volvió la cabeza y se tiró de la escalera en que estaba retrepado. Amir, llevado por la curiosidad miró hacia el patio vecino. — Una linda sirvientita morena, barría y barría con una escoba, las baldosas del pavimento. "La brocha" se le acercó hecho un chingolo:—Yo quiero decirla que no la barra — la dijo — que el polvo se pega á la pared. La linda sirviente no le hizo caso — ¿Oye ó no oye? ¿Comprende? ¿Comprende ó no comprende? siguió imperturbable " La brocha " con aire altanero.

— ¡Oigo! — pero altiva y desdeñosa la sirviente, continuó en su ocupación "La brocha" volvióse hacia Amir. — Yo le digo á la mochacha, que no barra — dijo — y la mochacha como está ahí de rosita, sigue barriendo. Muy bien que si yo le diera una... la mochacha no había de barrer más.

La sirvienta se puso roja de indignación. — Levantó el palo amenazando al atrevido y dando un portazo, desapareció por una puerta que acababa de ser blanqueada.

—¡Eso es! y "La brocha" dejó caer los brazos con desaliento — ¡Dale trompadas á la puerta, no más... ¡dale trompadas!...

Volvió á treparse á la escalera y cazó el pincel con la misma calma que si nada le hubiera hecho calentar la cabeza. Amir sintió un cosquilleo de risa: admiró la idignación de la sirviente y el atrevimiento del hombre y sin embargo, temió rematar la escena con el aplauso de una carcajada.

— ¿Esa señora que está allá es la madre de osté? — preguntó entonces "la brocha", ya muy cam-

pante, dirigiéndose á Amir y al parecer muy dispuesto á ejercer de preguntón.

Nadie le contestó. Amir, con los ojos dilatados, miraba con persistencia hacia una ventana, cuyas cortinas, descorridas un instante, le habían dejado entrever apenas la figura de una mujer.

Una criaturita de cuatro años, una niñita monísima, acercóse corriendo al joven.

Doña Jova, que comprendió la distracción de su hijo, contestó á "La brocha", que en efecto, aquel joven era hijo suyo, — ¡Ah! respondióle entonces el albañil — *Yo no lo sabía pero yo lo calculé.*

En tanto, la niña se dejaba acariciar por Amir.

— ¿Cómo te lamas? — la preguntó éste conmovido.

— Arasi — respondió la niña.

Amir se echó hacia atrás, sorprendido, confuso; quiso hablar; su corazón latió con violencia. La niña escabullóse de sus manos y echó á correr.

Amir estiró maquinalmente los brazos, y palideció extraordinariamente. Hizo un esfuerzo y volvióse; La cortina de la ventana dejó de moverse en suave temblor.

CAPÍTULO XII

De rodillas sobre el pavimento y pegando el rostro á los vidrios de la ventana, Arasi, la hermosa Arasi, apretando la cortina con mano convulsa, miraba ávidamente á su amado. Le miraba, con una sonrisa en los labios y una lágrima en los párpados. La ansiedad y el amor, se retrataban en la delicada expresión de su rostro bondadoso.

— ¡Ah! le amo, ¡le amo! — murmuró al ver al joven volverse y levantándose cayó en brazos de una joven de su misma edad que la besó dulcemente.

— ¡Todo se arreglará! — la dijo ésta con ternura.

— ¡Ah! — murmuró Arasí. Me importan un bledo las suposiciones de tus vecinas. ¿Que vengo á verle? ¿qué estoy loca por *el castellano?* — ¿Qué me inquietan las ocurrencias de esas despechadas, si, teniéndole á mi vista, me creo un instante libre de las desesperanzas que me martirizan?

— ¡Oh Arasi! — murmuró la otra joven, ¡Bien piensas! Generalmente somos esclavos de las conveniencias, de las trabas sociales!... En efecto; mis amigas de en frente han osado decir que tú, pues te han visto venir seis días seguidos...

— Y bien; continúa.

— Ya sabes querida Arasi, que yo te paso las locuras que he oído en boca de mis vecinas, únicamente porqué no las sepas por otros, y no sufras mayormente. Por otra parte podrías creer que mi amistad adolecía de cualquier...

Arasi se apresuró á contestar:

que son celos! — pero ¡qué necia soy! — añadió reponiéndose — ¡si jamás he amado! — porque la mujer que bien ama, tiene necesariamente que odiar á una rival ¿no es así, Arasi?

— Pues entonces yo le amo bien, porque... ya ves, estoy celosa y siento odio, ¡sí! odio por la coqueta de enfrente. ¡Perdóname otra vez! — escucha... dime.. — Arasi estaba encarnada como una flor de púrpura. Dime — añadió tomando la mano de Luisa — ¿le has visto detenerse para contemplarla?...
Dime — añadió tomando la mano de Luisa — ¿le has visto detenerse para contemplarla?...

Luisa estrechó entre sus brazos, á su amiga. — Ah! dijo — ahora comprendo que los celos son una enfermedad.

— Luisa — dijo Arasi — si me olvida, yo muero. Contéstame. ¡Cómo — continuó — cómo he de convencerme de que, á pesar de todo, me ama aún! ¡no! yo no odio á nadie, Luisa, pero si *ella* me roba á Amir, si me envia á la muerte...

— ¡Oh! ¿entonces quiere decir que el amor es muerte también? Válgame Dios; yo no he de amar jamás. No, Arasi buena; no se ha detenido para mirarla y lo más fácil es que ni se haya fijado en ella, pues, pensativo y triste como es, jamás mira á derecha é izquierda. Parece seriamente preocupado.

— ¿Preocupado, dices? ¿pensativo, triste?

— Si, tal; así lo he visto siempre.

— ¡Mi Dios! ¡si fuera cierto!...

— ¿Qué?

— Nada.

— ¿Secretillos para mi? ¡mala!

— No, Luisa, no; ya estoy otra vez triste; creí un instante que quizá yo fuese la causa de esa tristeza

que manifiestas haber notado en él pero recuerdo que cuando me decía que me amaba, solía repetirme que era muy desgraciado. ¡Desgraciado, cuando yo le amaba tanto! Estoy convencida, querida Luisa; mi amor no le satisface. ¡No me ama! ¡no me ama nada! ¡Yo espero vanamente!

— ¿Y cómo interpretas, pues, su emoción cuando mi hermanita le dijo cómo se llamaba y pronunció tu nombre?

— ¡Ay Luisa! de todo dudo ya; quizá el remordimiento...

—¿Remordimiento dices?—entonçes la emoción se hubiera hecho ostensible con autocráticas expresiones y él palideció, brillaron sus ojos y al ver huir á la niña, le tendió los brazos... sin darse clara cuenta de lo que hacía ¿no te fijaste?

— Eres una santa, Luisa; tus palabras me consuelan. Pero dudo ¡ay! ¡pobre de mí!

— ¿Volverás mañana Arasí?...

— No sé, mi Luisa; ayer no vine, llovía... Y el día anterior te había dicho: — Hasta mañana ¡Creencia absurda! — hasta mañana... Y debí añadir: ¡siDios quiere! Yo creo en Dios, Luisa y *Él* me ha dado una lección. Jamás se hará lo que los hombres quieran, sino lo que Dios mande. Sonrió Arasi; sin duda encontró alguna gracia en sus mismas palabras.

Si Dios quiere, pues, Luisa añadió después, volveré mañana, á verle... ¡aunque sea un segundo! — Pero que no me vea él *Dios mio!*... ¡que no me vea!

— ¡Ah! dijo Luisa de improviso como queriendo alegrar á su amiga. ¡Si la de enfrente hubiera oído cuando yo la llamaba negrita!...

Rió fuertemente y Arasi quiso secundarla. Sus francas carcajadas se unieron; desfalleció la de Luisa y la de Arasi siguió más retozona...

Retozona y vibrante, aquella risa no era natural, hacía daño y á impulsos de ella brotaban lágrimas de los ojos de la desgraciada niña.

Luisa se asustó. ¿Qué tienes? — la dijo — ¡Que risa nerviosa! Arasi, ¿que tienes?

— Déjame... murmuró Arasi con voz apagada y dulce, y rompió á llorar.

CAPÍTULO XIII

— ¿Sabes, mamá, que ha llegado á Artigas el ejército del general A...,? preguntó Amir á su madre.

— ¡Es posible! ¿y qué ha venido á hacer ahí?

— ¡Ah! eso son gajos de la guerra.

— ¡Mi Dios! ¿cuando acabará?

— Es fácil que no dure mucho.

— Dios te oiga.

— Artigas está hecho... una delicia, según expresión de los que por allí pululan.

— Ambigüedad... frase compleja.

— Mamá, explícate ¿que quieres decir?

— Delicia para unos, pesadilla para otros. Como si se dijera: para unos, paraíso; para otros, infierno.

— Eso es un exclusivismo de las guerras civiles.

— ¡Qué pena! — Fuera tan bello de otro modo, nuestro país! ¡Pícaros orientales!

— Qué diantre... Después de todo, las guerras son una necesidad — dijo Amir.

— Una necesidad del exterminio, eso si y doña Jova continuó:

Jamás me detengo á pensar por qué causa se producen *las guerras civiles;* en estos casos, sufro con todas las madres pero día á día siento mayor repugnancia hacia *ellas,* y ¡Dios mío! si siguen ustedes siendo tan afectos á guerrear, oh! nosotras, pobres madres, aconsejaremos á las jóvenes esposas... ¡Sí! no me avergüenza decir lo que siente mi alma: — quizás nos veremos en el caso de darles, llorando,

el consejo de que vayan á dar cuna á sus hijos, allá, en países más dueños de si mismos, en países más tranquilos. ¡La mujer uruguaya siente la fibra de un patriotismo muy noble, muy grande!

Si lucharais contra un extranjero invasor, ella os daría toda su abnegación, toda su alma, pero luchando *entre vosotros* luchando unos con otros, os da... un desprecio oculto por el sentimiento piadoso de veros marchar; el sentimiento inmenso de veros alejar... quizá para siempre! Porque... ¿quien puede decir á nuestro corazón que no padezca? ¿quien puede decirle que no estalle de dolor? ¡Ah! vosotros que no pareceis comprender que es una vergüenza que el país esté en guerra todos los días, debierais saber lo que es el corazón de una madre!...

Amir escuchó con sorpresa estas palabras — ¡Ah! me estás ofendiendo, dijo.

— Querido oriental — murmuró doña Jova — no te ofendo; te digo la verdad y te hablo al alma. Y continuó:

¿O es que la idea de la verdad está tan oculta, que causa sonrojos hasta al ser revelada por una mujer uruguaya? — Dejad que nosotras también pensemos, permitid que nosotras también veamos claramente las cosas y doña Jova alzó el rostro.

— Bien, sufrid, madres buenas pudo murmurar apenas, Amir, que estaba muy pálido. Pero, dime mamá: si todas las madres pensaran como tú, la patria...

Doña Jova lo interrumpió:

— Estaría siempre tranquila. Pero ¿acaso son las madres las que tienen que dilucidar este asunto, en el terreno en que tú lo has traído?

Ya vés: ¿Te dije yo: anda, hijo, á sostener con

tu brazo, tus ideas? — No precisó que te dijera "si" ni, "no". Allá te fuiste sin permiso, picarón. Doña Jova siguió hablando dulcemente. A Amir le agradó el acento y prosiguió en el mismo tono:

—Tienes razón, mamá querida, tienes razón. ¡Ah, hijos desconsiderados, rebeldes, recalcitrantes!

— ¡Injustos, desatentos, malos, ingratos! sostuvo doña Jova.

— ¡Cuántos epítetos que resultan santos al ser pronunciados por tu boca!... ¡Madre! ó lo que es lo mismo ¡patria!

— ¿Patria, dices?—Es muy grande el corazón de una patria; es tan grande como el corazón de todas las madres juntas y, ya sabes lo que ama una madre sola. Y añadió:

— Si es tan grande esa patria ¿por qué se desafían por ella, si todos tienen un asilo que les pertenece de derecho, si todos son hijos ¡si todos son hermanos!...

— ¡Ah! — murmuró Amir — ¡imposible! — no hay conformidad, *individualmente* hablando.

— ¡Necia propensión la de los hombres! Descollar, rompiendo sin conciencia los obstáculos; la cúspide, sin detenerse en los tramos que amasa inconsciente la medianía.

— ¡Esa es la ley del destino!

— ¡No! esa es la ley de los hombres.

— Lo que es lo mismo.

— ¿Lo mismo? — ¡Sarcástica unidad! Los hombres y el destino; el destino y los hombres.

— Mamá — murmuró Amir — huyamos de este laberinto de filosofía inquietante.

— ¿Temes extraviarte en tus conjeturas?

— Temo darte la razón, y me resisto á dártela.

— Resistencia mezquina.

— Que no sostiene la lógica, si tú quieres, pero si el ideal universal.

— ¡¡El ideal universal!!

Amir se aproximó á su madre y estampó su mano en la bella boca que reía y ya iba á replicar.

— Tu razón y mi razón, tu idea y mi idea, tu creencia y mi creencia, viven la verdad que se combate frente á frente en los campos de la acción — dijo.

— ¡Sea! — lógica, contra lógica, pero lógica sana, contra lógica caduca.

— ¡Estará escrito! asi como no hermanamos, nuestras ideas no se hermanarán jamás esas dos lógicas que se combaten á porfía...

— ¡El destino lo quiere! ¡Triste realidad!

— ¡O lo quieren los hombres! — y cogidos del brazo, madre é hijo, encantados de la dulce serenidad de la tarde que fenecía, salieron al patio.

No tardó doña Jova en dejar á su hijo para atender ciertas ocupaciones caseras; Amir quedó solo y dió en pasear con calma de acá para allá, como un soñador.

Ilusionado por la magía de la luna, qué, sin cendal de nubes pasajeras, iluminaba con reflejos de candores, la tierra tranquila, Amir salió á la calle.

Pasó por fuera, la llave de la puerta y dió un paso en la acera.

De improviso se detuvo y echóse instintivamente hacia atrás.

Una mujer joven, del brazo de un hombre joven también, salían de la casa vecina, caminando rápidamente. La mujer volvióse al tiempo que Amir aparecía en la acera.

En la vereda de enfrente, la vecinita coqueta, sosteniendo sus manos en los hierros del balcón se balanceaba gentilmente.

— ¡Que veo! — murmuró Amir. ¡Es élla!...

— ¡Ella! repitió. ¿Con su padre? — no. ¿Con su esposo?... ¡no! — ¿casada? — ¿casada élla? ¿Casada con otro?...

Y sin darse cuenta Amir dió unos pasos en seguimiento de la pareja, aunqué no — esto lo digo en honor de Amir — con aires de conquistador burlado.

Una carcajada, llena de ironía resonó en su corazón como una bofetada. Amir clavó su vista en la vecina de enfrente, y como si jamás la hubiera visto, se dijo desesperado:

— Ríe, descocada ¿quién eres tú, que asi te burlas de mi desgracia?

Amir acababa de sufrir un choque fortísimo y un choque nuevo batió á rebato, á éste con la velocidad de un relámpago,

— ¡El doctor! — murmuró—¡César, su hermano! — Arasi y César... ¡aquí! ¡á mi lado!

¿Es esto un sueño? — Y Amir, confuso y desalentado, echó á andar por la acera, con el sombrero en la mano, pálido, agitado, y sin percatarse de que la vecina de enfrente lo comía con los ojos y á la vez, maligna y despechada, repetía en voz alta palabras bien incorrectas para ser pronunciadas por unos labios femeninos.

Una carcajada más antipática que la primera, desgarró los oídos de Amir.

Volvióse para observar... ¡Y vió á la señora vecina con las manos unidas, á la altura del rostro, en apéndice de la nariz!

Amír enrojeció de cólera.

Pero la sorpresa recibida de improviso, superaba á la indignación.

— ¡Oh esta intrusa! — murmuró asimismo y añadió.

— Pero ella, ella, la que tanto amo, ella que me ha visto, ella que me ha reconocido, ¿qué hacía? ¿por qué huyó?

— Huir ¡necio de mí! no he huído yo, de ella, primero?

— Y ¡oh, si Amir hubiera podido soñarlo!

— Arasi en ahogados sollozos convulsivos, confesaba á César, que Amir, mientras ella se alejaba, flirteaba alegremente con la vecina de enfrente.

— ¡César! — añadía desconsolada — ¡me ha olvidado, en tanto que yo lo amo más de día en día!

— Hermanita — murmuraba el joven doctor, en extremo condescendiente. — ¿Tú, joven y bella, sufrir de ese modo por un amor? Jóvenes distinguidos no te faltarán...

— No se trata de distinciones; para mí es él el más distinguido, porque es el más noble y además es el único á quien amo y amaré toda mi vida.

En tanto, Amir, furioso consigo mismo, con la vecina de enfrente, y, con todo el mundo, volvió á entrar á su casa y se vió encerrado en el estrecho zaguán.

— ¡Es menester que esto acabe! — murmuró — la amo con toda mi alma y por un exceso de delicadeza me aparto de su camino y la dejo á merced de un nuevo amor. ¡Ah! ¡¡que miserable fuera el que me la arrebatara! ¡Miserable fuera ella si me olvidara!

— ¡Pero no vé!... y el joven se mesaba con rabia los cabellos. ¡Yo estoy loco! y añadió:

Siento á veces una conformidad alentadora y con calma em someto á esta ausencia combinada; pero me acomete de improviso tal deseo de verla, tal deseo de amarla, de tenerla para mí solo, que no soy dueño de mi y quisiera tener alas para volar á su lado. Hace más de medio año que no la veo y Amir se dijo aún:

¡No! — es menester que yo la hable ¡es necesario que de nuevo la diga qeu la adoro, pues esta misma ausencia, aumenta mi cariño y cada día la amo más y más! — Y Amir, para refrescar su frente abrasada, salió de nuevo al patio.

¡Benditas noches de luna! — ¡poesía sublime!

En ausencia del terrible, "La brocha" los traviesos pebetes de la casa vecina, trepábanse sin pena sobre los ladrillos y la cal amasada. Ahora podían jugar á sus anchas. — ¿No valía su hermoso regocijo mucho más que los gritos que daría al día siguiente el soberbio "la brocha"?

Amir, desconsolado, miró con enternecimiento á los chicos; un deseo vehemente llevólo casi inconscientemente hacia las criaturas.

— Queridos — murmuró con dulzura ¿quieren venir á hacerme compañía? estoy solo y ustedes podrán distraerme.

¡Ah! respondieron en coro los chicos. "La brocha" nos dijo ayer, que él es más malo que un tigre y por eso, solo nos divertimos ahora cuando ya se ha marchado. — Así, empezó Amir, trabando amistad con los niños, con ánimo de conseguir luego su propósito, esto es: hablar de Arasi.

— ¿Ustedes todos son hermanos? — preguntóles entonces.

— Todos somos hermanos de Luisa y de María Ina.

—¿Quienes son Luisa y María Ina?

— Pues Luisa es la que nos viste todas las mañanas y nos besa cuando nos portamos bien ó nos pone de penitencia encima del banco, si nos portamos mal. como estaba aquél el otro día.

—¿Y María Ina?

—María Ina es una chicuela. del alto de este borrego.

— ¿Y Arasi? — preguntó Amir, palpitante.

— ¡Ah! ¿Arasi, la prima?...

— Una nena, murmuró Amir — una nena tan pequeña como María Ina.

— Pues no conocemos á la tal Arasi pequeña; no hay otra Arasi que la prima.

— ¿Prima tuya?

—Mía y de todos y de Luisa también.

—Y—murmuró Amir anhelante—y... ¿viene seguido á verlos, la prima...?

—¡Ya lo creo!—todos los días; es muy buena, lástima que no es alegre, pues á nosotros no nos gusta la gente triste.

—¿Y por qué es triste, la prima?

—Sin duda porque es muy llorona. Yo no sé, pero éstos dicen que la han visto llorar y por eso, Luisa nos manda al patio y se encierra allí con Arasi.

—¿Allí, trás aquella ventana?

—Sí, allí mismo; pero nosotros lo queremos más á César, que es médico.

—No señor—gritó uno que parecía una espiga de maíz blanco. — Yo la quiero más á Arasi. — Amir no pudo pasar sin dar un gran beso al simpático niño.

—¿Y usted también es médico?—preguntó á Amir uno de los chicuelos.

— ¿Yo, queridito? — respondió el joven. No; no soy médico. Yo soy... — Mira, escucha — añadió, en voz baja. — Díle á Luisa... ¿no lo olvidarás?

— ¡No! — dijo el chico resueltamente.

— Dile á Luisa que soy muy desgraciado—y, sofocado y con el rostro encendido de rubor, Amir se alejó lentamente del *círculo minúsculo*.

CAPÍTULO XIV

Hacía mucho tiempo que doña Jova no veia á su joven hijo tan hermoso y tan contento. Parecía otro. El joven habló dulcemente:

Es preciso que tengamos más calma ¿no lo crees tú, mamá?—Yo no sé á ciencia cierta lo que me pasa, pero garantizo que tengo un hormiguero por todo el cuerpo.

— Yo sé lo que tienes respondió sonriendo doña Jova.

— ¿Tú?—no lo creo.

— Te digo que lo sé. Amir; pero hablemos antes de aquellos tiempos que ya no volverán. ¿Recuerdas una mañana muy preciosa, tú tenías catorce años y, ajenos á los golpes de la suerte, formábamos mil proyectos para el porvenir?

— Yo hablaba en ser ingeniero y... ¡esos sí que eran castillos en el aire!—y el joven sonrió.

Doña Jova se secó una lagrimita.

— No—dijo Amir,—no quiero llantos, mamá, y dando á su conversación un giro que doña Jova no presentía ni remotamente, dijo: ¿sabes quién ha ido á verme al despacho de mi superior? — ¡Te asombrarás!

— ¿Quién?

— César.

— ¡César!.... ¡el hijo de Gonçalves!

— El hermano de Arasi.

— ¿Y qué te ha dicho?

— Me ha invitado para ir á la estanzuela.

— ¡A la estanzuela!... pero... ¿y aceptaste?

— Acepté; ¿qué otra cosa iba á hacer?

— ¿Y qué tal joven es César?... preguntó doña Jova deponiendo su admiración.

— ¿César? — ¡es encantador! Pero me veo en un compromiso y á la vez, el caso que se me presenta es grave.

— ¿Sí? — ¿Y cómo puede ser eso?

— Ya sabes que... En fin, — añadió Amir no sin cierto rubor, — lo que le dije al chico travieso para que le dijera á su hermana Luisa. Pues, el caso es que el chico me ha traído esta contestación verbal: — " Dice ella que, si usted acepta la invitación de César, Arasi no parecerá".

— ¡Ah, Amir!...

— En mi concepto, esta contestación ha sido dictada por Arasi en persona y quiere decir: — " No vaya á la estanzuela ó lo que es lo misimo, no acepte la invitación ".

— ¿Y eso no te ofende, pobre hijo?...

— Quizá sí, quizá no. Y... no considero tanto la ofensa como... la negación de toda amistad que pueda existir entre ella y yo. Fácil será que me haya olvidado y que no quiera verme más.

— Eres un agorero.

— Me allano únicamente á la realidad. Ella tiene sobrada razón para odiarme.

— La realidad es bien enigmática; ella no te da autoridad para que así pienses.

— El enigma se ha descorrido, en presencia de esa especie de advertencia, ¡Oh mamá!...

— Arasi es muy sensible, muy adorable, pero muy orgullosa. Si se deja llevar por su altivez se mostrará indiferente contigo, aunque te ame.

La pobrecita tiene clavada en el alma la espina de tu desvío. Y cuesta mucho quitar esas espinas del amor propio.

La mas buena se revela y luego, adorando, desprecia. Es soberbio el desprecio de una mujer buena que ha sido ofendida. Como no tienen fuerzas para odiar, desprecian enormemente con un aire regio, ¡son las soberanas del amor! Y olvidan, despreciando ¡Divino orgullo tranquilo que mantiene libre la dignidad!

—¡Ah! altiva ella, altivo yo... mamá ¿qué crees que sucederá luego? preguntó Amir con tristeza.

—Sucederá... que apartados los dos seguirán por una senda extraviada...

—Hasta que se rompa uno de nuestros dos corazones.

— Calla, hijo — ¿pero olvidas la invitación del joven médico? ¿que piensas hacer? Amir titubeó un instante y luego dijo:

—Inventaré un pretexto... —Irme á la casa blanca, por ejemplo ¿no te parece?

—No; es preciso que aceptes el ofrecimiento de César.

—¿Para no ver á Arasí?

—Aunque no la veas.

—¿No significará esa decisión, una rebelión directa contra ella?

—No la tomará de ese modo, ó sabrá perdonar. y doña Jova añadió... ¡aunqué sea esta vez!

—¡Oh, madre buena! —esto sí que se llama sufrir el calvario. Amando á una mujer y siendo amado, quizá, por ella, sólo tengo el sufrimiento. Una prima que pudiera servirnos de intermediaria, es discreta al punto de que no la he visto jamás;

y, para término de males, una vecinita á quien sólo una vez creo haber mirado, por poco si me ha tomado para el patronato. ¡Ya puedo vanagloriarme!...

— La voluntad allana todos los obstáculos, Amir. contestó doña Jova un tanto resentida. Y continuó:

¡Muy bien por Arasi y su prima pero, en cuanto á la vecinita ya es otra cosa. Voy á poner á la sirviente de centinela, para que le saque la lengua cuando la vea reir! ¡Tú veras!

— ¡Esto si que está bueno! — dijo Amir soltando una carcajada. — Eso sería darse por entendido de la ofensa. Lo mejor, es dejarla entretenerse con sus burlas; — cuando se vea desdeñada, ya cesará de plano, mamá.

— Pobrecita — continuó diciendo el joven, jocosamente, — la risa es su alimento, la burla, su juguete. ¡Dios mío! privarla á ella de provocar á sus títeres andantes, sería lo mismo que privarte á tí de mi cariño ó á mí de mi madre. Mira — continuó, llevando á doña Jova, hacia la ventana. Ha sentido los pasos de esas señoras que cruzan. — ¿La ves? — ha dejado la labor y corre al balcón. Llama á sus hermanas. "Vengan ligerito á presenciar un lindo espectáculo" la grita con voz de risa ¿oyes? Todas corren y se apiñan trás la cortina. Ahora se ríen. ¡Vaya cualquiera á adivinar porque se ríen las pobrecillas! — Sin duda porque las paseantes desconocidas, no se remangan la falda á la última moda ó porque una mecha de cabello se les ha desarreglado con el viento. ¡Infelices!

— Quien las vé — murmuró doña Jova que no se conformaba — ¡por lindos tipos que son! — ¡Unas mamarrachas!

Amir, dulcemente y haciendo á su madre mil cari-

cias, la dijo: — Es innegable, mamita mía, á tu pobre hijo lo han tomado por un tanto — y rió fuertemente.

Pues no señor — dijo doña Jova — yo no puedo sufrir que esa simple se ría de tí, ¿por qué se ríe? ¿en que se fija ella?... ¿que le causa hilaridad? Esto es un atrevimiento que yo no estoy dispuesta ni quiero perdonar.

— Pero mamá — Amir tomó un aire de cómico pagado — no te enojes con tu futura nuera; — si Arasi ya no me quiere, yo me casaré con *esa*.

— ¿Con una mujer habladora y descocada? —

— ¡Nunca! dijo doña Jova — ¿lo oyes? ¡nunca!

— ¡Ah si! — respondió Amir y se puso muy serio ¡nunca mamá! después se echó á reir otra vez.

CAPÍTULO XV

Bella amaneció la mañana; era un domingo.—Un caballo enjaezado, esperaba á Amir á la puerta de su casa. ¡Quedaba el joven, tan guapo, á caballo!... Con razón estaba doña Jova tan orgullosa de su hijo. Amir montó, saludó con la mano á su madre é hizo un profundísimo saludo á la *vecinita* que esta vez no reía y miraba al joven boqui-abierta, diciéndose como siempre: "¡Que lindos son en verdad, estos castellanos! Pero ¿por qué me saluda si me he reído de él en su cara? Sintió que su semblante enrojecía. Me desprecia, no me hace caso" — se dijo apenas, con un mohín de despecho.

Ciertamente — pensó entristecida — he sido una tonta. — Si Enrique, supiera esto, se enojara... ¡Miren que me ha dicho veces que no me burle de nadie! ¡Si adivinara que él mismo ha sido blanco de mi cháchara!... Soltó contenida carcajada, y suspiró... Luego monologó mas bajo: — Hubiera querido dar celos á Enrique con este apuesto castellano. Pero no hay duda de que este Amir es un altanero ó un despreocupado. ¡No me importa! continuó — no se ha fijado en mi pero tampoco le hace caso á Arasí que se muere por él. ¡Si será necia y pretensiosa Arasí! — Antes de fijarse en ella me mirará á mi ¡ya lo creo! Esto no precisa que me lo diga nadie, por qué yo lo sé muy bien.

Amir, admirado de no llevar esta vez, monos, para la vecina, siguió calle arriba, muy campante y satisfecho de sí mismo, pero bastante intranquilo,

por lo que se refería á Arasí. — No la veré — murmuraba — ¡ ahora sí que la hago buena ! siempre he de andar al revés. ¡ Ah ! ¡ si ella supiera, si adivinara lo que he sufrido, si comprendiera la grandeza de mi sacrificio !... Y no obstante—añadió el joven tristemente—quizá la franqueza, la sinceridad libre me habrían salvado.

Una lágrima rodó furtiva por la mejilla del noble doncel.

En lo alto de una cuesta apareció César que había salido á alcanzarlo; ambos se saludaron como antiguos camaradas y entablaron una conversación muy entretenida.

A medida que se aproximaban, Amir sentía con mayor intensidad, algo así, como si le hicieran cosquillas en el estómago.

Le acometía una tos tan poco elegante, que el joven apretaba los labios y se tiraba nerviosamente el bigote.

Soy un camueso — se decía—¿ apuesto á que tengo miedo de Arasi ? ¡ Caramba ! — si en este momento la viera sufriría un ataque al cerebro. Mientras Amir hablando con César no pensaba más que en él y en Arasi, César, escuchándolo, admiraba las cualidades que creía adivinar en el joven uruguayo.

El susto de Amir tenía que acabar de mal en peor.

—La estanzuela, el señor Gonçalves, doña Delia el negrito matador del carpintero ¡ todo el mundo menos Arasi !

El joven suspiró otra vez. Cumple su promesa — se dijo — yo cumplo la mía. Al mismo tiempo el señor Gonçalves repetia :—¡ Tanto tiempo ! ¡ tanto tiempo !

Aquello fué una verdadera demostración de cariño,

por parte de tan buenos amigos y Amir estaba encantado. César lo cogió del brazo y lo llevó por toda la casa.

— Amir creía caminar sobre alfileres. Me estará observando — se decía con el pensamiento puesto siempre en Arasi — si me mira de frente, estoy listo; pero de perfil ¡diantre! Creo que este señor Gonçalves da cada abrazo que le enmaraña á uno el cabello y por poco si lo despechuga, ¡estoy lucido si hago ante ella, un papel desairado!

— Desde hace unos días — exclamó César — pasamos entretenidísimos con nuestra prima Luisa y su hermanita María Ina.

— ¿Han venido, acá... temporalmente? — murmuró Amir, palideciendo.

— Sí. ¿Conoces á Luisa?

— No la conozco — respondió Amir.

— Es una criatura deliciosa, buena, amable y lindísima. A todo esto, traspusieron la verja y salieron al campo. A unas cuadras de la casa, se veía un lindo bosquecillo, donde las desaliñadas ramas de los sauces, caían, hasta tocar la alta yerba del malvavisco. — Te presentaré á Luisa — murmuró César picaréscamente. — ¿Dónde? — y Amir sintió un vuelco en el corazón. — ¡Allí! — respondió César imponiéndole silencio con una seña cariñosa. Chitón — añadió. Desde esta mañana huyen de mí, pero sé que ahí han elegido su guarida; me lo ha descubierto en secreto María Ina.

Rió César, mientras Amir quería resistirse, como temeroso. Cogidos siempre del brazo, el hermano de Arasi hacía el menor ruído con sus pisadas y Amir trató de imitarlo.

Alzó César, con la mano, unas ramas que les obs-

truían el paso. — ¡Mira! murmuró el joven doctor en voz baja, empujando á Amir que se había quedade más lejos y que no osaba penetrar con la mirada lo que le señalaba su joven amigo.

— ¡Mira! — repitió otra vez César, riendo, y como imponiéndose. Amir lo obedeció entonces.

Trepada á un tronco gruesísimo, sostenido el gracioso cuerpo sobre una rama y grabando una letra en un gajo más delgado, una joven encantadora, hablaba en voz baja y con una dulce sonrisa en los labios: — era Luisa.

Tendida sobre la hierba, con los ojos cerrados, pero con la boca abierta porque también reía, Arasi la escuchaba... Su risa, era, sin embargo, muy triste.

— Es incierto—decía Luisa—César no te ha dicho eso — y mientras pasaba una vez más la acerada hoja por la corteza ya semi grabada. — No — repetía — César no te ha dicho eso. César...

— ¿César?... dijo una voz alegre y acariciadora — César os coge en flagrante delito de murmuración y una risa comunicativa brotó fresca y cadenciosa.

— Levantó el joven doctor los grandes gajos del sauce y apareciose de cuerpo entero, tirando de Amir, que no osaba levantar la vista y estaba mortalmente pálido. Luisa, roja y confusa dejóse caer del tronco, ligera, é inclinóse sobre Arasi para ayudarla á incorporarse. Dirigió ésta una mirada opaca á su hermano. Sus mejillas aparecieron rosadas y pálidas, simultáneamente. Alzó la cabeza, con altivez, y, un signo de reproche se dibujó en sus labios de fresa.

— Pidan perdón — decía César — pícara Luisa

¿hablabas de mí? ¿ y mal? — La joven se sentía avergonzada. — Ven acá, Amir, añadió César ¿Es tan linda como te dije? — y señaló á su prima. — Es bellísima — respondió Amir, trémulo y miró á Arasi. ¡Ah! pensó — y Arasi es divina, pero me desprecia!... En el rostro del pobre joven se retrató un sufrimiento muy hondo. ¡Ah! ¡destino! ¡destino! Arasi con la mirada altiva y desdeñosa estrechaba convulsivamente la mano de Luisa.

— ¡Oh! — murmuró César, aproximándose á las dos jóvenes con su oficiosidad de médico. Las hemos asustado; ahora somos nosotros los que pedimos perdón.

— A ambas recetaría un paseito — añadió con risa afectada.

— ¿Cuándo? — preguntó Luisa, diligente.

— Ahora, ya, sobre la marcha.

— ¡No puedo! — susurró Arasi ¡estoy cansada!...

— Pues apóyate en mí — murmuró César poniendo la mano de su hermana sobre su brazo.

Amir y Luisa les siguieron á corta distancia.

— Luisa estaba encarnada; Amir pálido como un muerto. Arasi alternaba entre el subido carmín y el marmóreo más intenso.

— ¡Hermana! — la decía César — ¿qué te pasa? ¿No le tienes ahí?

— Nunca—murmuró la joven—nunca consentiré que por tu mediación venga á profesarme afecto ó cariño. No ha venido espontáneamente, espoleado por el amor que siente por mí; la lástima se adivina en su semblante; tiene pena de verme enferma, es sólo conmiseración lo que leo en su mirada!... ¡Haberlo traído aquí!... — Muy mal has hecho, César y si no te quisera tanto no te lo perdonara continuó la joven tristemente.

— Pero, hija mía; ese joven te ama, sostuvo César.

— ¿Te lo dijo? preguntó Arasi con un destello de esperanza.

— César mentía y... — Sí — respondió — Arasi se rebeló. — ¡Me ama y abandonóme cuando yo le había entregado mi corazón! — ¡me ama y jamás ha hecho una tentativa para verme. ¡Eso es un absurdo, eso es una aberración!... exclamó con extravío.

— Eres muy niña — murmuró César — muy niña para saber los misterios que puede encerrar un corazón. ¿Crees tú que yo no amo? — Pues jamás se lo he confesado á la que es ya, dueña de mi voluntad y no obstante, quizá me ama ella también. Sufro yo ¿sufre ella? — El caso es que me acomodo á esta situación, porque me gusta, me place mirarla y que me mire, sin que nuestros corazones hablen de otro modo que con los ojos. Amo el amor platónico ¡qué quieres! cada cual con sus gustos. ¿Y quién afirma que Amir no tiene gustos más inútiles que los míos? Bástete saber que Amir te ama; sé con él, amable; si te jura amores, créelo, Amir es un joven de carácter y no un charlatán, un imbécil, un necio pretensioso. César se detuvo y Amir y Luisa llegaron junto á ellos. Arasi hizo un esfuerzo para sonreir; Amir estaba silencioso y Luisa y César hablaron alegremente. A hurtadillas, miraba Amir á Arasi. Una tristeza infinita bañaba su corazón. ¿Era aquella su Arasi, su cariñosa Arasi?

— ¡Arasi! — murmuró el joven caminando á su lado. Un instante parpadeó temblorosa la joven; pero no alzó la mirada.

—¡Ah! — dijo Amir con desconsuelo y dolor. — Mírame... pero Amir casi no se atrevía á tutear á la joven.

Arasi ni siquiera le respondió, grave y desdeñosa,

— ¡Arasi, mírame!... repitió de nuevo Amir, con amargura y con la voz temblorosa de ternura y sentimiento.

Permaneció otra vez Arasi en mudo silencio.

— ¡Perdóname! — repitió Amir — te he amado siempre. ¡Y ni una mirada tienes para mí!... ¡qué indigno debes considerarme! — ¡Oiga yo tu voz Arasi... divina mía!... ¡Oh! ¡No soy culpable!

— El mutismo de Arasi era absoluto. Alzó Amir el rostro; César lo estaba observando y ambos se comprendieron. Amir no podía ocultar su dolor y su pesar inmensos.

César, diligente y bueno, tomó á Amir del brazo y se interpuso discretamente entre su hermana y el joven.

Luisa, única confidente de su prima y dueña del secreto de aquellos amores; conocedora además del carácter altivo de Arasí y adivinando en el joven uruguayo, un carácter igual, se consumía de impaciencia, comprendiendo el papel delicado que asumía César. Y luego, presintiendo una ruptura definitiva temblaba por Arasi, á quien reconocía apasionadamente enamorada del gentil castellano.

— ¡Ah prima! — la decía momentos después — reflexiona... ¡piensa lo que haces!

— Ya lo he pensado demasiado — respondió Arasi con desprecio. Lo amo... pero no lo quiero. No sé si sabrás comprenderme.

— Es que ni siquiera hay manera de comprenderte respondió Luisa palideciendo. ¡Lo amas, pero no lo quieres...!

— No importa — y Arasí movió lentamente la cabeza. ¡yo me comprendo sola!

— En ese caso, eres muy desgraciada, Arasi. ¿Verdad que sufres mucho? — ... y Luisa tembló emocionada.

— ¿Sufrir?... y vagó errante la mirada de Arasi. ¿Sufrir?... repitió: ¿y por qué?...

— ¡Pobrecito! — dijo Luisa con inflexiones de ternura. Él sufre también. Y añadió: — Y si él te ama y le amas tú ¿qué significa esta pantomima?... — porque no es otra cosa que una pantomima.

— ¡Ah! No, no, Luisa, dijo Arasí dolorosamente. Tengo un dardo clavado muy hondo y ese dardo me hiere hoy, como no lo he sentido jamás... Lo amo, pero... ¿y antes?... ¡Oh! es un recuerdo que alza mi amor propio y lo convierte en valla inexpugnable entre él y yo. Imposible será que pueda en adelante fiarme de su palabra. Además ama á otra ¡es un charlatán! ¡un embustero! Los labios de Arasi temblaron como arrepentidos de calificar tan desdeñosamente al ser amado. — ¡Ah Luisa, Luisa! — continuó ¡Luisa!... y se mordió los labios para contener las lágrimas.

— ¡Dios mio! — y la adorable Luisa, suspiró lentamente. — Tú me desesperas, Arasí, ¿qué puedo hacer por tí?

— Yo le quiero — añadió Arasí en un arranque de pasión que la llevaría á la más íntima confidencia. — Pero ya no puedo mirarlo frente á frente ¡es que no quiero mirarlo! — ¡Después, ya estoy hermanada con el sufrimiento! Mi dignidad me veda cualquier demostración. Y además... ¡oh! además le he visto "flirtear" con la otra, tu vecina, además... ¡oh, no, imposible! — ¡Entre él y yo se levanta un espectro que no morirá nunca!...

Luisa guardó silencio; Arasí estaba engañada ó Amir era un impostor.

— ¡Si! continuó Arasi — y antes se apartó de mí diciéndome que lo olvidara!... ¡Que no quería hacerme desgraciada, que su porvenir era muy incierto!... — "Arasi — me hubiese dicho — soy pobre ¿quieres compartir conmigo esa pobreza?—Y yo sólo habría tenido para él esta contestación: — Te quiero por lo que eres y no por lo que tienes.—Te quiero á ti sólo, quiero á tu alma. No te amo por lo que posées, sino por lo que vales.

—Luisa no se sorprendió del lenguaje de su prima.

—Asi mismo—dijo sonriente y graciosa—no olvides que no estamos en aquellos tiempos románticos en que los amantes se repetían: — "Contigo pan y agua"—¡Oh niña, niña! continuó la angelical criatura — vive la verdadera vida; no sueñes. Amir ha dado pruebas de ser un pundonoroso caballero.

— ¡Ah! murmuró la desgraciada Arasi ¡es tarde! el pesimismo embota la suavidad generosa de mi corazón...

—¡Tarde, no! repitió Luisa aterrada. Destierra ese pesimismo odioso; — no seas escéptica, no dudes. ¡Crée! Creer, es vivir verdaderamente.

Sonrió tristísimamente Arasí y Luisa se estremeció con mayor dolor.

CAPÍTULO XVI

Siempre viene un nuevo día...

Amir parecía de nuevo el muchacho de catorce años cuando corría montado en " Ninón " con el sombero en la nuca y las mejillas encendidas. Con los ojos más brillantes; con la tez más blanca y haciendo resaltar mayormente la cabellera negra, Amir, henchido de alegría porque pisaba otra vez los campos de la patria, miraba hacia todos lados y cada dirección hacía nacer en su mente un recuerdo. Allí la tienda donde había estado tantas veces, cuando era pequeño en compañía de Panchito ¡Pobre Panchito! Que fea está ahora la tienda, más fea que antes.

¿El pulpero, un hombre joven, simpático, bonachón?... —¡Bah! —murió en la guerra, igual que Panchito. El dueño de esta casita apartada con huerta ahora inculta? — ¡oh! — murió en la guerra. — ¿Sus hijos? — ¡Dios mío! — murieron en la guerra. Qué tristeza ¡que transformación por todas partes!...

" Pero arriba, alumbra Febo, como siempre; los campos reverdecen otra vez, sin que los sieguen sin medida los cascos de las caballerías. Los pájaros cantan... el gallo casero, alza su voz de alerta... " Todo parece más triste y á la vez todo parece más alegre: ¡es una contradicción! — ¡Pobres los que murieron! ¡Aliento á los que quedan!

— ¡Ah! se dice Amir; con todas sus tristezas, mil veces la patria propia. En la patria de uno se creen

sentir las esperanzas más libres. ¡Un emigrado!— ¡Bendito suelo extranjero! pero ¡bendita patria mía, á la que retorno con el alma llena de tristezas! Las nostalgias de la emigración, han nutrido mi espíritu de avasalladora melancolía que se hace innata!... ¡Qué largas y lentas se sucedían las tardes, allá! — Pensando en lo que ha sido, pensando en lo que era... ¡Por Dios! ¿hay algo más doloroso que pensar? — Mejor fuera que yo no pensara nunca y el joven se conmovió — ¡Oh sí! continuó, cuanto más se piensa, más sellora. Volando y levantando polvaredas de tierra, un vehículo, tirado por unos animalejos, llamó la atención del joven desconsolado. Amir se detuvo, invitando de ese modo, al conductor á que hiciera otro tanto. ¡Guay mi amigo! gritóle éste, deteniendo unos flaquísimos animales que arrastraban el carruaje.

— Señor Melgar — respondióle Amir — ¿sabe usted que siento tentaciones de darle un abrazo? — Es usted el primer oriental con quien topo, al volver de la inmigración.

— Y yo el segundo — respondió una voz desde el interior del carruaje. La portezuela se abrió con gran ruido y una pierna fuerte y musculosa, tocó el estribo. En seguida apareció... ¿un bastón? — ¡No!— una pierna de palo ó un palo vestido con la pierna de un pantalón. El rostro de Panchito, asomó, barbudo, moreno, desconocido. — ¡¡Panchito!! y, Amir, retrocediendo miró con tremendos ojos al que así descendía del coche.

— ¡Hermano!, ¡hermano! — gritó Panchito arrojándose en los brazos del joven. Y abrasados, estrechamente unidos, ¡¡Panchito!! murmuraba Amir

¡Panchito!! — y en un arranque de alegría desconocida. — ¿Pero es posible que seas tú? —

— ¡Yo! ¡yo! — respondió Panchito, ¡Yo! ¡soy yo!

— ¡Tú! — ¡oh!, ¡qué felicidad! ¡Panchito, mi querido Panchito! ¡Mi pobre Pancho! — ¡Qué alegría más grande va á tener mamá!... ¡Si me parece imposible!... Y volvió Amir á arrojarse en los brazos de Pancho y se apretaron otra vez estrechamente como si temieran estrellarse de improviso con la verdad de solo un sueño...

— Si, soy yo—repitió Pancho—el Pancho del saladero, el Pancho de los campos de Artigas ¡El popular Panchito el de la guacha! gritó con voz briosa, recordando los tiempos de su niñez y de su juventud! Y Pancho atemperó la sugestiva gracia de sus frases recordativas con una fuerte carcajada que arrancó ¡oh admiración! una lágrima de los ojos del pobre mozo.

Panchito apoyóse sobre el palo; Amir lo miró...

— ¡Oh! — repitió Amir — ¡Oh! — ¡Oh!

Panchito lo comprendió: — No temas — dijo con voz desbordante de tristeza. — ¡Ya me he acostumbrado con mi nueva pierna! y de un modo extemporáneo, soltó una nueva carcajada. Estaba demasiado nervioso Pancho para no reir y llorar á un mismo tiempo. Y así comenzó á decir:

— Tres meses tumbado en la cama de un hospital, más muerto que vivo y salvado luego... ¡milagrosamente! ¡gracias mil dí, á la Virgen y á todos los santos cuando me ví con *esta piernita!* y soltó nueva carcajada; — Amir le apretó la mano...

— ¿No me preguntan ustedes — dijo el señor Melgar interviniendo—de dónde diablos he sacado estos zopencos? — Maltrechos, reventados, dan más

ganas de darles la extremaunción que de lastimarse las manos, enseñándoles el látigo. Pero que — añadió — todos están en este estado; los otros, como éstos. ¡Es lo que ha quedado de la guerra!

— ¿No había emigrado usted sus caballadas? — le preguntó Amir suavemente.

—Tarde se me ocurrió pensar en tal cosa, y cuando ya estaba para pasar la frontera, una partida enemiga me los arreó. ¡Dios los confunda! Siempre que en adelante se sosieguen y nos dejen trabajar en paz!...

— Así tendrá que ser—exclamó Amir. Una nueva guerra sería una temeridad.

— ¡Bah! — si al menos se pudieran contar unos cuatro ó seis años en calma, todo iría bien. Este es el país de las revueltas, amigo Amir.

Amir rió con pena.

— Vamos á dejar que pasen los seis años que usted da como término de esta paz... — exclamó.

— No, amigo; supongamos que sean *siete*... En ese intermedio ya tendremos tiempo de andar lo desandado. Y así, así siempre, con una guerra tras otra guerra... ¡Vaya una disposición de ánimos! Apenas se acaba una y ya se empieza á hablar de otra. ¿Que dirán de nosotros en el extranjero?...

— Dirán que somos "cuatro gatos y rabio..."

— ¿Rabiosos?...

Se oyó fuerte carcajada y Panchito dijo á manera de sentencia: — "Pues quien dice la verdad no merece castigo". Pero ¡vea no más la parada del gaucho!—añadió. En cuanto empiece otra guerra, allá me voy á *zambuyir* la otra pierna y... ¡hasta la cabeza! ¡La pucha! ¿quién dijo miedo? Si mientras no le llega la hora, no se muere *naides*, señores.

— Tiene razón Panchito, dijo Amir sonriendo. — Pero eso de una nueva guerra, no deja de ser una suposición bastante fortuita... — No crean; el país no resistiría y no serán tan temerarios.

— El señor Melgar movió la cabeza de arriba, abajo, con expresión de duda.

— Tendió la mano á Amir y luego á Panchito y subió al pescante de su carruaje.

— Usted verá, amigo, usted verá — gritó desde allí, — usted verá.

— Pues veremos, señor Melgar—respondió Amir. — Pero — añadió — lo confieso: — no dudo nada...

— Hizo el señor Melgar un último saludo con la mano, que se hermanaba con cierta seña... castigó con fuerza á los caballejos y el vehículo se alejó rápidamente.

Amir hizo subir á Panchito en su caballo, después de vencer no sin trabajo, su resistencia — y echó á andar á pie, á su lado.

De allí, la casa blanca, quedaba á distancia de cinco cuadras.

—¡Por Cristo!—murmuraba Panchito.—Al mirar todos estos sitios, siento no sé que cosa en el corazón. ¡Creí que no iba á volver á verlos!... ¡Y habráse visto! — ¡qué cosa me ha dado!... y Panchito se secaba las lágrimas que le tornaban á caer aceleradamente por el rostro tostado y ya medio rugoso.

* * *

" El tío de Montevideo ", como llamaba Amir á su tío Jorge, había tenido la buena idea de causarle una sorpresa, enviándole una linda suma de dinero

el día de su santo. Amir, arregló los desperfectos ocasionados en la Casa blanca, compuso los alambrados que estaban en el suelo, y se apresuró á traer el ganado que había llevado oportunamente al Brasil, una escasa *puñta de reses.*

Panchito, activo como siempre, olvidaba constantemente que tenía una pierna postiza, en virtud de que ya se había habituado á llevarla con gran facilidad. El pobre Panchito, que recordaba los dolorosos momentos pasados en esas marchas larguísimas é interminables de los ejércitos en acción, cuando, como medio más preservativo contra el frío, la lluvia y las mil vicisitudes que maltratan al soldado, llevaba el frasco á los labios sedientos, hasta chupar la última gota y al extremo de embriagarse, empéñase ahora en hartarse de mate amargo, como en una tiránica compensación. Entonces, búrlase traviesamente de su pierna postiza. ¿Qué palc es éste? — exclama golpeando el suelo con la pierna misma. — Vaya si estoy marcado... Las langostas que vinieron á dar por estos pagos, pocos meses antes de la guerra y como anunciando ruina, no se fueron sin darme qué hacer y en una de aquellas veces en que yo embarullaba á medio mundo golpeando con alma y vida en una lata de kerosene, vino una saltona temprana y me picó en este dedo chico... Si, señores — remataba Pancho — yo puedo asegurar que esos bichos pican fuerte, cuando se les da la gana ó cuando tienen mucha hambre.. Y miren que no miento. Y añadía: Para que siga el cuento: la revolución me ha birlado una pata y ¡sapos y culebras! la que venga ahora me atrapará la cabeza... Pero ché—añade—ché Amir ¿sabés que te encuen-

tro tristonzuelo? ¡Y ahora que me acuerdo! ¿y la brasilerita?

—¡Bah! contestó Amir muy rojo ¿por qué me haces esa pregunta? — Se ha contentado con decirme que la deje en paz.

—¡Bonito arreglo! exclamó Panchito indignado.

—¡Muy bien hecho!—rectificó Amir ¿por qué sus deseos habían de correr parejas con tus esperanzas y las mías? Recuerda el adagio...

—¡Vaya á pensar yo, en adagios!—¿Donde va á encontrar ella, otro Amir?... ¡Fiése uno de esos corazoncitos!...

—No, Panchito, no—se apresuró á decir Amir. Cuídate de murmurar una palabra ofensiva. *La brasilerita* no merece reconvenciones. Y aquí voy á darte un consejo por más que presumo que quizá no lo necesitas:—Siempre que veo á un hombre haciendo trizas el honor de una mujer, me digo: ese es un miserable; cuando le veo vanagloriándose de sus conquistas, pienso: ese es un imbécil y cuando lo contemplo, haciendo suposiciones respecto á las mujeres sin conocerlas, añado: — ese es un desgraciado.

Panchito dió un salto.

— Pues — murmuró — si parecés ni más ni menos que un *abogao* de las damas... Al diablo no se le ocurra reservarme *una* que había de hacerme morir antes de tiempo. Por el agua de socorro con que me mojó el mate—le dije ayer á mi padrino, que es un viejo que tiene más hijas que abejas hay en el panal, — no piense usted que yo voy á casarme con su hija grande ó sea la más vieja, que tiene más doctoreos que un diablo bizco.

CAPÍTULO XVII

¿Me perdonas lector?...

Pues decíase que el *señor Progreso* andaba paseando por la República, en flamante automóvil y con traje de chaffeur — y ¡qué alegre venía el *señor Progreso!* — ¡Diablo! se decía — fertilísimo es el suelo de este país y guapísimos sus muchachos. Y... ¡no hay más! — añadía el *señor Progreso* Tenía yo que venir en automóvil que si vengo en... ¿Cómo diantre se llama? — ¿Carreta? ¡Ah, eso es! ¡carreta! Pues, que si vengo en carreta, desquiciando mis escrúpulos, me pasan por encima como á un cangrejo, sin hacer caso de mi facha personalísima. ¡Bombas! ¡pues son bien poco galantes á fé de quien soy! Y ¡cómo que no se me descompagine el automóvil! — ¡Ah! ¡ah! — eso de andar en automóvil por la ciudad, es muy cómodo pero ¡cate! que bien dicen que la campaña es fiera. ¡A cambiar de medios de conducción!... ¡Miren sí!... Esto no dejará de tener los visos de una chifladura de mal género. Brr, brr, brr... ¿La diligencia?... ¡Mi Dios! ¿La carreta?—¡uf!—que matraca para un *don tal* como yo. ¿El caballo?— ¡madre amantísima! — al primer paso que dá, allá me vuelca de cuerpo entero como á Baco.

¡Esto si que se llama hacerla buena! ¿y qué he de hacer ahora de mis buenos propósitos?

— No hay más: vámonos á pie. — ¡Y allá se fué el señor Progreso, levantándose de una zanja, metiéndose en otra, trepando á una cuchilla y dando

avisos de próspero porvenir. En fin ¡cómo sufrió peripecias el señor Progreso, en su larguísimo viaje! Cómo que había andado 120 leguas. — Por hoy basta — murmuró el señor Progreso y se detuvo. Miró á todos lados. ¿Era bonito lo que ante su vista tenía? ¡y qué vista fuerte tenía el *señor Progreso* ¡Pues aquí me detengo yo! — murmuró saltando en un pie. Graciosamente, reflexionó:

¡Uf! — no es tiempo de que muestre mi hocico, en el pueblo; vámonos á hacer hospedaje por una de estas casas de campo. Y el *señor Progreso,* llegóse á la puerta de la *casa blanca.* Allí escribió con grandes caracteres: — De bon cœur — y golpeó.

— Eran las doce de la noche. ¿Cómo se atrevía el señor Progreso á viajar á semejante hora?

— ¿Quién osa turbar mi sueño? — gritó alguien destempladamente desde el interior de una habitación bien cerrada.

— ¡El *ferrocarril!*—¡Mi Dios! y el señor Progreso se pegó en ambas mejillas.

Yo — gritó esta vez, muerto de risa.

— ¿Y quién eres tú?

— Yo — repitió de nuevo el señor Progreso. No es nadie más que yo.

—Mi paciencia se agota ¿quién eres tu cabeza dura *señor yo;* señor intruso, señor simple?

— Yo soy quien soy, *ego sum, qui sum.*

— Pues, anda á buscar asilo en otra parte, señor ego sum... ¿de apellido?...

— ¡Eso es! — El señor Ego sum, os hace una apuesta. — ¡Esto si que se llama preparar los bártulos! — añadió para su coleto, el señor Progreso.

— Déjate de apuestas; ¿qué se yo lo que son apuestas?

Pero á pesar de este razonamiento, la puerta se abrió... Colóse por ella el señor Progreso y de un brinco... — dicen — que se metió en la cama de Panchito! — ¡Cómo que el señor Progreso estaría rendido de cansancio, después de tanto caminar á pie!

— ¡Entra! — chillaba Panchito, manteniendo la puerta abierta.

Nadie respondía.

— Entra, te digo, animal.... ¡imbécil, bruto, entra!

¡Pedazo de brujo ó bruja! — ¿Quién será el atrevido que así se burla de mí? y Panchito sacó la mitad del cuerpo hacia afuera. Miró á la derecha... ¡nada! — Miró á la izquierda... ¡nada! Al frente... ¡nadie tampoco! — ¡Hijo del cielo! — exclamó, Panchito haciendo la señal de la cruz. ¡Esto no es asunto de gente viva!... y ya Panchito cerró la puerta más que ligero y muy acurrucado volvió á meterse en su lecho haciendo por segunda vez la señal que es azote de Luzbel. ¡Y dicen, lector...—mira que yo sólo te repito lo que la gente dice — dicen... que Panchito no encontraba acomodo en el lecho! A lo mejor, cuando ya estaba por conciliar el sueño. ¡Cristo bendito! daba Panchito una voltereta y se venía redondito al suelo. Y levantábase rascándose la cabeza y diciéndose ¿cual es el brujo ó bruja que se ha escondido aquí?... E inspeccionando todo volvía á zambullirse en las ropas del lecho, un tanto amoscado.

— ¡Santos del cielo! gruñó Panchito, tirándose de nuevo pero esta vez de un terrible salto, al suelo. ¡Qué ahí hay un gato metido, no me cabe duda!... ¡déjelo no más!... añadió con una valentía fanfarrona.

¡Pero que diablo!—ratificó—yo no voy á ser juguete de *naides* ¿qué se creen? y Panchito, con resignación filosófica quitó las ropas del lecho, acomodólas en el piso, que era de tierra, y allí se echó muy apretadito.

¡Y ahí—dicen, lector—que ¡habías de ver al *señor Progreso!*... ¡Como que no podía dormir de frio... ¿Y qué crees tú que hizo?—Pues, señor—comenzó á decirse compasivamente:—hay que ser razonable y dejarse de majaderías de autócratas.—Ahora hago una cosa — y el *señor Progreso* abrió la boca y levantó un dedo con misterio... —Me escurro, despacito y con delicadeza, así, así, así... ¡ya está! y le tiró un poquito, así, así, de la sábana. ¡Bomba!—Ahora, me arrollo aquí. ¡Psch!—¿y quién será capaz de decir que el *señor Progreso* invoca á Morfeo, entre cachibaches?... ¡Deslenguados!... pues,... sobre ruinas levanto yo palacios sirviéndome de las ruinas mismas muchas veces.

Aquí, lo que resulta, continuó, es, que ¡no vaya á hacer el diablo que el *señor Progreso* se muera así mismo, de!... ¡Pero que rarísimo!—El *señor Progreso* que es todo un rey!... ¡Ah! añadió tácitamente. — En su morosidad el *señor Progreso* se guarda el fiasco: ¿Quién me mandó ser tan tardío?... La juventud hace siempre, mejor frente á las peripecias... Y el señor Progreso apretó los labios para no añadir palabra...

Pero... ¿qué crees tú, lector?—¿crees que el *señor Progreso* iba á dormir?—Pues yo quiero decirte que eso fuera tan imposible, como imposible será que tu me digas — pues yo se que eres muy galante—que, á pesar de mí... espiritualidad, no

sé entretenerte. Es indudable lector.... ¿cómo quieres que te llame?—¿lector distinguido,? ¿lector benévolo? ¿lector amable?—No; con tu permiso, quiero decirte: lector bueno... ¿Te place? —También yo soy muy buena... y no es, esto, un mérito, sino, meramente, una felicidad... Sí, lector bueno; sin duda, tu delicadeza, no te permitirá decirme:—Niña ocurrente;—tú, que todavía no has visto todas las auroras de cuatro lustros, ¿para qué te permites el lujo de escribir una novela, reclamando, así, imprudente, el honor de mi atención, que tanto vale?... Perdóname, lector; ¿será tan grande tu bondad, que te detengas á escucharme un poquitito, semi-confidencialmente?...

¡Lector!... Yo te pido perdón.

—Es verdad, que no puedo pintarte con los más vívidos colores, esos terribles ó dulcísimos sentimientos que conmueven el corazón humano, yo, que jamás he sentido, ni la fiebre de la calumnia, ni el despecho de la envidia, ni la rabia de los celos, ni la tiranía del odio.

Adivino todas esas pasiones por intuición;—mi corazón no las ha sentido, pero sabe ahondarlas y las comprende.

Pero ¿quién no ha sorprendido alguna vez en torno suyo, esas groseras expresiones del ánimo inculto?

—Y escribo,, porque soy una constante aficionada, y por entretenimiento. Es como si Dios me dijera: escribe. Y yo, tomo la pluma y escribo, escribo... sin dificultades de ideas que huyen, como mariposas sutiles que no vuelven, ¡las alas de mi imaginación son muy libres y yo no les imprimo violentamente sellos nuevos que demarquen la ruta nativa de sus vuelos.

Y aún, lector, escribirás un tanto desdeñosamente, al pie de esta confesión mía: "Falta de conocimiento práctico de la vida".

Tú puedes pedirme todo eso, porque, estás autorizado para hacerlo, pero... lector, te ruego que, por bondad única, no seas conmigo demasiado exigente.

—Y bien ¡no! me contradigo. Si yo tengo la audacia de someterme á tu juicio crítico, tú tienes el derecho de anonadarme con tu indiferencia, que es tu desprecio de intelectual. Y, un tanto mohina; añado:—Lector, el señor Progreso, no dormía; el poderosísimo y respetabilísimo señor, descansaba solamente.

Y aquí pienso, lector, que tú también eres respetabilísimo. Yo no soy la reina de *mi intelecto;* tú, eres el rey de mi entendimiento... porque eres su juez.

No olvides, lector, al *señor Progreso* y atiéndeme aún ¿quieres?

CAPÍTULO XVIII

Por expreso llamamiento del tío Jorge, Amir hizo un viaje á Montevideo.

Arasi estaba anémica y maniática y César le recetó un cambio de aires y, aprovechando la ausencia del joven, Arasi fué á pasar una temporada á la *casa blanca.*

A la caída de la tarde, cuando en melancólica armonía, las sombras envuelven lentamente la tierra, Arasi sale sola al campo y camina con peso ligero hasta alejarse de la casa. Allí, clava la vista en la dirección del río y, tristemente, deja vagar la mirada como en un completo ensimismamiento. ¡Parece un hada caprichosa! Si las sombras no fueran tan densas, vería, allí, en frente, los árboles que prestan gracioso marco á su morada, en la Estanzuela.

— Una melancolía tranquila se pinta en su gracioso semblante. — ¡Ah! Luisa, murmura como si estuviera soñando — estoy más triste que estas sombras. No tengo apego á la vida, no amo la vida, quisiera morir. Y, como si creyera sentir la candorosa voz de Luisa, añade: — ¡Tan joven y morir! Pero nada me entusiasma, nada me interesa; — todo es para mí, insulso, pálido ¡todo sin color!

Una visión pasó ante sus ojos. El rostro de la joven se inmutó.

— ¡Ah madre mía! — murmuró — ¿Morirás si yo muero? — Madre, ¡déjame morir! — y, lentamente, se dejó caer sobre el césped; — de su garganta brotaron sollozos convulsivos.

Con pasos ahogados, un brazo cruzado sobre el pecho y el otro alzado sosteniendo la barba con la mano, un hombre se detuvo á unos pasos de la joven. Su rostro grave pareció querer adivinar en aquellos sollozos, el alma de la que así se quejaba.

Como sumergido en honda y dolorosa meditación y con una emoción profunda, miró á la joven, que parecía la visión de un ensueño, tendida sobre oscuro y apagado manto de sombras.

Suspiró profundamente y dió un paso hacia la Magdalena. Inclinóse y tocóla suavemente en las manos: — ¡Arasi! murmuró con inmensa ternura.

La joven se incorporó y echóse instintivamente hacia atrás.

— ¡Usted! — exclamó estremeciéndose y con la voz cuajada de extraño reproche y desprecio á la vez y, caminando hacia atrás, dióle inopinadamente la espalda...

— ¡Desgraciada! murmuró Amir, pálido y retrocediendo también, pero al verla huir, aferró su mano al puño de Arasi, en tanto que esta dirigiéndole una mirada extraviada, intentaba vanamente desasirse de las manos que la oprimían.

— ¡Perdón! — exclamó Amir más tierno que nunca y con una dulzura conmovedora Arasi irguióse y rechazólo, pero Amir, aprisionándola entonces entre sus brazos, la apretó con fuerza sobre su corazón, sofocándola, hasta hacerla daño.

— ¡Dios mío! pudo articular apenas Arasi y Amir levantando con su mano la hermosa cabeza de la joven, clavó sus labios á los de ella, en delirio santo.

Como rompiendo el encanto de la soledad, una voz gritó á espaldas de ambos jóvenes: — ¡Sublime

beso!... ¡Al miraros así, creo ver á dos repúblicas abrazadas! Aquí hizo una pausa.

— Amir y Arasi se estremecieron. — ¡El señor *Ego sum!* — murmuraron. ¡El *señor Progreso!*

— ¡Sí! — contestó la voz — el señor Ego sum que os ofrece su profecía ¿quereis? — He esperado hasta este instante, el plazo se ha cumplido ¡adelante!... Y escuchad:

— Vuestro beso, es una deuda mutua de vuestros corazones, y simboliza una deuda entre dos países; vuestro beso es un beso santo, porque es un beso simbólico. ¿Creéis en mi profecía?... ¡Esperad! Yo soy el *señor Progreso* ¿lo ois? ¡yo soy el *señor Progreso!*... Y aquí la vos cesó de oirse... Vagamente se escuchó un rumor... Los jóvenes no lo sintieron mayormente... Estaban subyugados...

Cogidos de la mano y mirándose con tímida ternura, Amir y Arasi llegaron á la casa blanca. El joven depositó á su amada en los brazos de su madre.

— Madre querida — la dijo—besa á mi prometida y bendícenos. Arasi suspiró lentamente, y ocultó el rostro en el pecho de la anciana, que sonreía llena de ventura.

CAPÍTULO XIX

Aquello era una colmena en plena alborada. La pasiva indiferencia había huído en histérico desbande; la medianía calmosa, desaparecía al peso de la fuerza colectiva. Era el hormigueo reverberante de la acción.

El adelanto batía sus alas de regeneración, rompiendo con redención heroica la preponderante pasividad de la inercia. — Tranquilas embarcaciones pequeñas, ostentando como en un día de fiesta, lucidas banderillas blancas y celestes, que armonizan con el verde, amarillo y azul de las banderas brasileras, se mecen gallardamente, rompiendo la frágil limpidez de las aguas del río Yaguarón.

Y los verdes camalotes de flores lilas, inclinándose al rápido movimiento del oleaje, parece que *nos dicen:* — ¿No ven como no nos engañábamos? — ¿no ven como somos tan vuestros como *de ellos?*

—La voluntad tuvo que desafiar el capricho impetuoso de las aguas del río, en la época de las crecientes, y, la ubicación del pueblo de Artigas, cambióse, preferentemente ¿para donde? ¿para el pueblo nmediato?...

" Y, batiendo el " record " la locomotora, soberbia, anunciadora, cruza los campos trillados antes, por la torpe carga de los vehículos pesados ".

La estación está á una cuadra de la *casa blanca* que se alza ahora, en medio de un elegante parque. La flamante verja se abre para dar paso á dos bellísimas señoras, acompañadas por un elegante caballero.

— Amigo mío — murmura la de talle menos delgado — la promesa del *señor Progreso,* está cumplida; tiempo es ya de que yo cumpla la mía, y lo mira con deliciosa ternura.

— O de que la cumplamos los dos — responde Amir, sonriéndola enamorado.

— No obstante — añade Arasi — creo luchar aquí con una contravención.

— ¿Qué dices tú, Luisa? — interroga y volviendo el rostro, mira graciosamente á la otra joven.

— ¡Ah! — dice Luisa — confieso que estaba enteramente distraída, ¿á qué hacen ustedes referencia?

— ¿El oriental ó el inglés? — insiste Arasi, riendo.

— Luisa tornáse roja como el coral de los botones de su traje.

— Te había prometido un oriental — continúa Arasi inflexible—pero, ahora, añado los ingleses que has visto frecuentemente en la estación. Y soltó armoniosa carcajada.

— Ni el oriental ni el inglés — responde Luisa, confusa pero haciendo broma, para sostener el simpático acento de su prima.

—Mamá me ha iniciado en un secreto, dijo entonces Amir en tono de confidencia. Creo que mamá no se equivoca, porque es una excelente observadora. Y continuó: — ¿El oriental? ¡No! ¿El inglés? ¡no! ¡El brasilero!... ¡César!

FIN DE LA NOVELA

ÍNDICE

PRIMERA PARTE

SEGUNDA PARTE

